intervalo álbum



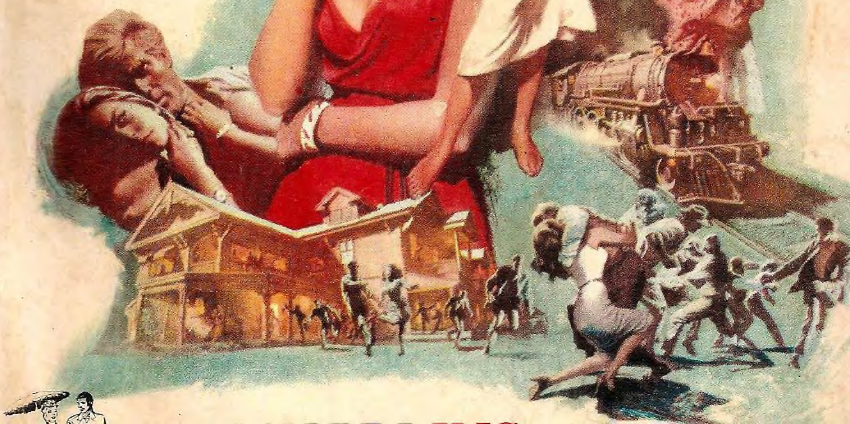
EXTRAORDINARIO



2 SUPERPRODUCCIONES
ILUSTRADAS A TODO COLOR

EL EXTRANJERO
con
Marcello Mastroianni

12
OBRAS
COMPLETAS





MAYERLING

con OMAR SHARIF, AVA GARDNER
CATHERINE DENEUVE y JAMES MASON

álbum de obras gráficas completas

intervalo álbum

AÑO XIX - No 192

EXTRAORDINARIO



índice

EL EXTRANJERO



Para el laureado director cinematográfico Luchino Visconti fue una improba tarea realizar la adaptación cinematográfica de EL EXTRANJERO, de Camus.
El tema era apasionante y dificil, y requería un intérprete dotado de una expresividad profunda y subjetiva. Por eso Visconti y el productor De Laurentis escogieron al actor italiano Marcello Mastroianni, protagonista de tantas peliculas inolvidables.

El resultado fue un film excepcional, cuya versión gráfica nos complacemos en dar en ALBUM INTERVALO, incorporando asi un personaje de moderna psicologia y extrañas reacciones a la galeria que ofrecemos periódicamente a nuestros lectores.

Tenemos la certeza de que



la lectura de EL EXTRANJERO será una experiencia fascinante, inolvidable.

Intervalo Álbum Ext.192 - XIX - 11/1968



Reparto de

"EL EXTRANJERO"

MERSAULT	*MARCELLO MASTROIANNI*
MARIE	*ANNA KARINA*
EMMANUEL	*MARC LAURENT*
RAYMOND	*GEORGES GERET*
SACERDOTE	*BRUNO CREMER*

Productor DINO DE LAURENTIS
Director LUCHINO VISCONTI

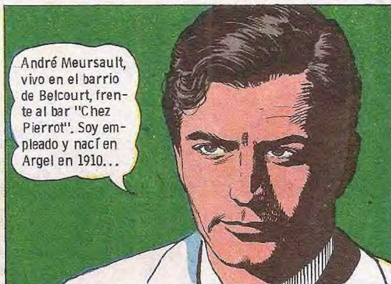
DISTRIBUCION PARAMOUNT

ADAPTACION ***PIER MICHELE***
DIBUJOS DE ***ERNESTO GARCIA***

Versíon libre de la película, basada en la novela del mismo título de Albert Camus, en la que Marcelo Mastroianni y Anna Karina interpretan los roles protagónicos. Distribuye el sello Paramount.

Después del arresto lo interrogaron varias veces. Pero el asunto no pareció interesar a nadie en la comisaría. Por el contrario, ocho días después, el juez de instrucción lo miró con curiosidad...





La única lámpara del despacho le iluminaba el rostro. Entre las sombras que rodeaban al juez creyó ver una mirada benévola. Le pareció un hombre razonable y simpático; hasta que su pregunta le recordó que estaba ahí porque había matado a un hombre...



Creo que es muy cómodo que la ley se encargue de esos detalles.

Sí. La ley está muy bien hecha, señor Meursault. Ahora cuénteme cómo pasó todo. Desde el comienzo.




"Aquel jueves recibí un télegrama del asilo de ancianos de Marengo. 'Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias.' Ante una razón semejante, mi patrón no pudo negarme los dos días de licencia..."


Está bien. Se los concedo, Meursault.
No es culpa mía, señor...


"Le dije eso porque no parecía satisfecho. Pero luego pensé que no debí decírselo. No tenía razón para excusarme. Más bien debió darme él su pésame. Lo meditaba en el autobús que descontaba los ochenta kilómetros que separan Argel de Marengo..."
(Todo fue repentino. Lo hará cuando me vea, al regreso, de luto.)


"El resto del viaje dormí. Acaso para evitar sentir el olor de la gasolina y la reverberación del camino y del cielo. O para no hablar con el vecino de asiento que me miraba esperando su oportunidad."


"El asilo está a dos kilómetros del pueblo. Hice el camino a pie. El portero me condujo hacia el director..."
Su madre entró aquí hace tres años. Usted era su único sostén, ¿no?
Sí. Pero con mi sueldo no podía...


No tiene que justificarse, hijo mío. Al fin de cuentas era más feliz aquí. Tenía amigos de su edad con quienes compartir recuerdos. Se hubiese aburrido cerca de su juventud.


"El portero me guió hasta el depósito donde habían colocado el féretro. Recordé que mamá había llorado cuando la dejé en el asilo. Un mes después hubiese llorado si la sacaba de allí. Por la fuerza de la costumbre."
¿Quiere verla? Puedo quitar la tapa y...
No.


"Me miró como si hubiese dicho una necedad y me sentí molesto. Pero quería recordar a mamá tal como era cuando estaba viva. Me dejó solo, sentado en una silla. El calor me adormecía. Cuando volvió me dijo..."
¿Le traigo una taza de café con leche?
Sí, me gusta el café con leche.


"Bebimos juntos. Le ofrecí luego un cigarrillo y fumamos. Cuando la noche se insinuó en la ventana, encendió la luz y quedé cegado por su repentino resplandor..."
La enterraremos mañana. Aquí los cuerpos se echan a perder pronto. Por el calor.


"Los viejos amigos de mamá vinieron a velarla conmigo. Se sentaron sin que crujiera una silla. Las mujeres eran arrugadas y un poco deformes. Los hombres delgados y llevaban bastón. Me miraban inclinando sus cabezas con modestia, en silencio..."


"La noche pasó. Cuando abrí los ojos el día resbalaba por la ventana. Los viejos se fueron y me pareció que esa muerte que habían velado no cambiaba nada en sus vidas. En otro cuarto me lavé un poco y esperé en el patio, cerca del portón. El viento traía olor a mar y a flores."
(Hace mucho que no voy al campo...)


"De no haber sido por mamá hubiese sentido el placer de pasearme por allí..."
El cortejo fúnebre saldrá enseguida. Su madre expresó a menudo el deseo de ser enterrada religiosamente.
Gracias por respetar su voluntad.


"Pensé que ella, sin ser atea, jamás había hablado de religión mientras vivió. Sólo a un internado del asilo se le permitió acompañarnos..."
Tomás Pérez era muy amigo de su madre. Puede ser algo puer i, pero todos decían que eran "novios".


"El cura de Marengo y dos monaguillos se unieron al cortejo en la iglesia. Todos íbamos fatigados por el sol que crecía en el cielo..."
Es un día sofocante, ¿no? ¿Su madre era vieja?
Más o menos.


"No sabía la cifra exacta de su edad. El resplandor del cielo era insostenible. Pérez se había salido del camino para acortar el esfuerzo a campo traviesa. Renqueaba apoyado en su bastón..."


"Cuando la tierra color sangre cayó sobre el féretro, el viejo se desvaneció. Como un títere dislocado. Recuerdo eso y las voces susurrantes. El sol estallando en los geranios rojos y las otras tumbas con sus cruces. El portero no dejaba de mirarme, extrañado."


"A mediodía esperé el autobús en un café del pueblo. Los ronquidos del motor me adormecieron en el trayecto de vuelta, y, cuando adiviné el nido de luces de Argel pensé que iba a acostarme y dormir durante doce horas."


"Desperté en un sábado caluroso. Me afeité y decidí ir a la piscina vecina al puerto, en tranvía. Al zambullirme, el agua se me antojó un bálsamo..."
¡Meursault! No sabía que solías venir a bañarte aquí.
¡Nada conmigo, María!













" Esa noche dormí pensando en ella. Recién dejé la cama al mediodía del domingo. Odiaba los domingos y su tedio. No quise bajar a almorzar en el restaurante de Celeste. Me hubiese hecho preguntas molestas. Cociné un par de huevos y los comí sin pan. Luego me senté en el balcón a mirar a la gente que salía de paseo o iba al cine, o llenaba los tranvías rumbo al estadio de fútbol. "



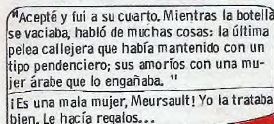





Buenas tardes, señor Salamano. ¿Cómo está el perro?
¡Cada día peor! ¿No lo ve? ¡Sarnoso y sucio! ¡Es una carroña!


" No lo abandonaba, sin embargo. Era su única compañía y compartían el mismo cuarto. También el viejo tenía costras en la piel, como el perro. De tanto estar juntos había terminado por parecérsele. Subiendo las escaleras me topé con Raimundo Sintés."
Dígame si no es una desgracia ese animal. ¿No le repugna, Meursault?


Salamano lo quiere. Llega usted temprano esta tarde.
Hace mucho calor para andar por ahí. Tengo morcilla y vino en mi habitación. ¿Quiere comer algo conmigo?


"Acepté y fui a su cuarto. Mientras la botella se vaciaba, habló de muchas cosas: la última pelea callejera que había mantenido con un tipo pendenciero; sus amoríos con una mujer árabe que lo engañaba. "
¡Es una mala mujer, Meursault! Yo la trataba bien. Le hacía regalos...


¡Un día la vi con otro y al siguiente le dije todo lo que era! Al respecto quiero pedirle un consejo. Usted conoce la vida. Puede ayudarme. ¿Quiere ser mi camarada?
Me es indiferente, pero puedo opinar.


" Pareció conformarse y me explicó su idea. Yo sabía lo que en el barrio de Belcourt decían de él: que estaba en negocios fuera de la ley. Pero conmigo era correcto siempre."
No quiero dejar las cosas así con esa canalla. Sé que el tipo por el que me dejó, va al " Chez Pierrot" todos los domingos a las once de la mañana.


Quiero escribirle una carta a ella y citarla allí antes de esa hora, el próximo domingo. ¿Se da cuenta? Estaremos juntos cuando él aparezca. Sólo que no sé escribir lindas cartas.


" Acordé escribírsela yo. En realidad, Raimundo Sintés era analfabeto. Apenas conocía los números. La carta decía que deseaba verla por última vez, para quedar como amigos. "
La echaré mañana al correo. Gracias, Meursault. Ya somos amigos. Aún queda vino. ¡Bébalo!


" Al despedirme debió notar mi cansancio y el sopor del alcohol. Pero supuso que estaba abatido por lo de mamá. Me dio " un tardío pésame y lo dejé. Escuché el silencio de la casa desde la escalera. La sangre me zumbaba en los oídos. En la habitación del viejo Salamano, el perro gimió sordamente. "
Es verdad: nada cambió.


" El resto de la semana trabajé duro. Siguió haciendo calor. Raimundo me vio el viernes y dijo que su ex-novia le había telefoneado, aceptando la cita del domingo. El sábado vi a María. Fuimos a la lejana playa que conocíamos."
¡Vamos al agua! Te enseñaré un juego.


" Consistía en llenarse la boca con agua de mar y arrojarla como un surtidor por la boca haciendo la plancha."
¡Aprendiste muy pronto! Lo haces mejor que yo.


Sí, pero la sal del agua me deja un gusto amargo, María.
Hay un remedio para eso...


" Nos besamos y de verdad la dulzura de sus labios compensó la amargura de la sal."


Estuve pensando en lo nuestro, André. Te amé siempre. ¿Te casarías conmigo si te lo pidiera?
Me es indiferente. Pero si quieres hacerlo...

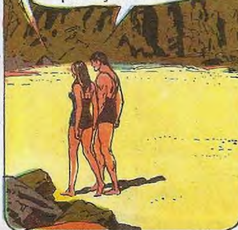

Así no. Necesito saber antes si me amas o no.
¿Importa eso? Creo que no te amo. Es más: que soy incapaz de amar a nadie. ¿Puedes entenderlo?


No. El matrimonio es una cosa grave. ¿Sólo porque te lo pedí aceptarías ser mi esposo? ¿Qué hubieras respondido si otra te hacía igual proposición?
No lo sé. Acaso lo mismo.


" Sonrió. Pero me conocía lo suficiente para saber que no bromeaba."
Eres extraño. Pareces un extranjero en todas partes. Quizá te quiero por esa razón. Pero también podría suceder que una vez te despreciara por lo mismo.


" Entonces le hablé de la propuesta que me había hecho el patrón el día anterior."
Quiere ponerme al frente de una sucursal que abrirá en París. Dice que eso sería una forma de cambiar la vida para mí.
¿Qué contestaste?


Que me era indiferente. Nunca se cambia de vida, en ningún sitio. La mía no me disgusta en absoluto. Gozo las pequeñas cosas vulgares: comer, dormir, bañarme en el mar...


No tienes ambición, André. Eso es malo para un hombre joven.
Las tuve cuando era estudiante. Al dejar el estudio comprendí que no tenían importancia real. París no me gusta; además es sucio. Hay palomas y patios oscuros. Y gente de piel muy blanca.


" Cenamos en el restaurante de Celeste esa noche. El domingo volvimos a encontrarnos para tomar un vermouth en el " Chez Pierrot". Raimundo llegó a las diez y media con su ex-novia. Me pareció fea. "
¿Conoces a ese tipo? Dicen que...
Sé lo que dicen, pero no me importa. Vive en mi casa.


" A las once llegó el otro. Lo reconocí cuando miró furioso a Raimundo y gritó a la mujer que lo acompañaba."
¡Eres una basura! ¡Te olvidarás que una vez quise hacerte mi esposa!
Escúchame: no es como crees. Este hombre y yo...


¡Ella es mi novia, amigo! ¿Lo ignoraba? ¡No voy a permitir que la insulte delante mío!
¡También a usted puedo insultarlo!


" Empezaron a golpearse y alguien llamó a la policía. Cuando llegó, Raimundo llevaba la mejor parte. El otro sangraba del labio inferior. "
¿Cuándo empezó esto? ¿Usted, Sintés? ¿Está ebrio otra vez?
¡No lo estoy! ¡El me provocó! Tengo testigos.


" Me señaló y el lunes siguiente me citaron de la comisaría a declarar. Dije la verdad y lo dejaron en libertad. "
Ahora sí que eres de verdad mi amigo, Mersault. ¡El próximo domingo te invito a ir a la playa!
POLICIA


Un pariente tiene una cabaña allí. Puedes traer a tu novia si quieres. ¿Vendrás?
Sí, claro. Le gustará a ella. Hasta el domingo.


" María lo supo el martes y se alegró. El miércoles encontré al viejo Salamano en la puerta de casa. Estaba desconsolado y furioso. "
¿Y el perro?
Se perdió. Lo llevé esta tarde al " Campo de las Maniobras". Había mucha gente frente a los quioscos de los saltimbanquis.





Su madre lo quería mucho, señor Mersault. La gente habló cosas cuando usted puso a su madre en un asilo. Pero yo lo conozco a usted y defendí su actitud. Al menos ella tuvo amigos allá.

" Se fue casi llorando y entró en su cuarto. Esa noche oí gemidos que parecían los de un perro, pero sólo era el viejo penando en su soledad. El domingo, María pasó a buscarme y salimos con Raimundo a tomar el autobús."







" La cabaña del pariente de Sintés quedaba en un solitario paraje de la playa. Su dueño estaba con su esposa. María preparó el almuerzo con ella. Antes de comer nos bañamos y jugamos en el agua."



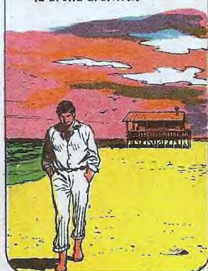
" Ese después no llegaría nunca. Luego de almorzar, Raimundo, su pariente y yo fuimos a caminar hasta una pequeña meseta que dominaba el mar."






" Me obedeció y el frío del metal pesó en mi mano. Guardé el revólver en mi pantalón y Raimundo comenzó a pelear con el hermano de su ex-novia. "
¡Tienes un cuchillo, sucio miserable!

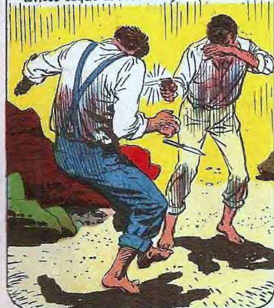

¡Me marcó la cara! ¡Huyen ahora! ¡Con los otros!
Sólo te lastimó en el brazo. ¡Olvídalos! En la cabaña te curaremos. Le diste una buena paliza antes de que sacara el cuchillo.


" María y la otra mujer lloraron asustadas al verlo herido. Pero se calmaron cuando vieron que era muy superficial el tajo. Entonces, sin saber por qué lo hacía, bajé por la escalera que comunicaba la cabaña con la playa. Con la cabeza resonante de sol. Me puse a caminar por la arena ardiente. "


" Cada vez que sentía el soplo cálido del viento sobre mi rostro, apretaba los puños en los bolsillos del pantalón. Pero no me detenía. Quedarme allí, o partir para cualquier parte me daba lo mismo. Deseaba huir del sol, llegar al pequeño manantial que había visto surgiendo entre las rocas de la pequeña meseta y refrescarme. "


" Me sorprendió hallar allí al muchacho árabe que había herido a Raimundo. Estaba solo."
¿Usted? ¿Qué quiere de mí?


" Sentí que el día había echado el ancla en un océano de metal hirviente. Me bastaba dar media vuelta, irme, y todo habría concluído. Pero avancé. El otro no se movió. El sol me hacía brotar agua en la frente. Bajo uno igual había enterrado a mamá. "
¡Váyase!


" La hoja del cuchillo absorbió la luz del sol. Me la echó a los ojos y me cegó. Entonces saqué el revólver y disparé. "


" Todo vaciló. Y todo comenzó allí. Comprendí que había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa en la que podía haber sido feliz.
Tiré otras cuatro veces del gatillo, sobre un cuerpo inerte. Y fueron cuatro golpes que daba en la puerta de la desgracia. "


El juez de instrucción se quedó mirándolo en silencio. Luego se incorporó de su silla y lo encaró.
¿ Por qué disparó sobre un hombre muerto? ¿ Por qué? ¡Eso es lo que entiendo menos de este asunto incomprensible!
¡El sol era demasiado ardiente !











Le designaron un abogado que se mostró dispuesto a ayudarlo. Como el juez, estuvo indagando los pormenores de su vida. Un día le preguntó:











Once meses duró el proceso. Mató el tiempo evocando su vida; los mínimos detalles de su vida. Concluyó en un pensamiento que lo alentó a no aburrirse...

(Un hombre que sólo hubiese vivido un día en libertad, tendría suficientes recuerdos para llevar decenas de años de cautiverio.)



Sin embargo, no descubrió un solo sentimiento importante en sus recuerdos. Como si hubiese vivido como una cosa vacía, apenas sensible al calor o al frío. María se lo había dicho: "Pareces un extranjero en todas partes". Y lo era. Hasta de la libertad que añoraba sin saber por qué.

El abogado lo visitó una tarde y le dijo:

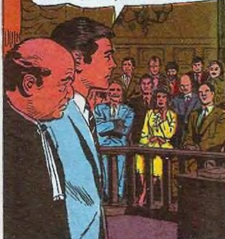
Mañana comienza la audiencia final. Apenas durará un par de días. ¿Está nervioso?



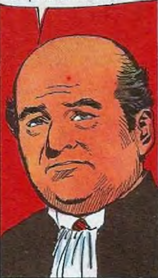
-Sólo aburrido y cansado.

Lo condujeron al tribunal muy temprano. Vio rostros conocidos en los bancos. Sus testigos. Hablarían de su vida. Había muchos periodistas también...

¿Soy tan importante? Son más de los que esperé.



Usted no. Hay un caso de parricidio después. Pero ya que estaban aquí... En el verano no hay muchas noticias importantes. Inflaron un poco su asunto.



No supo si agradecerles la molestia o enojarse. No le importaba. Hacía calor en la sala colmada. El sol se colaba por las ventanas altas y cerradas. Tres jueces llegaron transpirando, oscuros en sus togas. Un ujier leyó las actuaciones. Al final le preguntó:

¿Es todo así, señor Meursault?



Asintió y llamaron a los testigos. Uno de los jueces anunció:

El hecho está claro y probado. Ahora abordaremos cuestiones aparentemente extrañas al mismo, pero que quizá sirvan para regular la pena...



Supo que hablarían de su madre. El fiscal tomó el hilo del cuestionario.

¡Este hombre asistió impávido a la muerte de su madre! Ni una lágrima brotó de sus ojos. El portero del asilo testimoniará.



Es la verdad. No quiso verla; bebió café con leche y fumó.

¿Y usted no hizo lo mismo? Los dos estuvieron juntos en el velatorio. ¿Es cierto o no?

¿Olvida usted, señor abogado defensor, quién es aquí el acusado?



Un murmullo de estupor creció entre el público. Meursault reconoció haber tomado el café con leche y ofrecido un cigarrillo al portero. Después remolcaron a Tomás Pérez al estrado.

¡No lo vi llorar en el entierro! Sólo se enjugaba el sudor de la frente.




¡No lo vio llorar! Pero, ¿vio usted que no lloraba, señor Pérez?


El público rió. El abogado aún ensayó un hábil recurso defensivo.
¡He aquí la imagen de este proceso! Todo es cierto y nada es cierto.
¿Quién sabe lo que pasa en el alma de un ser humano? ¡No todos se manifiestan del mismo modo!


María declaró enseguida. Dijo que el día siguiente al entierro se había encontrado con él en la piscina y que esa noche fueron al cine.
Sí, era una película de Fernandel.
¡Suficiente, señores! Cualquiera sabe que se trata de un cómico. ¿Dónde estaba el supuesto dolor oculto del acusado entonces?


El viejo Salamano agregó:
¡No pudo hacer nada malo! Yo sé que es un hombre bueno. Quería a mi perro. Puso a su madre en el asilo porque ya no tenía nada que decirle... ¡Hay que comprender!


Pero nadie comprendía. Resultaban débiles los argumentos de un viejo solitario y trastornado. Se lo llevaron y trajeron a Raimundo Sintés...
¡Es inocente! El muerto me odiaba a mí porque había hecho perder a su hermana un posible esposo. Su presencia en la playa fue casualidad...


¿Y esta carta que escribió a esa mujer? ¿Y el arma que llevaba cuando fue en busca del hombre que mató? Todos sabemos que sus relaciones con la ley son pésimas, señor Sintés.
¿Era el acusado su amigo?


Creyó hacer un favor confirmándolo. Por eso casi gritó.
Sí. Más que eso, era un excelente camarada.
¿Debemos agregar más? El mismo sujeto que al día siguiente de la muerte de su madre se entregaba a las alegrías de la vida, mató por razones fútiles...


Y para liquidar, ayudando a tal "camarada", un incalificable asunto de costumbres oscuras. ¡Mató sabiendo lo que hacía! ¡Se aseguró de hacerlo con cuatro balas inútiles! ¡Pido la pena de muerte!


El alegato de la defensa fue corto. Concluyó con la voz patética el cansado abogado...
¡Este hombre siente, señores! Como a cualquiera le dolió la muerte de su madre. Sólo que no pudo manifestar ese dolor.
¡No es cierto!


En realidad nunca he sentido verdadero pesar por cosa alguna. Estaba absorto siempre en lo que iba a suceder, hoy o mañana. ¡Vivía simplemente! Eso es todo.



En los fundamentos de la condena, se hablaba del alma del acusado. Del vacío que había en ella y el peligro que encerraba para la sociedad. Luego sonaron frases tremendas: "culpable de muerte", "sin atenuantes". María lloraba cuando la miró. Luego los gendarmes, suavemente, lo condujeron a la salida.
















Los resplandores de su última y brevísima alba se dibujaron en la alta claraboya de la celda. Meursault pensó que toda la humanidad estaba condenada a morir. Más tarde o más temprano, era el destino común...
(¿Qué importa si, acusado de una muerte, van a ejecutarme por no haber llorado en el entierro de mi madre?)


Los ruidos del campo llegaron a él. Olores a día nuevo y a tierra fresca le despertaron deseos de seguir existiendo. Una sirena aulló en alguna parte y, entonces, recordó a su madre. Le pareció que comprendía por qué, al final de su vida, había tenido un "novio"...
(Jugaba a comenzar otra vez. Tan cerca de la muerte debía sentirse liberada y pronta a revivirlo todo...)


¡Nadie tiene derecho a llorar por ella! ¡Yo también me siento pronto a revivirlo todo!


¡El mundo es una tierna indiferencia! Me siento fraternal con él. ¡Sólo espero que haya muchos espectadores en mi ejecución y que me reciban con gritos de odio!


Acaso había visto, por fin, un pedazo de verdad: cerca de la muerte, su madre estuvo dispuesta a revivirlo todo. Quizá Meursault recordó que, también, había pedido un entierro religioso. Ella creía: había entrado feliz a la otra vida, que duraría siempre. ¿Haría él lo mismo?






Fin

MI NOVIA Y YO

LA CONCEPTUACIÓN MASCULINA

Por ROBIN WOOD

dibujos de VOGT




















¡Y tu corbata está bárbara!
¿Te gusta? Mil doscientos pesos.


A todo esto, Rudy... ¿Tu traje?
¡A medida, viejo! ¡A medida! ¡Sólo para ejecutivos! Hay que estar en la onda. Treinta mil pesos.


¿Y ese pulóver?
¡Ah! Italiano puro, viejo. Cuatro mil pesos.


No lo alargaré más porque podríamos seguir así por los siglos de los siglos, pero creo que basta para darse una idea de la grosera vanidad de los hombres.


Las mujeres también la tenemos, pero de una manera refinada, casi artística, diría. Y no nos tiramos a la cabeza los precios como si fuéramos clientes de una ferretería.


Y otra muestra. Cuando una amiga nuestra cuenta algo ingenioso, nosotras la escuchamos y mientras tanto pensamos en algo más divertido para contarlo después y que la haga quedar como una pavota.


"En cambio los hombres... en fin, vean a Tino y a Rudy por ejemplo..."
¡Tengo un chiste bárbaro, Tino!
¡No! ¡Esperá que te cuente lo del chancho!


¡No! ¡Escuchá esto! Decíme... ¿qué pasa si un elefante se para sobre una pata?
Resulta que están dos cazadores cocinando en un bosque cuando se les acerca una señora inglesa y les pregunta si no vieron a su marido...


¿No lo sabés? Es muy sencillo...
...y uno de los cazadores le pregunta cómo era el marido, y la mujer responde que chiquito, gordito, rosadito y con hociquito.


...si el elefante se para sobre una pata quedan huérfanos los patitos.
...entonces el cazador se da vuelta hacia su compañero y le dice: "¿Viste, idiota? ¡Ya me parecía que el chancho que metimos en la cacerola hablaba inglés!"
PLAF


¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!


Ja, ja..., pero...
Ja, ja..., pero....


No se ríen...
No.


Lo que pasa es que no tienen sentido del humor.
¡Eso es!


Vení, Rudy. Vamos a hacernos un café y te voy a contar uno del loro Benito...
Y yo tengo uno de los dos vaqueros que...


Y allí se van los dos santos varones orgullosos y dignos, decididos a aislarse en la cumbre inaccesible de su compañerística masculinidad.


El hombre se siente superior a la mujer, eso es indudable, pero..., ¿por qué? Deberíamos buscar algún ejemplo que pudiera darnos un dato.


¡Ya sé! Les voy a relatar algo y ustedes en calidad de jurado me dirán lo que opinan al respecto.


"Esta es una mansión equis que queda cerca de San Isidro. No sé a quién pertenece ni cómo fue que quedó abandonada y deshabitada. O por lo menos ésa era su apariencia..."


"Pero era la casa más cercana que teníamos aquel día en que el minúsculo cochecito de Rudy se negó a seguir funcionando bajo la lluvia más torrencial que recordáramos desde el Diluvio."
OJ! OJ! OJJJ
DRANCATE! DRANCATE!
OJ! OJJJ!


No marcha...
¡Chocolate por la noticia!
ZUMZUMBALELEL OJJ!
OJ! OJ DRANCATE-PUF


¿Y ahora qué hacemos?
No sé. ¿Esperamos aquí?


¿Esperamos qué? ¿Que esta lata de sardinas sea llevada por el agua?
¡No te lo permito


¿Qué es lo que no me permitís? ¿Que me lleve el agua?
No. Que llamés lata de sardinas a mi coche.


Muy bien. Entonces creo que es mejor que uno de nosotros vaya a llamar por teléfono al Automóvil Club para que manden un auxilio para esta caja de fósforos.
¡Basta!


¿Quieren terminar de pelearse de una buena vez?
Está bien.


¿Y quién va a pedir auxilio?


¡EL!


¡Yo no voy!
¡Yo tampoco!


Creo que esto va a ser interminable, Miriam. ¿Por qué no vamos nosotras?
Y..., vamos.


Tino..., nosotras vamos a pedir que nos dejen usar el teléfono en esa casa...
¡No! ¡Ustedes nunca! ¡Voy yo!


¡Salute! ¡Parece que llueve en serio!


Creo que será mejor que vayan ustedes. Rudy y yo nos quedaremos cuidando el coche.
Hmm


¡Mi pelo!
No tiene importancia... Total esta noche te lo tenías que lavar...


Ché..., qué oscuro se está poniendo, ¿no?
Sí..., ¿no?


"¿Vieron cómo se crea el clima de misterio en una película de terror? Primero un relámpago chirriante y azul-amarillento que convierte hasta el más inofensivo yuyito en una garra descarnada."


"Luego un trueno largo y de siniestras resonancias."
KRABUM! BELE
RUMBELEBUMBELE
BUMBELE


Je, je, je... Esto está algo lúgubre, ¿no?
Je, je, je... Síííííí...


¿Tenés miedo?
¿Yo? ¡Bah!


¡AUUUUU-AU-AU AUUUUU!!


¿Y éso?
Parecía un perro... Sería un perro... Seguro que era un perro...


Creo que sería mejor ir tras las chicas. Hicimos mal en dejarlas ir solas.
Tenés razón... Pueden tener miedo.


¿Hacia dónde fueron?
A aquella casa..., la que está a oscuras.


Me estoy mojando...
Se supone... Está lloviendo...


No veo luz.
Yo tampoco.


Tocá el timbre.
No hay...

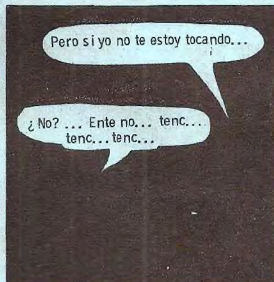

Además la puerta está abierta...
Entrá enconces... ¿O tenés miedo?


¡No me hagás reír!... Yo soy casado... Entrá vos primero.
¡No! Vos primero.


Esto está muy oscuro.
Sí... ¿No tenés fósforos?


Están todos mojados.
No veo nada.


Che Tino... ¡Tenés la mano helada!
¿La mano?... Pero...


Pero si yo no te estoy tocando...
¿No? ... Ente no... tenc... tenc... tenc...


¡HELP! ¡HILFE! ¡AIUTO! ¡SOCORRO!


¡Aquí hay una escalera!
¡Corré!


¡Entrá aquí!
Sí.


¿Dónde nos metimos? ¿Dónde están las chicas?
¿Y a mí me preguntás?


¡Me olvidaba! ¡Aquí tengo mi encendedor!
¡Prendélo!


Ya está. Ahora pe...


Pe... pe... pe...
¿Qué te pasa?


A... a... a...
¿Vas a estornudar?


A... A... Atrás tuyo...
¿Qué hay?


¡MADRE!


¡Socorro!


¡A salvo!
¡Metele llave!
SLAM!
CLIK


Che..., hay barro aquí..., o por lo menos debe ser sopa.
¿Dónde?


¡En el suelo! ¿Dónde va a haber?
Veamos...
TRICK


¡Sangre! ¡Mirá, Rudy! ¡Es sangre!


Tino..., ¿dónde nos metimos?
No... no... no sé..., pero quiero salir de aquí...


¡Aquí hay una vela!
Pasemos a la habitación de al lado... Tenemos que escapar.


Parece que no hay...
Allí veo un bulto...


¡Ah! ¡Una guillotina! ¡Y ocupada!
¡Ni en eso hay vacantes hoy en día!


¡Qué baja está esta lámpara!
No es una lampara, Rudy... Son los pies de un ahorcado...


¿Qué... qué... qué es ese ruido...? Pa... parece una máquina de escribir..
Son... son...
TRICK TRICKITY-TRICKTRIC


Son... son... mis dien... dien... dientes...
TRICK TRICKITY TRICKITYTRIC TRICKITY TRICK TRICK TRICK


No nos dejemos dominar por el miedo,.. Rudy... Somos dos hombres hechos y derechos. ¿Sí o no?
Sí...


Yo soy cinturón amarillo de Karate y vos fuiste boxeador, o sea que nos podemos defender de cualquier cosa. ¿Sí o no?
Sí


O sea que no hay motivo para tener miedo, ¿verdad?
No.
THUMP


O sea... ¿Y esto? Parece una pelota.
No... no es... Es... Es... es una cabeza...


¡Basta!


¡Allí veo luz!
¡Abrí! ¡Es una puerta!


¡Soco...! Pero...


¡Tino! ¡Rudy!... ¿Qué pasa?
Parecen asustados...


Es que allí... yo... sangre... cabezas... monstruos...


¿Desean tomar una taza de té?
¡Socorro! ¿Quién es...?


Doña Amalia. Es la encargada del museo. Insistió que tomáramos algo caliente antes de volver al coche.
¿Museo?


Sí. Este es un museo de cera que va a ser habilitado dentro de una semana.
Parece que el joven pisó la pintura derramada del piso alto...


Sí... pisé algo arriba... Je, je, je...


¿Este es el coraje de los hombres? ¿Esta es la veta cruel y áspera que los convierte en los amos del mundo y los hace sonreír desdeñosamente cuando decimos que hace frío?


¿Cuál es el motivo entonces por el cual nos dominan? ¿Por qué nos dejamos dominar?


Pero...


¡Mi amoroso! ¡Qué lindas son!


Después seguimos hablando de la rebelión femenina, chicas. ...Ahora tengo que atender a mi monito amoroso..., coliflorcito de mi corazón.
FIN



-Antes de que empecemos, quiero decirle, jovencito, que yo ya estaba enferma muchos años antes de que usted naciera.





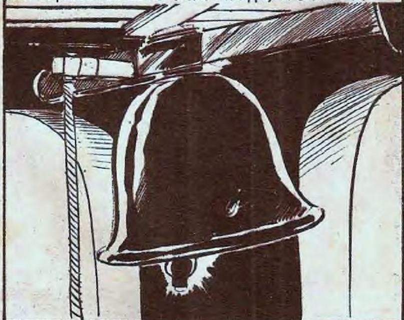
-¡Papá! ¡Mamá hizo otra entrada al garage!

EL GUERRILLERO

Por FRANK FORDER

Intervalo Album Ext. 192 - XIX - 11/1968

DIBUJOS DE JOHN LAWRENCE

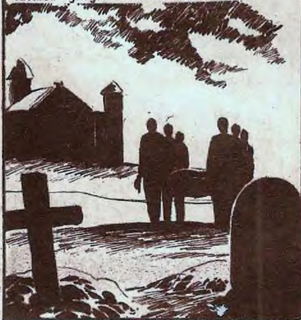
















Una vez despedido el duelo...

El notario Jogny lo espera, señor. Lo hice pasar a la biblioteca.

¿Ahora? Espero que sea breve: me caigo de sueño.

Yo subo a acostarme, querido: no puedo más.

Buenos días, maître Joigny. ¿A qué debo el honor de su visita?

Vine a cumplir un deber. Un triste deber, señor conde.

El desacostumbrado tratamiento hizo estremecer a Jacques. Mal que le pesara y por anacrónico que fuera un título nobiliario en la Era Espacial, las tradiciones provincianas lo obligaba a aceptarlo.

Prometí a su señor padre que le entregaría esto el día en que él... Los sellos son de su anillo: están intactos.

Gracias, maître Joigny.

Esa noche, luego de un reparador descanso...

¿De veras no prefieres quedarte solo? Al fin y al cabo, son asuntos de familia.

¿Y acaso tú no eres mi familia? Papá siempre te quiso como a una hija: él querría que tú estuvieses presente.

Es de puño y letra de papá... "Mi querido hijo: no puedo llevarme a la tumba un secreto que te pertenece y que no pude contarte en vida. Es una historia extraña y creo que será mejor empezar por el principio. En la primavera de 1940..."

"... el Château-vieux que conoces, era simplemente "el Château": no había otro, ahí vivía yo, como antes lo habían hecho mis padres, mis abuelos y todos los D'Ornon, desde hace más de tres siglos."

"Llevábamos más de seis meses de una guerra insólita, sin hostilidades, remota. La llegada de la primavera me dio la excusa para ofrecer un gran baile, cuyo motivo real era presionar a tu madre, de la que estaba perdidamente enamorado: deseaba deslumbrarla para arrancarle el sí que hasta entonces no había conseguido de sus labios."

¿Qué esperas, Viola? Una sola palabra tuya y serás la condesa D'Ornon. Tendrás todo esto y un marido que te adora.

Lo sé, Philippe, y créeme: me siento honrada y orgullosa. Eres el hombre más bueno y más noble que haya conocido.

"¡Bueno! ¡Noble! Hubiera preferido ser un bellaco, pero que me amara."

¡Ah! ¡Aquí están! ¿No recuerda a mi hijo Paul, señor conde? Fueron a la primaria juntos.

¡Papá! Eso fue hace muchos años: ingresé al colegio militar de St. Cyr en el año 30.

"No me gustó cómo se miraron: sus ojos parecían decir cosas distintas a sus labios."

Teniente Paul Nérac a sus pies, mademoiselle. ¿Puedo pedirle este baile?

Naturalmente, teniente.


¿Vive en St. Estéphe su familia, teniente?
Muy cerca: en Burdeos. De haber vivido aquí la hubiera conocido antes, porque, o ha cambiado mucho, o era usted la niña más linda del pueblo.


"Traté de olvidar mis recelos. Sin embargo, a la semana siguiente mientras paseábamos..."
¿Por qué no te detienes al costado del camino, Philippe? Hay algo que quiero decirte.
¿Será la respuesta a mi eterna pregunta?


-En cierto modo. Pero temo que no sea la que tú esperas, Philippe. No sé cómo decírtelo.
No me lo digas, lo sé: te has enamorado de Paul Nérac.


Quiero que sepas que éste es un momento muy amargo para mí, Philippe. Te quiero mucho, de veras. Daría cualquier cosa por no hacerte sufrir.
Cualquier cosa, menos lo único que serviría.


"La partida de Paul, terminada su licencia, me dio nuevas esperanzas. Sin embargo, la situación había variado."
La señorita Viola siente mucho no poder recibirlo, señor conde. Tiene una fuerte jaqueca.
Entonces, alcáncele estas flores con mis mejores deseos de pronto restablecimiento.


"Lo intenté infructuosamente al día siguiente y al otro. Pero al tercer día..."
La señorita Viola ha salido señor conde, pero el señor St. Clair desea verlo. Pase, por favor.


-Desde que falleció mi querida esposa, ha sido mi preocupación el cuidar del buen nombre de mi hija, conde O'Ornon. Está ahora prometida en matrimonio y sus atenciones son inoportunas: le ruego que desista.
¿No es una temeridad el prometerla a un militar en plena guerra?

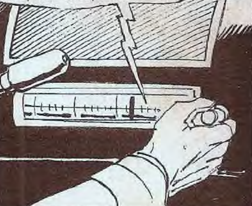

¿Guerra? Esto no es guerra, conde. ¡La del catorce fue guerra de verdad! Además, ¿no está usted también movilizado?
Sí, pero como prefecto de St. Estéphe. Es un cargo honorífico y no hay posibilidad de que llegue a ver a un alemán.


Nadie verá jamás a un alemán, conde. Los nazis saben que Francia no es Polonia y no tienen deseos de suicidarse atacando a la Línea Maginot.
Aún así, el teniente Nérac está en el frente y las licencias...


-Todo está arreglado. Paul vendrá el 3 de Mayo y se casarán el 10. Ha conseguido un permiso especial para su luna de miel.
Ya veo. Fui un tonto en concebir esperanzas. Adiós, señor St. Clair.


"Traté de refugiarme en el trabajo. Los vinos de mi castillo no sólo eran mundialmente famosos, sino que proveían divisas fuertes que Francia necesitaba. Allí también fracasé."
No sé. Le siento un gusto agrio.
Señor conde. ¡Está catando el 1937! ¡La mejor cosecha desde el año 20!


"Al anochecer del día ocho de mayo decidí viajar a París. Algunos negocios me llamaban, pero mi fin primordial era alejarme de St. Estéphe. Mi excitación era tremenda y no quería cometer locuras."
¿Cuándo piensa volver el señor conde?
No sé. Tres, cuatro días quizás.


"Me acercaba a París luego de viajar toda la noche, cuando..."
Comunicado oficial: desde la medianoche, tropas alemanas están invadiendo Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Hasta ahora, las noticias son confusas... ¡Urgente! El Alto Mando Francés acaba de cancelar todas las licencias, sin excepción.


"Repetimos: todo el personal militar deberá regresar a sus bases sin pérdida de tiempo. Continuamos con las noticias."
(Hoy es nueve... Viola y Paul no podrán casarse. ¡Regresemos a St. Estéphe enseguida!)


"Conduciendo como un loco, llegué a St. Estéphe al anochecer: era demasiado tarde."
Pero, ¿cómo es posible? ¡La ceremonia no iba a tener lugar hasta mañana! ¡No tuvieron tiempo!
Yo mismo conseguí que el señor párroco fuera a la estación. Los casó pocos minutos antes de salir el tren.


No lo tome a mal, conde D'Ornon. Su padre fue mi amigo y lo aprecio a usted mucho. Con todo, es usted joven, impulsivo y acostumbrado a mandar: juzgué que el buen nombre de mi hija estaría más seguro si fuera la señora de Nérac, bien que sólo legalmente.


"Abrumado, no intenté verla. No tuve que buscar distracciones para olvidarla, porque la situación militar se deterioraba rápidamente y el cargo de prefecto había dejado de ser decorativo: los problemas de abasto, de racionamiento y de personas desplazadas, comenzaban a hacerse agudos."


"Hacia fines de mayo, comprendí que Francia estaba perdida. Llegué a la conclusión de que nuestra única esperanza consistía en colaborar con los alemanes y traté de usar mi influencia sobre la gente para convencerlos... aún a costa de ciertas falsedades."
¡Silencio! ¡Cállense! ¡El señor conde quiere decir algo!


Malas noticias, amigos. Los ingleses huyen como ratas en Dunkerque. La pérfida Albión nos arrastró a una guerra que no deseábamos y ahora nos abandona. ¡Pero así es mejor! ¡Sin intromisiones imperialistas, franceses y alemanes podremos arreglar nuestras diferencias como buenos vecinos!


"En la primera mañana de junio, llegaba a mi despacho en la prefectura cuando..."
¡Se ha desmayado! ¡Déjenla respirar!
¡Es la señora de Nérac!
¡Permiso! ¡Dejen pasar! ¡Soy el prefecto!


"Al levantarla en mis brazos, mis ojos tropezaron con un nombre en la lista de bajas: Paul Nérac, teniente, R. I. 8. Muerto en acción. Méxieres, 22. V. 40. Las letras parecían brillar iluminadas."
¡Abran paso! ¡La llevaré a mi oficina!


"Cuando volvió en sí, la vista de su dolor casi me hizo envidiar a Paul."
¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Me ha dejado sola!
Cálmate, Viola querida. Recuerda que sucedió diez días atrás.


Ven. Sacaré el auto y te llevaré a tu casa.
¡No! ¡No! ¡A casa no! ..¡No puedo volver, Philippe! ¡Por favor, no me obligues!


Pero... ¿qué te pasa? ¿Por qué no puedes volver a tu casa? ¿En dónde estarás mejor que con tu padre?
¡No puedo más, Philippe! Debo decírselo a alguien y tú eres mi mejor amigo. Voy a tener un hijo, Philippe: un hijo de Paul.


¡Viola! ¡Tu padre me dijo que...!
Ya lo sé... Ya lo sé... Paul recibió un aviso de su coronel. La noche anterior... Faltaban pocas horas para la ceremonia... Estaba loca...,desesperada.


Bueno..., no es un crimen que hayas concebido un hijo: al fin y al cabo, eres la esposa de Paul...,su viuda, ahora. Medio pueblo fue testigo de tu casamiento.
Y también fueron testigos de la partida inmediata de Paul. ¿Sabes cómo reaccionará mi padre? ¿Sabes lo que el honor significa para él?


"Los celos mordían, es cierto: pero mi amor por ella era demasiado grande!"
Sé que no me quieres como quisiste a Paul, Viola: pese a ello, creo que un amor como el mío puede alcanzar para dos personas. Te estoy pidiendo que te cases conmigo, mi vida.


¡No! Eres el hombre más bueno del mundo y jamás aceptaré ese sacrificio. ¡No puedo herirte así!
¡Sacrificio? ¿Herirme? Me harías el hombre más dichoso de la Tierra. ¡Di que lo harás, Viola!


¡No! ¡Piensa en tu propia honra, Philippe! ¿Qué pasaría si se llegase a saber?
Por tí, afrontaría cualquier cosa. Además, Paul está muerto y sólo tú y yo conocemos el secreto.

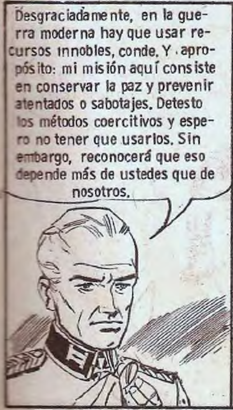

"Nuestro matrimonio se llevó a cabo cinco días después, en la capilla del Château y en la mayor intimidad. Si alguien sospechó algo, tuvo buen cuidado de no comentarlo: insultar a la condesa D'Ornon hubiese traído graves consecuencias para el indiscreto."


"Pusé en juego todo el savoir-faire heredado de diez generaciones: mi tacto y buen tino hicieron el milagro."
¿Feliz, mi vida?
No sabes cuánto: el pasado se esfuma como una pesadilla horrorosa.


"Nuestra luna de miel fue bien corta: el 21 de junio, Francia aceptaba el armisticio y tres días después... Recibía en el Château la visita del coronel von Kassel, designado gobernador militar de toda la zona de La Gironde."


"El coronel von Kassel era un hombre bien nacido: me di cuenta de ello apenas lo vi. Quizás no fuera tan difícil entenderse con él."
¿Graff von Ornon? Mi nombre es Wilhelm von Kassel. Lamento conocerlo en circunstancias tan penosas para usted.
Comprendo y aprecio sus sentimientos, coronel.


Además de ser prefecto de St. Estéphe, sé que es usted muy querido en la región. Por otra parte, me han informado que achaca la responsabilidad de esta antipática guerra a los verdaderos culpables: los ingleses.
Nunca pensé que hubiera espías entre mis vecinos, coronel.


Desgraciadamente, en la guerra moderna hay que usar recursos innobles, conde. Y apropósito: mi misión aquí consiste en conservar la paz y prevenir atentados o sabotajes. Detesto los métodos coercitivos y espero no tener que usarlos. Sin embargo, reconocerá que eso depende más de ustedes que de nosotros.


Haré cuanto esté de mi parte para convencer a mis compatriotas de que la paz es la mejor política. No tengo ningún deseo de provocar represalias.
Es usted un hombre inteligente Graff von Ornon. Continuará actuando como prefecto y puede usted contar con todo mi apoyo.


"No fue una tarea fácil, ni atractiva, ni cómoda."
¡Un conde D'Ornon colaborando con los "boches"! ¿Por qué habré vivido para verlo?
Tú no entiendes, pobre Cruchet. Trata de evitar que se derrame sangre inocente. Los alemanes no se afanan para atrapar a los saboteadores: toman rehenes y los fusilan.


"En el Château los alemanes habían establecido su Cuartel General para toda la provincia. El pequeño departamento del ala norte nos servía de alojamiento a tu madre, a mí, y a dos fieles servidores. Todo el resto lo ocupaban ellos, incluso la capilla en donde establecieron un formidable nudo de comunicaciones."

"El tiempo comenzó a correr y mis esfuerzos parecían dar resultado. Aunque a veces..."

Te noto preocupado, Philippe. ¿Pasa algo malo?

Hay momentos en que desespero, ma chérie. Ayer sorprendieron al viejo Cruchet tratando de incendiar un henar.

¿Y qué pasó? ¿Está bien el père Cruchet?

Lo mataron en el acto. Pero si ese fuego se hubiera extendido, los alemanes habrían fusilado a media docena de inocentes quizás. Hay gente que no quiere entender la realidad.

¿Estás seguro de que la realidad es como tú la ves, Philippe? A veces .. me pregunto si no deberíamos luchar.

¿Un puñado de civiles contra la Wehrmacht? No sueñes, mi amor: sería como pretender atacar a un elefante con mi alfiler de corbata.

"El 2 de febrero de 1941, en lo más crudo del invierno..."

¿Y, doctor? ¿Cómo está mi mujer?

Perfectamente, señor conde. Es usted padre de un espléndido niño de ocho libras: lo felicito.

"¿Y un rato más tarde, te conocí."

¿Sin amarguras, Philippe? Aún tienes tiempo para repudiarlo, ¿sabes?

¿Repudiarlo? ¿Has perdido el juicio? Y no oses insinuar que mi hijo es un bastardo, o me enojaré de veras.

"Con la llegada de la primavera, comenzamos a salir. Naturalmente, no había nafta y los viejos carricoches volvieron a prestar servicio. Atravesábamos el pueblo cuando..."

¡Philippe! ¡Ese hombre! ¡Allí! ¡Con el gorro de lana!

"No tuve que mirar mucho. Como un espectro del otro mundo, Paul Nérac caminaba tranquilamente por las calles de St. Estéphe. Pero cuando sus ojos me miraron, vi en ellos un mensaje urgente. No me saludes ni te des por enterado, Philippe, parecían decir."

"Unos metros más allá, detuve el coche y bajé como quien va a cumplir con un asunto de rutina. Debía investigar el misterio."

Vete a casa, Viola: tranquila, como si no pasara nada. Veré qué puedo averiguar.

Prométeme que no le harás daño, Philippe. El no tuvo la culpa.

"Lo seguí disimuladamente. No cabía duda de que me había visto, pero no intentaba eludirme: más bien parecía guiarme."

Buenos días, señora Mésair. Lindo tiempo, ¿verdad?

Muy lindo, señor conde: ideal para los viñedos.


Al fin se introdujo en el sótano de una de las tantas casas que habían quedado sin dueño. Entré tras él.
¡Philippe! ¡Qué gusto, volver a verte! ¿Como está Viola?
La condesa está bien, Paul...y me alegro de verte vivo.


Ahora dime para qué has venido a St. Estéphe. Te prevengo que si intentas hacer valer tu casamiento, no me costará mucho obtener la anulación: todo el mundo sabe que fue sólo nominal.
No te preocupes: Paul Nérac está oficialmente muerto. Es el comandante Paul Caren, de los "maquis", quien pide tu colaboración.


¿Colaboración? ¿Para qué, Paul?
En toda Francia se está organizando la Resistencia, Philippe. Dentro de poco, tendremos a los nazis jaqueados: sus trenes descarrilarán; sus depósitos se incendiarán; habrá explosiones en sus arsenales. Sabrán lo que vale el pueblo francés.


¿Y crees que lo tomarán con filosofía? Prenderán a miles de rehenes y la sangre inocente correrá a ríos. ¿Es esa tu intención?
Nada puede hacerse sin sacrificio, Philippe. Por Francia, yo renuncié a algo más valioso que la vida: al amor de Viola.


Eso es asunto tuyo: el mío, cuidar de la vida de mis vecinos y amigos. En homenaje a nuestra amistad, te doy veinticuatro horas para que abandones St. Estéphe. Pasadas éstas, te denunciaré a los alemanes. No me obligues a hacerlo, Paul.


¡Pero no lo denunciarás! ¿Verdad, Philippe?
¿Qué significa Paul Nérac para ti, Viola? ¿Sigues enamorada de él?


Una sola vez olvidé que era una St. Clair. Ahora, no olvidaré que soy la condesa D'Ornon, aunque mis sentimientos fueran distintos. Pero si pudieras mirar dentro de mi corazón, no encontrarías otra cosa que amor y respeto por ti, Philippe. No tienes nada que temer: si Paul no murió, el pasado sí.


Pronto se hizo evidente que Paul no había obedecido a mi intimación. Los atentados ya no eran burdos esfuerzos como el del pobre Cruchet: ahora llevaban el sello de guerrilleros profesionales. Sin embargo, un innato sentido del honor me impedía denunciar a quien se había acercado a mí como amigo.


¡No voy a tolerarlo, Graff von Ornon! ¡Seis atentados criminales en diez días! ¡Si usted no hace algo, yo lo haré! ¡Y no será agradable!
No sé qué hacer, coronel. Los vecinos no parecen respetarme como antes.


"La realidad era peor que mis palabras".
Buenos días, seño...
Vámonos, Marcelle: hay mal olor por aquí.
Sí: olor a repollo agrio y cerveza.


"Hasta en mi propia casa flotaba un aire de conspiración."
Tengo algo que pedirte, Philippe. Quisiera mandar al pequeño Jacques a casa de mis abuelos, en la zona no ocupada.
¿Alejar al niño? ¡Entonces, tú sabes algo, Viola! ¿Te irás tú también?


No, Philippe: mi lugar es aquí, contigo. Y no "sé" nada: solamente lo presiento.
También yo. Me parece vivir sobre el cráter de un volcán a punto de estallar. De acuerdo: prepara el viaje de Jacques.


Tres días después, el primer atentado en gran escala tenía éxito. El puente sobre el río La Jalle fue volado en el preciso momento en que lo atravesaba un tren de pertrechos alemanes. La destrucción fue total.


Esa noche, el coronel me mandó llamar. Apenas lo vi, supe que la situación era grave: se mostraba fríamente cortés.
Siéntese, Graff von Ornan. Temo ser portador de malas noticias para usted: me refiero al sabotaje de esta mañana.


He recibido instrucciones de Berlín en donde se me ordena fusilar rehenes, si los saboteadores no aparecen. El despacho dice: "empezando por los ciudadanos más respetables". ¿Comprende lo que quiero decir?
Perfectamente, coronel: voy a ser el primero.


En atención a su alcurnia, quedará detenido en sus habitaciones de este castillo: así podrá compartir sus últimas horas con la condesa. No intente huir, Graff von Ornon: habrá centinelas en sus puertas y vigilancia en sus ventanas con órdenes de tirar a matar... Créame: lamento tener que tomar esas medidas contra usted.


El coronel Kassel se afligía prematuramente. Mi intención era ahorrarle el disgusto de fusilarme.
¿Pero cómo? ¡Hay soldados bajo las ventanas! ¡Los he visto!
No preguntes y ve a cambiarte, mi querida. Ponte ropa cómoda y zapatos fuertes. Huiremos.


"Veinte minutos después..."
En este castillo, como en muchos otros, la elaboración del vino comenzó efectuándose en los propios sótanos. Mis antepasados deben haber desconfiado de sus obreros, porque hay accesos de vigilancia en cada uno de los dormitorios principales.


¡Está lleno de telas de araña! ¡Quizás haya ratas!
Es posible. Hace muchos años que no se usa. Cuando yo era niño, me encantaba explorarlo y conozco todos los recovecos al dedillo. Ven: en media hora estaremos afuera.


Por aquí corrían unas vagonetas tiradas por un caballo, que traían la uva al trapiche. Más vale que apaguemos las velas. No creo que haya alemanes cerca de la salida, pero es mejor no tentar al diablo.


"Durante más de una hora corrimos atravesando viñedos tan familiares como la palma de mi mano. Ibamos rumbo a la granja de Michel Lecuyer: conociéndolo, sabía que si existía un complot contra los alemanes, él estaría envuelto."
¿Y si los nazis vigilan la granja?
No lo creo: hasta ayer, no sospechaban de él.


"Hasta ayer: hoy era distinto."
¡Halt! ¡Quién va! ¡Conteste o disparo!
¡Corre, Viola!


¡Aah!
¡Viola! ¿Estás herida?


¡Viola! ¡Por Dios, dime que estás bien!
No será... nada..., mi querido.
¡Pronto! Cargue a esa mujer en brazos y venga conmigo. El sargento me felicitará por haber pescado a...


¡Muérete, sale boche!
¡Ággggg!


"El propio Michel había sido nuestro salvador."
Los alemanes nos buscarán, Michel. Si nos encuentran en tu casa...
¡Al diablo con los boches! Entremos a la condesa y correré a buscar al doctor Barrère.


No te muevas, mi amor. Michel fue a buscar al doctor Barrère: él te curará.
No... Me muero, Philippe... Acércate: quiero decirte algo.


Prométeme... que Paul... nunca sabrá... Prométeme... que no se lo dirás a Jacques mientras vivas... ¡Júralo, Philippe!
Te lo juro, Viola: nunca nadie lo sabrá de mis labios.


Mi querida esposa falleció a las once de la noche del día 24 de julio. Minutos más tarde llegaba el doctor Barrère, acompañado por Paul Nérac o Caren. Lo odiaba con todo mi corazón.
¿Estás contento, Paul? ¿Ves ahora el resultado de tus sabotajes?
No insultes a tu esposa, Philippe.


Ella hubiera dado mil veces la vida por Francia. ¡Ayúdame a vengarla, Philippe! Tú conoces la entrada secreta a los sótanos del castillo y yo tengo doscientos kilos de TNT listos. ¡Volemos a esa canalla y a su centro de comunicaciones!


Debíamos apurarnos. Al salir el sol, los alemanes me buscarían en mis habitaciones para la ejecución: al no encontrarme, deducirían lo ocurrido y tratarían de encontrar el pasadizo. No les llevaría mucho tiempo y entonces sería tarde."
¿Estamos lejos, todavía?
Sólo unos cien metros más.

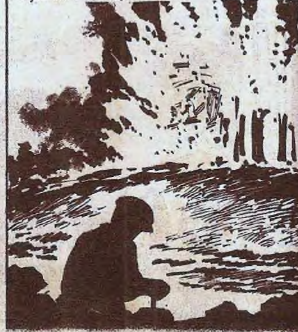

La capilla está aquí arriba.
Perfecto: no quedará ni rastros... Dejen su carga ahí, muchachos, y vuelvan a sus hogares. El señor conde y yo nos ocuparemos del resto.


"Distribuimos las cargas en los puntos claves. Luego, arrastrando el cable, salimos por el viejo túnel. Una vez afuera..."
Ya está. Sólo hace falta hundir la manivela y ¡puff!, al infierno con ellos.
Apúrate. Los nazis solían hacer rondas.


"Como al conjuro de mis palabras..."
¡Arriba las manos! ¡Dense presos!
¡Tírate al suelo, Philippe!


"Nunca vi tanta rapidez ni tanto arrojo. Los alemanes fueron prácticamente barridos, pero también Paul recibió lo suyo."


El deflagrador... No pierdas tiempo... Habrán oído los tiros... Pueden venir...
Sí, Paul: enseguida.


"Siempre he lamentado que Paul no viera el espectáculo para el que había trabajado tanto. Pero era tarde: sus ojos ya estaban fijos en el cielo."


"El resto es público y notorio. Sin más títulos que mi tremendo odio hacia los verdugos de Viola, me vi convertido en el jefe de los 'maquis' de la región. Pronto aprendí a manejar armas y explosivos."


"Aprendí a matar: de frente o a traición: con la bala o el puñal. En una palabra, aprendí a hacer lo que había odiado toda mi vida."


"Tal fue la saña desplegada por los 'maquis' del Médoc que, cuando en el glorioso verano del 44 llegaron los americanos, los soldados alemanes los miraron como a sus salvadores."
¡Kamerad! ¡Kamerad!
¿Qué bicho les habrá picado a éstos, Joe? Parecen contentos de vernos.


"Por eso, por méritos que no eran míos sino de tu madre y de Paul, el general de Gaulle me concedió el Gran Collar de la Legión de Honor, el mismo que hace poco prendiste sobre mi pecho para que me acompañara a la tumba."


"Paul murió sin saber el secreto. Yo cumplí con mi juramento y jamás te hablé de él, mientras estaba vivo. Ahora que descanso junto a tu madre y Paul, más allá de los celos y de las pasiones humanas, quiero que sepas que aunque no lleves mi sangre, has sido el mejor hijo para mí. Te bendice: tu padre."


¡Pobre papá! ¿Habrá temido que lo hubiera querido menos de haber sabido la verdad?
No, Jacques. Porque sabía que lo comprenderías, te lo dijo tan pronto la muerte lo liberó de un juramento sagrado para él. ¿No te das cuenta, mi querido?


Creo que sí. El saber que mis padres fueron de carne y hueso, con las flaquezas y pasiones del género humano, pero también con su redentor heroísmo, hace que me sienta unido a ellos como nunca lo estuve. Más: estoy orgulloso de ser su hijo. . Estoy orgulloso de los tres.


Como el fuego había purificado el Château-vieux de sus invasores, así las llamas consumieron la confesión póstuma de su castellano. El conde Philippe D'Ornon podía descansar en paz.
FIN



-¡No hagas preguntas y bájame de una vez!

ELLAS Y NOSOTROS



-Si quieres saber la razón por la que he vuelto, es que a mamá se le ha estropeado el televisor.

LAS FUNDADORAS

Por ERNESTO CASTANY

dibujos de CAROVINI

Corría el mes de agosto de 1536, y en una de las posadas que por aquel entonces abundaban en torno al puerto de San Lúcar de Barrameda, en el golfo de Cádiz, precisamente donde el río Guadalquivir entrega sus aguas al Atlántico, una mujer de rostro moreno y ojos apasionados contemplaba a un rubio barbado soldado alemán.


















Schmidel se frotó la barba y suspiró. "¿Por qué una mujer no ha de poder soñar como un hombre?", se dijo. Decidido, su rostro se iluminó con una sonrisa.
Bien; tú ganas. Pero no hablaré con don Diego ni con su hermano. Si alguien os puede ayudar es vuestro paisano, don Pedro de Luján...


No me importa quién sea, con tal de subir a bordo. Una vez arriba, lo demás es cosa nuestra. ¡Y ya verás, Ulrico, ya verás! Jamás tendrás que arrepentirte de lo que ahora arriesgas por nosotras...


Tres días más tarde, trece naves se balanceaban airosas sobre las aguas oscuras del Guadalquivir, mientras más de mil hombres se paseaban nervio-sos por las cubiertas...
Dime, Salazar, ¿qué esperamos ahora? ¿No estamos ya todos?
Hombres, naves y carga sí; desde esta mañana que están aviados. Mas no don Pedro.


¿Y por qué no? ¿Qué le hace falta?
Pero, por Dios, ¿quién te crees que es nuestro capitán? ¿Uno cualquiera como nosotros?


¿Supones que podría marcharse sin saludar a nuestro señor el rey don Carlos? Pero deja ya de preocuparte, hombre. ¿O no lo sabes? Partiremos mañana...


El fogoso Galaz de Medrano suspiró, sintiendo que el corazón aceleraba sus latidos. El, como los demás tripulantes, era demasiado joven y la impaciencia lo consumía como un fuego. El día le pareció interminable. Pero al llegar la noche, mientras el Adelantado daba sus últimas instrucciones a sus capitanes, amparadas por las sombras nocturnas...


...un grupo de figuras embozadas se fueron deslizando a bordo de las naves; unas eran mujeres casadas que seguían a sus maridos; las otras, cinco solteras que se habían disfrazado de hombre...
Por aquí... y no hagáis ruido...


¡Apuraos...! Y tú, Ulrico, guíalas ahora... Yo tengo que regresar a la reunión antes de que descubran mi ausencia.


Fue así cómo, a la mañana siguiente, oculto en la bodega de la nave capitana, un grupo tembloroso de mujeres aguardaba con ansiedad la hora de la partida. Y al fin, cuando los navíos de la expedición soltaron amarras, un nuevo temor estremeció al pasaje femenino.
Oye, Isabel...


¿Qué pasará cuando sepan que estamos a bordo?
¿Y eso te preocupa ahora? ¿Qué pueden hacernos? Don Pedro se pondrá furioso, pero ya estaremos lo suficientemente lejos como para que nos regresen de nuevo a casa.


Y así fue. Hacía ya dos días que las naves habían dejado San Lúcar, cuando una mañana, el capitán Juan Osorio tuvo la mayor sorpresa de su vida. . .
¡Santo Cielo. . . ! ¿Qué hacen estas mujeres aquí?


Y unos instantes después, informado el Adelantado. . .
¡Esto es inaudito. . . ! ¿Cómo habéis podido subir? ¡Decidme el nombre de vuestros cómplices y los colgaré del palo mayor. . . !


Perdonad, señor don Pedro; pero los únicos cómplices nuestros han sido. . . el amor de estas mujeres por sus esposos y la ansiedad de otras, que desdichadas, sólo anhelaban la esperanza de una existencia mejor. . .


No obstante si vos necesitáis de alguien sobre quien ejecutar un castigo que sirva de ejemplo, yo puedo valeros para el caso. . .
¿Y vos? ¿Por qué vos?


Porque fui yo quien instó a las mujeres a burlar los guardias y a subir a bordo aprovechando las sombras de la noche. . . Porque he sido yo quien ha dicho que la mujer que ama debe seguir al ser que ama hasta el infierno. . . y que aquellas otras que se resignan al infortunio, merecen ser infortunadas. . .


¡Diablos de mujer. . . ! ¿Quién es? Tiene una lengua más larga que la de un licenciado. . . Dime, Osorio, ¿tú la conoces?
Sí, señor. Su nombre es Isabel de Guevara. Atendía a los parroquianos que acudían a la Posada del León.


¿Conque así? ¡Ahora me explico su desparpajo. . . ! Bien, busca dónde alojarlas y luego que esta tal Isabel venga a verme. Ya que están aquí, veremos qué fruto pueden darnos. . .


Y esa misma mañana, al llegar mediodía. . .
Con permiso, señor. Os he traído algo que puede gustaros. Es una simple cazuela, pero creo que os sabrá distinta. . .
¡Hola. . . ! ¿Qué pretendes? ¿Piensas seducirme, halagando mi estómago?


No, señor. Sencillamente deseo demostraros que las mujeres también podemos ser útiles en una travesía. Y a propósito, señor, ¿puedo haceros una pregunta?
Habla. ¿Qué quieres saber?


¿Es cierto, señor, que vuestra salud. . . no es todo lo buena que habría sido de desear?
Para mi mala fortuna, así es. Pero, ¿cómo os habéis enterado?


Una nave es como una posada, señor. No se pueden guardar secretos. Hemos sabido que habéis pasado una noche muy mala. ¿Tan mala como dicen, señor?
Peor que otras tantas... Pero, ¿qué te preocupa eso? Mi mal es algo al que vos no le podéis poner remedio...


Yo no, pero tal vez sí María Dávila. Ella no sólo compone huesos rotos, sino que puede desterrar del cuerpo cualquier fiebre maligna. En Cádiz y en San Lúcar lo ha hecho muchas veces.
¿De veras?


Las palabras de Isabel fueron como una música para los oídos del Adelantado. Ya no pensaba en castigos ni en reprimendas. La comida de aquella mujer le había sabido a gloria, de la misma manera, que unos días después, le parecieron de seda las manos de María Dávila aliviando sus dolores.


Pero la travesía no era fácil y habían dejado atrás Gibraltar cuando dieron comienzo las terribles batallas contra los enemigos del mar. Primero, largos días sin sol, luego temporales, vientos furiosos que parecían arrasar con todo. Los hombres, nerviosos, juraban y maldecían y eran diarias las peleas entre marinos y soldados.


Pero allí estaban aquellas bravas mujeres para poner cordura, sobre todo la enérgica y hermosa Isabel.
¿Qué clase de brutos sois? En lugar de uniros contra los demonios del mar, peleáis como los borrachos en una taberna. ¿Así pensáis llegar a las Indias?


Y ellas mismas daban el ejemplo, trabajando sin tregua como el más rudo de los marineros. Pero en las treguas, también era un goce escuchar a Elvira Pineda tocando la guitarra y cantando, o presenciar los bailes flamencos de Catalina Pérez... Los ojos se encendían entonces de pasión y la bebida enardecía a muchos de ellos.


Empero, aquellas mujeres eran de un temple de acero y bravías como leonas...
¡Las manos quietas, Olmedo! ¿Quién supones que soy?


Tú sabes que te quiero..., que estoy loco por ti...
¿De veras? Pues entonces habla con fray Luis de Miranda para que nos case.


Lo siento por él, Catalina, pero no podrá casarse contigo. ¿Ignoras que tiene mujer y dos hijos en León?
¿Conque así están las cosas? ¡Muy bien...! ¡Qué se consuele entonces soñando con ella...!


El viaje parecía interminable, hasta que al fin, una mañana... ¡Tierraaaa... a la vista....!

Era la bahía de Río de Janeiro, en cuya costa el portugués Martín Alfonso de Souza había construído un fuerte pocos años antes. Allí se aprovisionaron de víveres frescos y ocurrió el primer drama sangriento de la travesía: aprovechando la oscuridad de la noche, el maestre de campo...

... Juan Osorio fue atacado por varios hombres y muerto a puñaladas.

¡Ay... !

Nunca se supo la razón de ese crimen, pero la gente murmuraba que Osorio había sido ajusticiado por orden del Adelantado.

¿Tú crees, Luján, que mi hermano es capaz de hacer algo tan infame?

No lo sé, Gonzalo. Pero ya conoces a Ayolas...

Es soberbio y rencoroso. Ahora, desaparecido Osorio, él será el brazo derecho de don Pedro. No quiero ofenderte, pero si tu hermano no tiene nada que ver con esto, ¿por qué no ha castigado a los culpables? Todos sabemos quiénes son...

Gonzalo de Mendoza no contestó. Estaban otra vez en alta mar y lo que a todos había-les parecido una aventura maravillosa, se había trocado en una travesía horrenda. Los hombres se miraban entre sí, desconfiados y temerosos. El mismo Adelantado, ahora siempre postrado en su cabina, parecía un fantasma torturado por el dolor de sus llagas.

Mientras tanto, la ansiedad consumía a los viajeros.

Ya llevamos más de cuatro meses en el mar, ¿es que nunca llegaremos, Ulrico?

Todo a su tiempo, Isabel. Si son buenos los informes que recogí en San Lúcar, pronto estaremos navegando en el mar de Solís.

Dicen que es el mar más extraño del mundo. Sus aguas son dulces y sus costas están pobladas de árboles de todas clases y entre las arenas de la playa se encuentra oro y plata...

¿Y gente? ¿También hay gente?

Sí; en una orilla viven unos indios feroces a quienes llamana charrúas; del otro lado, están los querandíes, una gente inocente que vive tal como Adán y Eva cuando estaban en el paraíso.

Isabel de Guevara entrecerró los ojos, soñando. ¿Sería esa tierra tan maravillosa como todos decían? Un país en el cual bastaba extender la mano para alimentarse y agacharse para que el oro corriera entre los dedos... Por fin, en un amanecer luminoso de mediados de enero...

... llegaron a la isla de San Gabriel, donde se encontraron con Diego de Mendoza, adelantado como explorador por orden de don Pedro. La conferencia entre los dos hermanos fue muy breve.

Creo que estas tierras son propicias para quedarnos; pero no aquí, en esta isla, sino en tierra firme, en la costa sud del mar de Solís.

Don Pedro de Mendoza asintió.



Fue así cómo, en una sencilla ceremonia, el 2 de febrero de 1536 el Primer Adelantado pronunciaba las palabras rituales...



Luego, como era habitual, se plantó el árbol de la justicia y se señaló el reparto de tierras. La idea de tener que quedarse allí, volvió a molestar a los aventureros.



Cundía el desencanto, pero fueron las mujeres las que dieron el ejemplo.



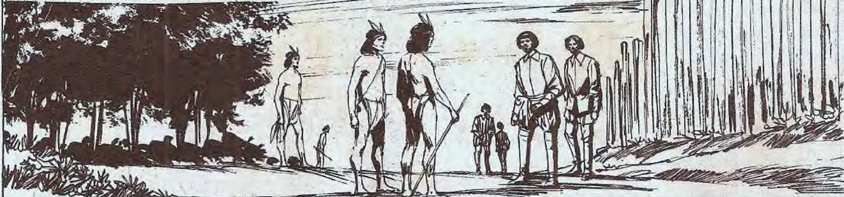
Juan de Salazar, uno de los hombres más reposados de la expedición, apoyó las palabras de la bella andaluza.



Fue así cómo, desengañados, pero dominados por la energía de Ayolas que ahora actuaba en nombre del enfermo Adelantado, los hombres se vieron obligados a cavar zanjas y construir un fuerte a la vera de un riachuelo, al que pronto se llamaría de Las Matanzas.



Los primeros días, los indios recibieron con simpatía a esos hombres extraños que habían llegado del otro lado del mar. Les proporcionaron alimentos, cueros, e incluso varias canoas para pescar en el río. Pero esa generosidad querandí fue mal comprendida y pronto empezaron las disputas. Una noche, tres españoles robaron a otras tantas muchachas indias.



En otra ocasión, un indígena fue castigado por un oficial. Días después, un marinero mató a un indio en una riña.



De esta manera, a las pocas semanas, lo que había empezado siendo generosa amistad, se trocó en un odio implacable y salvaje. Buenos Aires aún no tenía tres meses cuando fue sitiada por los querandíes, que gritaban pidiendo venganza. El terror cundió entre los pobladores.



Salazar, al igual que las sufridas mujeres, era uno de los más indignados.




Había llegado ya el invierno, y prisioneros en la villa cercada, pronto escasearon los víveres y el hambre fue terrible entre los españoles. Por un bocado, los hombres se mataban en duelo..., aun sabiendo que una muerte se pagaba con la horca. Ya hay tres colgados en el árbol de la justicia: Hernán García, el gallego Baz, Fernán Díaz...


Pero la tremenda justicia de Juan de Ayolas era impotente para evitar los robos y las riñas. Al fin, asustada por lo que veía, María Dávila habló con el yacente don Pedro.
Tenéis que hacer algo, señor... Si no tomáis una decisión, no quedará nadie vivo.


Mendoza miró a la mujer. Apenas si la veía, ardiendo de fiebre y abrumado por el ardor de sus llagas.
Sí, tenéis razón. Decidle... decidle a Ayolas que venga...


Y unos instantes más tarde, reunido con sus capitanes...
Tú, Gonzalo, irás hasta el Janeiro en busca de víveres; tú, Ayolas, remontarás el Paraná expedicionando. Entretanto, vosotros, Luján, Diego y Galaz de Medrano...


... partiréis con un grupo de hombres armados en procura de alimentos para atender lo más urgente. ¿Habéis entendido? Partid lo más pronto que podáis... ¡y que Dios os proteja!


A la mañana siguiente, en movimientos sucesivos, se cumplieron las órdenes del Adelantado. Ayolas, en la más pequeña de las naves, partió con cien hombres Paraná arriba; en un galeón, Gonzalo de Mendoza marchó hacia Brasil, en tanto que, esperando la noche, Pedro de Luján y sus compañeros se alejaron sigilosamente del fuerte.


En la villa sitiada, don Pedro había vuelto a su sopor y a sus delirios: de noche soñaba con el cadáver de Osorio y se creía atacado por su fantasma sangriento.
¡Oh, no...! ¡No...!


El Adelantado tenía treinta y seis años, pero ahora parecía un viejo de sesenta. María Dávila, cuidándolo de día y noche, no se apartaba de su lado.
Cálmese, vuesamercé. Por favor. Nadie le hará nada.


Pero don Pedro era como un niño aterrado. Juan de Salazar y Francisco Ruiz Galán, que había quedado a cargo del fuerte, se mostraban muy preocupados.
No podemos continuar así, sin hacer nada...


Anoche, con dos hombres, fui hasta los fuegos de los querandíes, y por lo que observamos, no dudo que están preparando un ataque. Tenemos que estar prevenidos.


En ese instante, como respondiendo a las palabras del español, un ululante clamor estremeció a los pobladores del fuerte sitiado.
¡Los indios... ! ¡Nos atacan... !


La gente corrió hacia las empalizadas, y de inmediato, ballestas y arcabuces respondieron a las flechas indígenas: era una increíble y despareja batalla: miles y miles de querandíes contra unos cientos de españoles...


Allí, a la vera del Plata, por primera vez en esta parte del Nuevo Mundo, aquel grupo hambriento de hombres y mujeres demostró hasta qué límites increíbles podía llegar su indómita bravura.
¿No querías pelear? Bueno, pues ahora tienes ocasión para demostrar lo valiente que eres...


Alentados por su mayor número, los indios atacaban ferozmente, pero aquella débil empalizada parecía el grueso muro de una fortaleza. Al fin, comprendiendo que jamás lograrían entrar en el fuerte, los querandíes recurrieron a las flechas incendiarias.


Pero de igual manera fue en vano. Nuestra Señora Santa María del Buen Aire era una gran hoguera, más nadie podía entrar en ella, heroica e invencible.


Horas y horas duró aquel ataque; luego comenzó a llover y la lluvia y las sombras de la noche fueron como una ayuda milagrosa del cielo, deteniendo el asalto indígena. Por último, cuando volvió el amanecer...
¡Oh, mira, Salazar... ! ¡Los indios se han ido... !


Y así era, efectivamente; durante la noche los indios se habían marchado. No obstante, si bien no habían logrado destruir el fuerte, a unas leguas de allí, se habían cobrado terrible venganza al alcanzar a los trescientos hombres comandados por Pedro de Luján, Diego de Mendoza y Galaz de Medrano.


Dominados por la furia, los exterminaron por completo a orillas de un río que, desde entonces, habría de llamarse Luján. Era el 15 de junio de 1536, día de Corpus Christi. Buenos Aires aún no había cumplido cinco meses de vida.


Durante las jornadas siguientes, mientras alertas centinelas oteaban el horizonte, vigilantes, hombres y mujeres trabajaron con denuedo reconstruyendo lo que el fuego había destruído. Y otra vez las mujeres fueron las que dieron el ejemplo...
¿Qué esperas? ¿Qué los muros se levanten solos? ¡Vamos, pues! ¿O es menester que te muestre cómo se hace?


Y no era ella sola. Exceptuando María Dávila, dedicada al cuidado permanente del Adelantado, las otras mujeres trabajaban. lavando ropa, curaban a los heridos; incluso, cumplían guardias como cualquier soldado. Por su parte, Isabel de Guevara, transformada, parecía haber encontrado su verdadero destino.


Daba órdenes como un oficial y discutía con Salazar y Ruiz Galán los problemas del fuerte.
En un día más estará terminada la nueva iglesia. Ya he hablado con el párroco. Julián Carrasco celebrará misa el domingo, dando gracias a Dios por habernos salvado.


-Y vosotros, ¿habéis visto a don Pedro?
Estuve con él anoche, pero en hora mala. No toma decisiones y sólo tiene voluntad para quejarse de sus males y lamentarse de las desgracias que nos persiguen.


Exactamente. Eso mismo me ha contado a mí María Dávila. Me ha dicho que don Pedro se cree hechizado y sueña que Osorio quiere llevarlo al infierno. Ni siquiera recuerda que fuimos atacados por los indios.


Como veis, nada podemos esperar de nuestro Adelantado. Es menester obrar por cuenta propia. Francisco de Mendoza es demasiado joven y Bernardo Centurión, si bien es un buen oficial, tiene demasiado empaque como para que nadie lo quiera.


-El alemán Ulrico me sugirió anoche algo que puede ayudarnos: que ampliemos el extremo oeste del fuerte y sembremos frutos de la tierra. Y si a la vez cada uno de nosotros trabaja su propia huerta, tendremos el alimento que ahora nos falta.
¿Y tú crees que todos querrán hacerlo?


Eso es lo que yo digo. ¿Te imaginas a Francisco o a Centurión manejando una azada?
¿Y por qué no? ¿No dirigen ahora el arreglo de las calles y la construcción de la alcaidía?


Pues bien, si no trabajan en eso, que tenga a su cargo la labor de vigilancia y administren los víveres. Ambos son gente de letras y pueden hacerlo si los convencemos de que las órdenes vienen de parte de don Pedro.


De inmediato, los dos hombres y la mujer planearon una serie de tareas ... que María Dávila dio a entender era voluntad del Adelantado que se llevaran a cabo. Nadie dudó de aquella argucia y la población del fuerte comenzó a mostrarse activa como las abejas de una colmena.


De esta manera, poco a poco, la humilde villa se fue afirmando a la vera del río; hasta que un día, a poco más de un mes del asalto indio, una voz recorrió las calles de barro del fuerte...
¡Ayolas... ! ¡Regresó Ayolas... !


Pero el español no parecía el mismo que se había marchado. Ahora era un individuo de ademanes nerviosos y mirar alucinado.
Creedme, señor don Pedro. Más allá del Carcarañá hay un país al que los indios llaman la Tierra del Rey Blanco. Allí abunda el oro y la plata y las piedras preciosas.


¿Por qué no emprender su conquista? ¿Acaso no fue para esto que hemos venido?


El relato alucinado de Ayolas corrió por el fuerte como un reguero de pólvora. Y de inmediato, ya nadie pensó en seguir trabajando, sino en partir en pos de aquellas riquezas, incluso el mismo don Pedro, que parecía haber vuelto súbitamente a la vida.
¡Sí, sí..., partimos...!


Fue así cómo, unos días después, no una, sino varias fueron las naves que partieron, río arriba. Isabel miró a Pedro de Alvarado, que había quedado como comandante del fuerte.
A Juan de Ayolas el oro lo ha vuelto loco. Si es tanto el que hay por allí, ¿cómo es que no ha traído ni siquiera una muestra?


Pedro de Alvardo no contestó, y los pocos pobladores que habían resuelto continuar en Nuestra Señora del Buen Aire reanudaron sus tareas habituales: labrar la tierra, cuidar el ganado, montar guardia en los miradores del fuerte. Para ellos, en aquella villa que habían fundado, estaba su hogar, su vida futura.


Al anochecer, Isabel y Ana Maldonado, las dos únicas mujeres solteras que no se habían ido con la expedición, habían tomado la costumbre de pasear a la vera del río que muy pronto habría de llamarse de la Plata.
Dime, Ana, ¿por qué no te marchaste con los otros?


Sinceramente, ¿qué fue lo que te detuvo en esta villa triste y miserable?
Bueno, a decir verdad..., tuve un sueño horrendo. Soñé que me moriría si me iba de aquí. Es algo ridículo, sí quieres, pero no tuve valor para desechar ese presentimiento.


¿Y tú? ¿Por qué tampoco te fuiste con ellos? ¡Y vaya...! Vi la cara que puso Salazar cuando supo que te quedabas? ¿No te has dado cuenta que está enamorado de ti?


Lo suyo no es amor, sino soledad. Es un soldado, y como todos los hombres de armas, necesita la dulzura de una mujer cuando llega de regreso a su casa. Yo no creo...


Súbitamente, Isabel se interrumpió. Ana no la escuchaba, fija su vista en las oscuras aguas del río.
¿Qué sucede?
¡Oh, mira hacia allí, Isabel! ¡Es el galeón de don Gonzalo de Mendoza...!


Efectivamente: era la nave que había marchado a Brasil en busca de víveres. Pero el hermano del Adelantado no había regresado solo, y sus ojos brillaron curiosamente al presentar a sus compañeros.
El capitán Ruy Mosquera, el alférez Pedro de Esquivel, el piloto Martín de Ortuño...

Uno tras otro los fue nombrando, y luego, esa noche, mientras cenaban todos juntos celebrando el regreso, Gonzalo explicó:

Si hombre alguno ha vivido aventuras, las que han pasado estos amigos son dignas de ser narradas en letras de oro...

¿Sabéis desde cuándo andan por aquí Mosquera y Ortuño? ¡Diez años...! Desde que Sebastián Cabot navegó por aguas del mar de Solís...

La revelación llenó a todos de asombro y el relato de la odisea de aquellos hombres y cómo se habían encontrado luego con los demás, prolongó la velada hasta muy tarde. Al fin, cuando se pusieron de pie para despedirse, Pedro de Esquivel se acercó a Isabel.

Señora...

¿Me permitiréis que os acompañe hasta vuestra casa? Yo no soy tan importante como el capitán Mosquera, más el poder seguir unos instantes más a vuestro lado me haría el hombre más feliz de la tierra.

Pedro de Esquivel era un hombre de treinta años, de figura arrogante y muy pronta sonrisa. Por primera vez en su existencia, Isabel se sintió conmovida por las palabras de un hombre.

Si tan poco os basta para ser dichoso, ¿cómo podría negarme?

Luego, ya junto a la entrada de la modesta vivienda, el alférez miró a la joven andaluza reteniendo su mano.

¿Me autorizáis a que os vea de nuevo? ¡Hay tantas cosas que quisiera saber de vos...! Por Gonzalo sé que sois una mujer maravillosa y muy valiente...

Se contemplaron en silencio durante unos instantes; al fin, Isabel sonrió.

Sois un hombre bastante audaz, alférez. Pero, ¿qué mujer no os escucharía siendo tan mañoso para formular lisonjas?

Se despidieron, e Isabel de Guevara apenas si durmió esa noche, inquieta y ansiosa como una adolescente. No podía apartar de su mente la imagen sonriente del atrevido alférez. ¿Intuía, acaso, que ése era el hombre que habría de encender la llama del amor en su existencia?

Insomne, desde su ventana vio la luna que brillaba esplendorosa sobre el río, y casi sin darse cuenta, susurró:

Esquivel... Pedro de Esquivel...

Corría el verano de 1537, y en la humilde ciudad y puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire, la eterna luna de los enamorados había comenzado a iluminar el primer idilio nacido a la vera del que muy pronto sería el fabuloso Río de la Plata...

FIN



-Y todas las primaveras me enamoro de alguien. ¿ Tiene algún remedio, doctor?

UN POCO DE BUEN HUMOR



-Créeme, querido. Procuré pensar rápidamente, pero todo lo que pensaba me salía equivocado.

SHIMATA

Por PAUL MONIER

DIBUJOS DE O. MORAGA











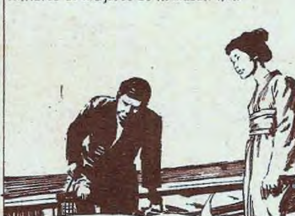









¿Kei? ¿Dijo usted que se llama Kei?
Sí. Ella se quedó. Yo no puedo olvidar la paz de mi isla.


Asana siguió hablando. Jitsuko se quedó pensando en ese nombre. Debía ser casualidad. Millares de mujeres se llamaban Kei.
Traes muy cargada tu barca esta tarde, Jitsuko.


Tuve suerte en la pesca. Si me dura, podré alzar una cabaña en la aldea, frente al mar.
¿Dejarías de alojarte en la posada? ¿Quién hará tu comida? ¿Quién lavará tus ropas después?


La abrazó a la vista de los otros pescadores. La sintió frágil entre sus manos fuertes, y ella se puso triste de tanta alegría, al escucharle decir:
Te haré mi esposa cuando tenga la cabaña.
Y yo seré feliz.


Ese sería un día especial para la señora Fukoa. Pero Asana debió callar la noticia en la posada; postergarla para hundirse en los otros brazos que se abrieron para recibirla.
¡Kei! ¿Cuándo llegaste de Yokohama?
¡Ahora mismo! ¿No viste el barco grande en el muelle?


-Este es Jitsuko Shindo. Sólo veo su barca cuando voy a esperarlo en los muelles.
Mi hermana me habló de usted en sus cartas. Ella dice que es el " regalo que le trajo el mar". Puedo decir que lo conocía, Jitsuko.


El no dijo nada. Se inclinó en el saludo formal y sintió que una antigua tormenta despertaba en su corazón. Había millares de Kei, pero ésta era la misma que le había tornado hostil a Yokohama. La señora Fukoa preparó una comida especial.
Kei y Asana fueron a estudiar juntas a la ciudad. Pero Asana extrañó mucho a su isla y volvió antes.


Luego de la cena bebieron " saké" caliente. Hubo algo en las miradas de Jitsuko, y Kei se apresuró a la revelación de Asana.
-Vamos a casarnos cuando él levante su cabaña. ¿Te quedarás en Toba mucho tiempo, hermana?
Todo el verano. O acaso más. No lo sé.


El primer domingo fueron juntos a la playa, los tres. Como de intento, se rezagaron en el mar. Los reencontrados...
¿Qué pasa con ustedes? ¿Han perdido las fuerzas de sus brazos y piernas? ¡Apúrense a llegar! ¡Debemos comer!


Estoy cansada, Jitsuko.
Te ayudaré, Kei. Tómate de mi mano.


Le sintió la piel tibia y advirtió los mismos ojos ardientes. Deseó que la distancia hasta la playa fuese el doble, o triple...
-Sigues siendo tan fuerte como en Yokohama. Pero ahora todo es muy distinto, ¿verdad?
Tú lo hiciste distinto. Me fui para olvidarte. Luego conocí a tu hermana. Ella no busca aventuras.


-¿Está tan malo el pescado? Los dos tienen una expresión muy amarga en los ojos. ¿Por qué? ¿Soy tan mala cocinera?
El pescado está bueno, Asana. Tú no tienes la culpa.


Regresaron a la posada antes del crepúsculo. Callados, opacos, los tres. Esa noche, Kei salió al pequeño jardín del fondo de su casa. El la buscó allí.
—Necesitaba hablarte a solas.
Yo también. Pero está mal. Por Asana. Te ama bien. Nosotros...


No te olvidé, Kei. Aquello fue corto. Aventura para ti, con un rudo marino; eternidad para mí, con la única mujer que despertó el amor en mi corazón.
¿Te arriesgas a los vaivenes de mis sentimientos otra vez?


—¿Qué será de Asana?
Ella entenderá. Fue el vano consuelo que no alcanzó a llenar la soledad que me dejaste.


Asana no lanzó una palabra de queja o de reproche. Se resignó a esperar en una tácita lucha donde sabía que el tiempo era su aliado. El verano creció y una oleada de ruidos y turistas inundó la isla.
¿Tampoco este domingo sales con Jitsuko?
No, madre. Alguien debe ayudarte aquí.


El estaba lejos, aguardando en una playa solitaria a la mujer que llegó con otro hombre esa mañana.
Nobuko Kosi es un viejo compañero de estudios de Yokohama. Arribó hace un momento. Pasará aquí sus vacaciones. Pronto será médico, Jitsuko.


¿No vienes a nadar con nosotros?
No. Prefiero tomar el sol en la arena.


Las risas jóvenes lo entristecieron. Hasta ahí había creído que reencontraba el amor. Kei parecía cambiada en sus sentimientos. Casi había resuelto hablar claro con Asana.


Me arreglaré sola con el trabajo de la cocina. Ve también con Jitsuko, Asana.
Debo madrugar mañana, señora Fukoa. Saldremos otro día. Su hija me entiende.


¿Qué pasa con los dos, Asana?
No lo sé, madre. Acaso alenté demasiadas ilusiones con Jitsuko. No me ama como yo. Pero mi amor es capaz de soportar todas las esperas.


Una tarde, él encontró a Kei en el jardín, sola. La encaró agresivo.
¿Jugaste otra vez conmigo?
Siempre juego, lo sabías. Te previne que no te arriesgaras a los vaivenes de mi corazón. Asana es la mujer que mereces.


Cuando Nobuko regrese a Yokohama, volveré con él. Conseguiré un buen empleo en la ciudad. ¡Me aburre esta isla monótona! Sayonara, Jitsuko. ¡Olvídame!


No la olvidó. Sólo recordó ahí el "haikú" de Basho. "En la trayectoria de cada ser, el camino es un círculo." El suyo, como las fresas redondas, había dado ya una vuelta completa. La imagen de Kei lo rondó muchos días en el mar, como una idea fija y obsesionante.
(No debí reencontrarte. Era mejor el consuelo de Asana que la fugacidad de tu amor.)

En el otoño levantó su cabaña, de todos modos. Fuerte y sencilla, solitaria en la colina que dominaba los muelles y un pedazo de mar. Todas las tardes lo esperó allí la soledad. Y, una vez, Asana...

¿Qué haces aquí? Dejamos de vernos hace tiempo.

Quería saber algo de ti.

La hizo entrar y ella calentó el té. Luego se mantuvo inmóvil sobre el " tatami" donde se acucliyó para beber.

Y bien. Ya sabes todo lo solo que vivo ahora.

Alguien debió prevenirte sobre mi hermana. Siempre fue igual. Saltea el amor. Es una versátil mariposa.

-Estaba prevenido. Ella y yo nos conocimos en Yokohama. Fue su despecho la razón que me impulsó a venir a Toba. Aquí volví a verla y a equivocarme.

¿La amas aún? ¿Puede servir mi amor para ayudarte a olvidarla?

Era un abierto ofrecimiento para la no-soledad. Lo aceptó. Valorando el sacrificio de Asana y su paciente espera. La fresa redonda de su vida, comenzaba a rodar por el mismo camino circular del consuelo.

Esta cabaña debía ser para los dos. No merezco tu perdón, pero voy a rogártelo. No debí dejarte nunca. " Shimata".

" He cometido un error, discúlpame. "Ella conocía el profundo significado que encerraba esa palabra.

Nada debo perdonarte, Jitsuko. Un error te trajo a mí, otro te devuelve.

Tuvo el amor de nuevo. Asana fue la esposa sumisa que aguardó sus regresos del mar con la comida caliente y las ropas limpias en la cabaña de la colina. El le dijo una tarde.

Si es verdad que la vida es un camino circular, sólo deseo que el mío deje de rodar aquí.

¿No dice eso un verso de Bashó? Yo recordaba otro en mi espera. Solía repetirme mi padre: " Todas las cosas son nuevas mañana."

Algún hombre de mente sabia debió escribirlo.

Ella comenzó a ser feliz, pero muchas noches debió cerrar sus oídos a las dudas, cuando Jitsuko repitió el nombre en el mismo sueño que lo ataba al pasado.

¿Kei? ¿Estás ahí, Kei?

Key... Te amo, Kei.

Sí, duerme ahora.

El hijo nació a principios del verano. Tenía un año cuando Kei volvió a la isla a pasar sus vacaciones con un grupo de amigos y a conocerlo.

¡Yoshi es hermoso, Asana! ¡Y fuerte!

Se parece a su padre. El no tardará en llegar del mar.

Sabía que ella estaría allí. No se sorprendió al verla y la saludó con una sobria inclinación de cabeza. Pero le huyó a sus ojos y a sus palabras, porque seguía temiéndole a los versos de Bashó, o a su propio corazón que no olvidaba.

Me voy ahora. Esta noche cruzaremos a la isla de Oshima con mis amigos. Habrá fiesta.

Kei sigue siendo la de siempre, Asana: alegre como los veranos que la traen a Toba.
Yo vi tristeza oculta en sus miradas. Acaso porque Nobuko Kosi no vino con ella esta vez.
Me habló de él. Es médico ya. Trabaja en un hospital de Yokohama. Dijo que son novios. Pero sé que no duran los sentimientos de mi hermana. Yoshi la encantó.
Esa noche, Asana despertó a los ruidos de la tormenta. El viento del mar golpeaba las paredes de la cabaña.
Los que regresan de la fiesta de la isla de Oshima, tendrán dificultades. ¡Kei fue allí!
Pasarán la noche en la isla. Vuelve a dormir.
¡Asana! ¡Jitsuko! ¡Abran, por favor! ¡Deben ayudarme!
¡Madre! ¿Algo le sucedió a Kei?
Sí. Los que pudieron llegar a Oshima dijeron que la barca que la traía con sus amigos se perdió en el mar. La de Jitsuko es fuerte y pensé que podría...
¡Iré a buscarlos! ¡Sé dónde pudo arrojarlos la corriente!
¡Voy contigo! ¡Mi madre quedará cuidando del niño!
Es una locura lo que hiciste, Asana.
¡Es mi hermana, Jitsuko! No hubiese soportado la espera. ¡Allá se ve una luz! Parece una barca.
Se acercaron a un mar hirviente de furia. Kei se mantenía asida a una bamboleante cuerda en la cubierta.
¡Los otros se ahogaron! Me creía perdida para siempre.
¡Trata de subir cuando acerque la lancha, Kei! ¡Ayúdala, Asana!
Una ola ladeó la embarcación cuando Kei había subido. Pero su hermana cayó a las aguas turbulentas.
¡Asana perdió pie! ¡Sálvala, Jitsuko!
¡Jitsuko! ¡Jitsuko!
Creyó otra vez que su nombre repetido brotaba de los labios de Asana. Pero no podía ser. Giró la cabeza interrumpiendo los recuerdos y la vio llegar hacia el muelle.
¡Jitsuko! ¡Espérame, voy contigo!
¡Kei! ¿Cómo supiste que me iba de Toba?
Te vi cargar la barca esta tarde. Fui a buscarte a la cabaña cuando ya no estabas. ¡No puedes irte con el niño!
¿Quién va a impedírmelo? Es mi hijo. El hijo de la mujer que murió cuando fue a salvarte.


Tres largos años de silencio pesaron en sus palabras. Le aguardaba un sordo rencor desde aquella noche. La culpaba de la muerte de Asana.
Sé que vuelves a Yokohama. Déjame al menos acompañarte hasta allí. ¿Cómo podrás dirigir el timón y cuidar de Yoshi? ¿Por qué te vas?
¿No lo sabes?


Ella bajó los ojos. Se había quedado en la isla después de la muerte de su hermana. Para todos era otra Kei, pero para él la de siempre. Cuando se cruzaban en las calles le escapaba a sus ojos, a esa honda tristeza que no deseaba advertir en sus miradas.
Dejé una nota para tu madre, agradeciéndole lo que hizo por mi hijo todo este tiempo.


La señora Fukoa había cuidado de Yoshi cuando él salía a pescar en la mañana, en la cabaña. Regresaba a la posada cuando él volvía del mar por las tardes.
Ella no se resignará a peruer al nieto, ni yo a mi sobrino.


Tú ni siquieras debes conocerlo. ¡Prohibí a tu madre que te dejara verlo!
Las dos desobedecimos esa orden. Pasé largas horas junto al niño cuando tú no estabas.


Las voces, o el viento fuerte del mar, despertaron a Yoshi. Asomó la cabeza tierna desde la manta y la miró.
-Kei, ¿vienes con nosotros?
Trato de convencer a tu padre para que no te lleve, o para que me deje acompañarlos.


Jitsuko recordó los versos de Bashó. La verdad que encerraban los obligaba a irse. No quería recorrer de nuevo en esa trayectoria circular de su vida, el camino de un amor donde dos veces había encontrado el despecho.
Nadie comete un error tres veces, Kei. ¡Es por ti que me voy!


¿No te das cuenta? Sólo la culpa que guardas en tu conciencia te impulsó a quedarte en la isla. ¡No creo en tu tristeza ni en tu cambio!
Debes creer. Acaso cambié antes de lo que supones...


Cuando veía a Yoshi en tu cabaña, aprendí a conocerte los gustos. Las comidas que preferías. Por el olor que duraba en la cocina por la mañana; el lado de la almohada sobre la que apoyabas la cabeza al dormir.


Como antes Asana cerraba sus oídos al nombre repetido en sueños, él cerró su corazón a la esperanza. Subió a la barca con el niño y encendió el motor. Al soltar la amarra le gritó:
Ya estoy prevenido contigo. Inmunizado a los vaivenes de tus ansias de aventuras. ¡Sayonara, Kei!


(Cambié antes, Jitsuko. Sólo que no te dejé saberlo. Cuando conocí el amor, quise salvar otro: el de Asana.)


En el amanecer, un horizonte circular rodeó la angustia del hombre fugitivo. Yoshi dormía en la cabina, asegurado a la cucheta improvisada. Sólo confiaba en ese amor que, también él, le recordaba una culpa. ¿Había amado alguna vez a Asana?
(Ella fue apenas el consuelo para la nosoledad...)


El puerto de la ciudad grande se dibujó a proa al amanecer. Primero vio las moles majestuosas de los barcos cargueros, luego las naves pesqueras con velas pardas de alas de mariposa. Huía del amor, de la tercera vuelta de su destino de fresa redonda por el camino circular de la vida.


Se alojó en la vieja pensión del señor Marú, como en sus días de marino. La mujer del dueño se ofreció para cuidar de Yoshi mientras él salía a pescar. En las noches demoraba el sueño del hijo para jugar con él.
¿Nunca vendrán la abuela y Kei?
Nunca.


Me gustaba estar con ellas. ¿Por qué nunca, papá? ¿Por qué nunca Kei esperaba tus regresos en la isla?


No sabía qué responder a esas preguntas. Entonces trataba en vano de desviar los recuerdos del niño y sus propios recuerdos. Una tarde, al volver del mar, la señora Marú le informó:
Yoshi enfermó esta mañana. Ya llamé al doctor. Recién se acaba de ir.
¿Qué tiene?


Dijo algo así como "ictericia". Una enfermedad que puede provenir de la tristeza. Volverá mañana a visitarlo.


Hasta un niño podía padecer de tristeza y de soledad. Esperó al doctor en la mañana. Se reconocieron mutuamente.
¡Nobuko Kosi!
Sí, Jitsuko. Recordé su apellido cuando ayer me dijeron el de su hijo.


Ignoraba que usted estuviera en Yokohama. La última carta que recibí de Kei me informó lo que sucedió a su esposa. Lo lamenté.
Apenas conocía usted a Asana. Acaso lo que lamentó fue que, por ese accidente, Kei se quedara en Toba.


Eran novios, ¿no?
¿Novios? Jamás pensé que ella pudiera considerar novio a un hombre. Costaba hacerse ilusiones respecto a sus sentimientos. El niño mejorará cuando deje de estar triste.


¿Por qué lo trajo aquí? No tiene a nadie en la ciudad.
Tampoco tenía a nadie en Toba. Yoshi se habituará a esta vida.


Lo dijo pensando en la suya. Y Nobuko Kosi captó la profunda angustia que se hacía ostensible en sus ojos. Ignoraba que él pensaba en Kei, la mujer que salteaba el amor como una versátil mariposa, cuando le dijo:
Sé que es difícil olvidar a una esposa. Pero cambiando de lugar no logrará el olvido, Jitsuko.


Estuvo mordiendo esas palabras el resto del día. Y las otras: "¿Novios?" Costaba hacerse ilusiones respecto a sus sentimientos.
(Creí que Nobuko significaba algo para ti, Kei. Veo que nadie significará nada, jamás...)
¿Vendrán ahora la abuela y Kei, papá?


Ellas venían cuando estaba enfermo en la cabaña...
No vendrán, Yoshi. Pero estaré yo a tu lado. Hasta que estés curado.


Hombre y niño añoraban lo mismo. Pero había otra ausencia detrás de esa soledad. La evocación la despertó Yoshi, al decir:
Kei siempre me hablaba de mamá. Decía que era buena, la mejor mujer del mundo. Tú nada me cuentas de ella, papá. ¿La olvidaste?
No. Claro que no, hijo.


Empezó a recordarla ahí. Revaloró su sacrificio y su amor. Asana sabía que el amor era dar, entregarse sin trueques. " Cambiando de lugar no logrará el olvido, Jitsuko. "Las palabras de Nobuko se le antojaron irónicas entonces. Allí lejos, en Toba, renovaba la memoria de un amor imposible.


El niño empeoraba, sin embargo. Le duraba la tristeza. El doctor Kosi le dijo una tarde:
Extraña a su abuela y a su tía Kei. Y usted no puede continuar a su lado sin salir a pescar, Jitsuko. ¿Por qué no regresa a Toba?
No quiero regresar, eso es todo. La señora Marú volverá a cuidar de Yoshi desde mañana, Nobuko.


Dos semanas después, el niño mejoró. Repentinamente, como tocado por la luz de un milagro.
Acaso necesitabas la presencia de una mujer a tu lado, ¿verdad, Yoshi?
Sí, papá. Claro que sí.


Le pareció extraña la sonrisa que acompañó a esa respuesta. A los cuatro años no se puede ser muy hábil para guardar un secreto. Por eso, quizá, al día siguiente regresó mucho antes del mar.
(El auto de Nobuko está afuera. Presiento algo raro. Como si fuese a develar un misterio.)


¡Señor Shindo! ¡Lo esperaba a usted más tarde!
Señora Marú... ¿Dejó solo al niño con el doctor?


No. Será mejor que suba usted y se entere. Alguna vez iba a saberlo, de todos modos.


¡Kei!


Sí, Jitsuko. Nobuko me escribió contándome lo que pasaba. Yoshi me necesitaba. Pero sabía que tú no. Por eso quise hacer como en la isla: estar con él en tu ausencia. Le hice prometer que callara este secreto.


Y lo callé, ¿verdad, papá?
Sí. Sólo que yo quise conocer la razón del milagro de tu curación.


¿Sabe ahora la verdad sobre mi partida de Toba y mis deseos de alejarme de Kei, Nobuko?
Sí. Y algo más que usted ignora: Kei lo ama. Comenzó a amarlo aquel verano, cuando regresó a su casa y lo supo novio de Asana.


-Aquel verano llegó usted y puso fin a ese amor de Kei.
Fui la excusa que necesitó ella para poder dejarlo. No podía interponerme en la felicidad de su hermana. Comprendió que Asana había depositado todas sus ilusiones en usted.


Las mías se esfumaron al volver a Yokohama. Recién cuando, llegó hace unos días, reclamada por mi carta, comprendí la razón de esa actitud suya, insólita. Kei cambió después de aquel verano. Nada tengo que hacer aquí ahora. Sayonara.


Yoshi los vio abrazarse cuando Nobuko se fue. Se contagió de una alegría que vio reflejarse en los ojos de su tía, pero no entendió las palabras de su padre.
¿Es verdad, Kei? ¡Quiero creer que sí! Pensaba que el circular camino de mi vida se había detenido al fin.


¿No habla de eso un "haikú" de Bashó?" En la trayectoria de cada ser, el camino es un círculo..." Mi padre solía repetirnos otros a Asana y a mí: " Todas las cosas son nuevas mañana".

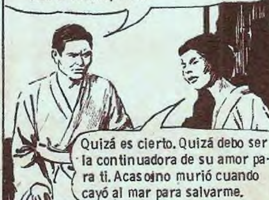

Regresaron junto a Toba. En la barca de Jitsuko. Cuando Kei y el niño entraron en la cabina, él se quedó contemplando el ocaso que enrojecía el horizonte.
(¿Por qué dudo ahora de tu amor, Kei? ¿Porqué me atrapa el recuerdo de Asana? ¿Es que no puedo disfrutar ningún amor?)


Se casaron en la isla y ocuparon la cabaña de la colina. Una noche, Jitsuko habló en sueños, y Kei despertó a sus palabras.
¿Asana? ¿Estás ahí, Asana?


Sí, aquí, Jitsuko. Duerme.
Asana... Te necesito, ¿sabes? Antes no supe amarte...


Ahora conozco la dimensión de tu amor. Mi corazón estuvo ciego a la verdad.


" He cometido un error, discúlpame. " También Kei conocía la profunda significación de esa palabra. Creyó que él lo había hecho todo por el niño. Que jamás la amaría como a su hermana muerta.
Consuelo para la no-soledad. Pero se resignó a eso. Lo amaba bien, dando sin esperar retribución.

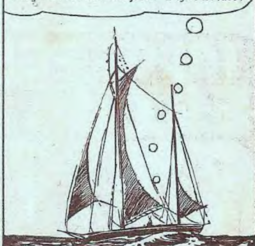

En la mañana...
Tuve un sueño anoche. Creí que Asana estaba a mi lado, viva.
Quizá es cierto. Quizá debo ser la continuadora de su amor para ti. Acaso no murió cuando cayó al mar para salvarme.


Apenas fue un sueño, Kei. ¡Olvídalo! Todo está bien ahora.
Sí, Jitsuko. Todo está bien.


(Jugué mucho tiempo con el amor. Cometí ese error. Ser la Asana que perdiste es el precio de mi redención. Me pasó su trayectoria y debo rodar por su círculo donde todo fue amor.)


Había un consuelo en esa suerte de reencarnación. Se lo trajo Yoshi en su pregunta:
¿Puedo llamarte mamá, Kei?
Debes llamarme mamá.


Jitsuko meditó en las visiones de su sueño en el mar. Y en las palabras de Kei: "Quizá debo ser la continuadora de su amor hacia ti."
(¡Claro que el camino de cada ser es un círculo! Rodar por senderos ya recorridos es una forma de oportunidad.)


(La oportunidad que nos da Dios, de corregir errores o mejorar trayectorias.)


Cuando regresó a la cabaña al atardecer, pensó que también era cierto el significado profundo del otro verso.
(Por eso " Todas las cosas son nuevas mañana"; nuestro deseo de mejorar las hace nuevas. . .)


Yoshi lo besó, y Kei lo abrazó fuerte. Después, cuando la noche tendió su manto de quietud, él le dijo a ella, despierto, totalmente despierto:
Eres Asana y Kei. Ni ella murió, ni tú volviste. Las dos se hicieron mi oportunidad de ser justo con el amor.
FIN

FLAVIA MAZZINI

un viejo amigo

Por FRANCINA SIQUIER

Intervalo Álbum Ext. 192 - XIX - 11/1968

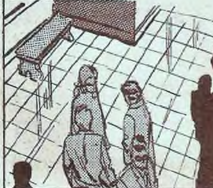


































Primero, estaban los alumnos de las calificaciones más altas.






Rodríguez Arana Julio.
Presente, doctora.
Atractivo y simpático. Se crearía un auditorio que lo seguiría por toda la Facultad.


García Hugo.


La voz de Flavia se quebró en ese instante al pronunciar el nombre simple, nada pomposo, y al descubrir, detrás de todos, al que la miraba con fijeza...
¿ Cómo no lo vio antes? En ese instante tuvo más que nunca conciencia de lo difícil que era estar en el lugar del profesor. No podía saludarlo, como hubiera querido, ni demostrarle su alegría. Se limitó a una leve sonrisa que encerraba un interrogante, por su presencia allí, por lo que hubiera hecho durante todos esos años de silencio.


Al terminar de pasar lista tuvo que luchar con los recuerdos. Rostros que surgían de una niebla...


No me extraña que te guste tanto el Derecho Romano... Tienes el nombre y la figura de una dama de esa época.
Desentonaré entonces entre las demás...


Precisamente. Y puedes sentirte orgullosa por ello. Eres más sensible y romántica también.


Terminada la clase se dirigían hacia el bar.
Aunque tu sensibilidad es más bien de la "belle époque".


Al igual que tu criterio y manera de encarar la vida.
Doraste la crítica, a la que te has sentido inclinado porque te dí mi opinión acerca de Liana.


Dijiste lo que pensabas.
Fuí sincera. Y lo siento, porque te ha molestado.


Le había preguntado:
- ¿Qué te parece Liana?
-Una chica superficial, para quien la Facultad era un lugar de reunión en el que podía sentirse admirada por su belleza, por su alegría...


No porque tu juicio encerrara envidia ni resentimiento hacia ella, sino por no comprenderla. al permanecer encerrada en un mundo con demasiados prejuicios.


La Facultad no es un medio sino un fin. Venimos aquí a estudiar. Lo demás no tiene razón de ser.


Más adelante iba a comprender Flavia que el ser estudiante no implicaba la imposibilidad de enamorarse. Dieron por finalizada la discusión, al ver acercarse a su mesa a Javier Larrazábal.


Nuevamente la confusión de rostros. De nuevo estar de regreso allí, en el aula, enfrentando a un grupo que la miraba.
Esto es todo por hoy, señores...


No sé si consultarán las obras que les he señalado. Quizá prefieran estudiar por manuales, más concisos, pero les ruego que acudan a ellas ya que así...


...la materia les resultará amena y de fácil comprensión.
Ella no podía ir en su busca. Bajó en el ascensor común pero no tropezó con Hugo. Se dirigió entonces a la sala de profesores.


¿Qué impresión te causó?
Tieue casi nuestra edad y sin embargo quiere parecer muy segura de sí misma...
Pienso que la doctora Mazzini es una mujer interesante.


Martín las invitó a tomar café.


Habrá ensayado cien veces el discursito de inauguración para aparecer distinta y original.
El tiempo nos permitirá juzgarla mejor.

Hugo García fue el último en abandonar el aula. No había escuchado nada. Mirar a Flavia para no perder ninguno de sus gestos, fue lo único que pudo hacer.



Se encaminó hacia la plaza vecina y se sentó en un banco mientras mecánicamente subía el cuello de su impermeable. Tenía frío.

Ya no llovía. Las luces de los autos herían su vista. De pronto,todo se esfumó al comenzar a desandar caminos para volver a un tiempo.





Ese tiempo en el que dos mujeres importaron mucho: Liana y Flavia. Dos nombres que confundían sentimientos de amor, amistad. Sí, amó mucho a Liana. Y quiso a Flavia como una amiga sincera.

Compartió con ellas momentos distintos. Y fueron gratas las horas de estudio con Flavia, cuya rápida percepción le admiraba. Hasta que un día...



Se sentía violento ante su muda aceptación de un hecho, sin nuevas protestas. Ella sabía demasiado para ser engañada con absurdas excusas. Le había prevenido "antes" en muchas oportunidades, del peligro de dejarse arrastrar por los caprichos de Liana, pero no se sentía fuerte ante ésta, al mirarse en sus ojos claros llenos de ansiedad.



Ella fue haciéndose cada vez más necesaria. Los amigos preguntaban:



No, no lo era. ¿Cómo atreverse a proponérselo siquiera? Flavia suplicaba:





Pertenecía a una familia humilde que tenía cifrada en él todas sus esperanzas. Hubo momentos en los cuales se detuvo a planificar su futuro. Tendría que encarar una conversación decisiva con Liana.


Se decidió una tarde.
He buscado un empleo, Liana, porque te quiero y pienso reunir el dinero suficiente para poder casarnos, sin dejar de estudiar...


Liana le pareció inaccesible. Cuando se despidieron, fue a ver a Flavia.


Pero Flavia, capaz de dar siempre tanto de sí misma a los demás, estaba apesadumbrada y lejana.


¿Escuchabas música?
Sólo algunos discos viejos.


Bueno, eso significa que ya has hecho lo menos dos repasos de Economía.


Te equivocas.
¿No es mañana el examen?
Sí, pero no voy a presentarme. Creo que no voy a dar hasta marzo.


Este año me siento muy cansada...


Esa vez, era ella la que tenía imperiosa necesidad de hablar y la escuchó. Ahora, después de varios años, Hugo se preguntaba si no hubiera sido mejor para él ser más egoísta y en vez de callar, pedirle consejo, ayuda...


(Por no agobiarla con mi problema, callé... Y fue un error.)


Esa noche, mientras comía con su tía y su hermano Alberto, Flavia hizo un comentario:
Hugo García está en mi curso. ¿Lo recuerdas, tía Adelina?


Por supuesto. Pero había abandonado la carrera...
Habrá decidido reanudarla.


Siempre lo consideré un muchacho muy capaz. Y me apenó que dejara de visitarnos...


Dejó de ver a todos los que fuimos compañeros suyos. No dió nunca explicaciones a nadie. La última vez que lo ví, fue esa tarde que vino de improviso...


Nítidamente volvió el pasado y Flavia se encontró sentada en el diván, rodeada de discos, escuchando una vez más a Yves Montand y sintiéndose muy cansada y muy triste...


Trató de disimular su estado de ánimo. Hizo algunas preguntas y no le parecieron entonces extrañas las respuestas evasivas.
¿Cómo está Liana?
Como siempre. Llena de luz y de vida, y de entusiasmo que a veces no pueden comprenderse ni ser compartidos.


¿Algo anda mal, Hugo?
Nada importante. Pero hablemos de tí; te encuentro algo rara.


Nada importante tampoco...


Los dos mentían. Hugo era discreto, pero aquella tarde se mostró insistente.
Algo ha cambiado en tí. No puedo dejar de darme cuenta de que estás distinta.


Sucedió lo que tantas veces me anticipaste. He comenzado a preguntarme si vale la pena pasar tantas horas encerrada con mis libros.


En tu caso, sí. Porque eres distinta a todas.
¡Pero es que yo quiero ser igual! ¡Soy capaz de sentir lo mismo que los demás!
No pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.


¡Y necesito que se den cuenta de ello!
Especialmente Javier Larrazábal...


No hablemos de él ahora.
Te interesa y le interesas. Pienso que formarían una pareja perfecta, porque se parecen mucho


Opino lo contrario. Nuestras inquietudes son semejantes pero nuestras metas distintas.
Eso puede superarse. Lo irreparable entre dos seres que se sienten atraídos es que uno de ellos carezca de inquietudes.


¿Aludió esa tarde Hugo a Liana? Flavia no se atrevió a hacer la pregunta. Ignoraba que sólo iba a volver a verla después de muchos años.


Es lamentable no saber cuándo un "hasta mañana" puede ser un "adiós".
Me hubiera gustado poder hablar hoy con él al terminar mi clase...


Quizás le resultó violento. Como eres ahora su profesora...
Tendría que haber esperado a saber si también sigo siendo Flavia.


El miércoles llegó pronto y con él la segunda clase.
¿Vas a leer todos esos libros?


Ante la ironía, Norma se ruborizó.
Me los prestaron y como la doctora Mazzini los recomendó...


Martín se arrepintió de sus palabras. No se podía hacer bromas con ella y ni siquiera hablar de trivialidades.


(Tal vez sea sólo tímida...)
(Creo que yo no debería llegar tan temprano...)



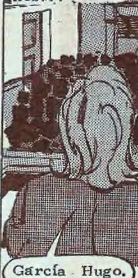
De pronto, un perfume y una risa:Graciela.
Parecen ansiosos de estar en el curso y sin duda por motivos diferentes. Supongo que a tí, Martín, te interesa la doctora Mazzini...
Y que tú, Norma, ¿piensas sacarte un sobresaliente en Civil?



¡Te aseguro que yo...!



Martín suspiró aliviado por la presencia de Graciela.



Fueron llegando todos, menos...
García Hugo.



Muchos alumnos abandonaban los cursos en el transcurso de la primera semana, pero Flavia había esperado que Hugo no fuera uno de ellos.
Voy a darles ahora el tema para estudiar. Empezaremos con...



¡Si por lo menos hubiera podido cambiar con él un saludo y algunas palabras!
Sí, comenzaremos con cada una de sus instituciones.



Cuando salieron del aula...
¿Hacia dónde van? Puedo acompañarlas en mi coche.



Gracias. Las dos tomamos el mismo colectivo.
Dejen que las lleve por lo menos hasta Santa Fe. Está lloviznando.



La vacilación de Graciela fue visible.
Es cierto, pero...



La lluvia no es torrencial. No hace falta que te molestes.
En forma cortante eliminaba la posibilidad de que él insistiera y cuando las vio alejarsé, Martín estaba ya convencido de que Norma no era indiferente: le resultaba profundamente antipática.

Flavia avanzaba por el hall que daba acceso a la sala de profesores. Escuchó entonces la voz que la llamaba. El estaba allí.

¡Cuánto me alegro de volver a verte! Te reconocí el otro día y quise hablar contigo, pero...

No has cambiado. Eres la misma...

Ella buscaba el presente; él iba hacia el pasado y comparaba, pero, por encima de todo, seguían siendo los amigos de antes, los amigos de siempre. Una poesía de Musset acudió a la memoria de Flavia.



«Hay que amar en este mundo muchas cosas, de esos bienes pasajeros que se gustan a medias... Lo mejor que nos queda es un viejo amigo; uno se aleja y cuando el azar nos enfrenta, uno se acerca, sonríe... La mano toca la mano y nos damos cuenta de que marchamos juntos, que el alma es inmortal y que el ayer es mañana.» y que

¿Te acuerdas de Musset? Una vez te leí un soneto suyo...



Bueno, solíamos leer muchas cosas...

No quisiera hablar de mí ahora. Prefiero que me cuentes cosas tuyas. Lamenté mucho que no volvieras a llamarme.

Como te mudaste de la pensión en la que vivías y no dejaste tu nueva dirección...

Emocionado, la tomó por un brazo.

Vámonos de aquí, Flavia. Odio esta Facultad. Y quiero conversar contigo, no con la doctora Mazzini.

Flavia no mencionó la cita que tenía con Marcelo, el atractivo periodista que se había convertido en su cortejante consuetudinario.



Llegaste a tu meta. Supongo que eres feliz...

Empecé muchas cosas y terminé pocas. Trabajé mucho tratando de lograr una posición que me permitiera formar un hogar.


Por eso abandonaste tus estudios...
Sí, pero los reinicié hace un año, con gran entusiasmo primero, dando casi una materia por mes pero luego...


Es difícil mantenerse optimista mucho tiempo. Ahora, ya veo que me va a ser imposible seguir.


Compré un departamento que aún estoy pagando, porque confié en el éxito de un negocio que tuve que cerrar.


He trabajado hasta embotarme. Y me casé con una mujer que ni siquiera me comprende...


No puedo culparla. ¡Somos tan distintos! Ella cuida muy bien la casa y a nuestra hija, pero vive obsesionada por la falta de dinero.


Cuando me ve estudiando, cree que pierdo el tiempo. Me habla de necesidades, de otras amigas suyas que tienen cuanto ambicionan...


¿ La comprendes tú a ella? ¿ La quieres?


Amé mucho a Liana que era para mí la luz, el estímulo. Pero no puedo querer a esta mujer resentida, apagada...


Con pocas pinceladas le dibujó el cuadro de su vida, surgiendo así la imagen de aquella mujer mediocre que sólo deseaba el triunfo económico. Las escasas horas que él pasaba en casa, y que robaba al sueño para estudiar, estaban llenas de reproches, quejas, llantos de la niña y ruidosos programas de televisión...


Flavia no podía compadecerlo, pues, de hacerlo así, lo hubiera empujado a su caída; lo hubiera apartado más del hogar.


Las mujeres tememos lo desconocido. Ella no te alienta por miedo, pero háblale, demuéstrale que al terminar la carrera ganarás mucho...







Mientras Flavia se encaminaba hacia el restaurante en el que la esperaba Marcelo, no podía dejar de pensar en Hugo. Pertenecía a esa clase de seres que pasan bruscamente de la alegría a la tristeza y por ello necesitan ser estimulados. Años atrás no se lo brindó Liana ni ahora esta mujer que era su esposa...





Martín Gorechea le presentó la oportunidad que deseaba. Por fin, un mes después de iniciado el curso, Norma Delbene faltó un día.












¿ Los tienes tú tal vez ?


Graciela eludió la respuesta con su sonrisa encantadora y se negó a concertar una cita para el siguiente día.
Podríamos encontrarnos antes de la clase del viernes y tomar el té. . .


Norma vendrá a mi casa temprano para estudiar juntas.
Presiento que voy a terminar odiándola.


Martín comprendió que la mejor manera de estar cerca de Graciela era ganándose la simpatía de Norma.


Está lloviendo torrencialmente. Veo que te empapaste. . .


Me costó bastante cruzar Figueroa Alcorta.


¿ No esperaste a Graciela ?


Se fue el sábado a Mar del Plata y no vendrá hasta el jueves. ¿ No te lo dijo?


No, no se lo había dicho. Por el contrario, como él la había invitado de nuevo a salir, ella se excusó diciendo que ese sábado había decidido destudiar con Norma. Y al descubrir su mentira, Martín experimentó una extraña sensación de desagrado y sintió todo el frío de aquella tarde de lluvia.


Flavia observó algunos cambios entre los pocos alumnos que habían asistido a clase pese al mal tiempo. Norma Delbene parecía distraída y en cambio Martín Gorechea demostraba un interés inusitado.


¡Qué rápidamente transcurrió esa hora!
Sigue lloviendo...
Si quieres que te acompañe...


Le asombró ver que aceptaba su ofrecimiento. ¿ De qué podría hablarle en esos momentos en los que quería olvidar una sonrisa y una voz?


Tampoco Flavia encontraba palabras adecuadas para el diálogo íntimo con Hugo, que confesaba su necesidad de ayuda.


Le hablé de ti. Los dos te necesitamos. Mañana cumple años Liliana y nos gustaría que vinieras a casa...


Prometió ir. Sin embargo lo más probable era que la esposa de Hugo la rechazara, imaginando que entre ella y su marido existía algo más que amistad.


Pero al día siguiente, sus pasos la llevaron hasta aquella casa de departamentos. Los materiales que se habían empleado en su fachada, de color extravagante, le daban un aspecto deprimente.


Al ir a pulsar el timbre, Flavia escuchó un llanto de niña y una voz áspera y sintió impulsos de retroceder.


A esa misma hora, Martín Gorechea subía por la escalera de una casa que le resultaba conocida, pese a ser la primera vez que la veía. Todo era acogedor y cálido.
La niña vendrá enseguida. Pase, por favor.


También la puerta le había sido abierta a Flavia, pero ésta había quedado atónita ante lo que sus ojos veían...
No es posible...


De pronto, los hechos adquirían una explicación distinta: la insistencia de la invitación; la necesidad de hablar con ella, la angustia de Hugo y su aislamiento.


Norma avanzaba sonriente hacia Martín.
Aquí tienes el libro que te ofrecí ayer. Es muy importante para la clase próxima.


Lo invitó a sentarse en el sofá, a su lado. Empezaba a sentirse cómodo allí, junto a esa muchacha tan distinta a Graciela. Algo terminaba. Algo comenzaba...
Marqué el capítulo más importante.


La doctora Mazzini, al referirse al nacimiento y muerte como a los dos fenómenos más importantes del Derecho de Familia, olvidó mencionar el tercer elemento, el que da origen a la pareja humana; ese sentimiento que podía llegar a unirlo con la que ya no era simplemente una compañera de curso.


El abrazo suplió las palabras en el reencuentro entre Flavia y Liana.
Sabía que vendrías, aunque no merecía que lo hicieras...


Liana no había perdido su belleza, pero sí toda su luz y alegría. Flavia pensó que si había podido convertirse en una mujer de hogar, también en adelante sabría ser la esposa que él necesitaba.

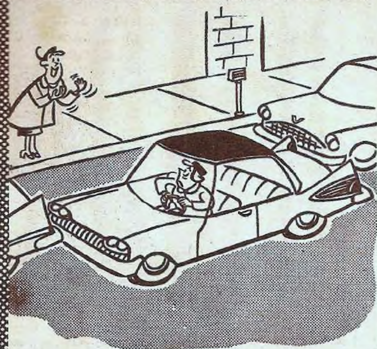

Me habló de tí, de cómo lo impulsas a terminar su carrera en la que yo nunca he tenido fe... Y he reflexionado mucho.


He sido injusta, porque esperaba un triunfo fácil. Ambos nos hemos sentido distantes, pero gracias a ti...


Mis palabras hubieran hecho poco si no hubiese contado con un poderoso aliado: el amor que no ha muerto entre ustedes y que lleva, al fin, a la mutua comprensión.


Se quedó hasta muy tarde compartiendo la cena y los planes forjados para un futuro. Al regresar a su casa estaba contenta, pero al mismo tiempo un poco triste por el vacío de su propia vida...


...en la que no bastaban los exitos en su profesión ni las satisfacciones que le proporcionaba ocupar en la Facultad un estrado de profesora y formar desde allí hombres y mujeres para el futuro de la patria.
FIN



-¡ Perfecto! Ahora acércate así, como estás, al cordón, Cecilia.

RINCÓN ALEGRE



-¿ Conocemos a alguien que no tenga televisión para ir a charlar un rato?

LA ILÍADA

Durante muchos años se puso en duda la existencia real del bardo griego Homero, y se sostuvo que sus obras capitales -LA ILIADA Y LA ODISEA- eran fruto del trabajo de distintos poetas que habían tomado antiguas leyendas, dándoles unidad y cohesión. Sin embargo los más recientes estudios demuestran que se trata de un personaje real -se llamara Homero o no-, que vivió alrededor del siglo X A. C. y que tomando temas clásicos ya en sus días, compuso los dos poemas. Un examen realizado por medio de computadoras electrónicas bajo el control de especialistas de Cambridge y Oxford demostró sin lugar a dudas que tanto LA ILIADA como LA ODISEA pertenecen al mismo autor -hay unidad de estilo, de lenguaje y de ambientación, a más de una idéntica inspiración dramática-.

Intervalo Álbum Ext. 192 - 11/1968



versión de
ALFREDO J. GRASSI

dibujos de LUCHO OLIVERA

El tema de ambos está ligado: se trata de historiar en LA ILIADA un episodio de la guerra de Troya y en LA ODISEA narrar la suerte corrida por el héroe Ulises y sus compañeros al intentar el retorno al hogar una vez destruida Troya. En ambos poemas los hombres adquieren características arquetípicas de héroes, y los dioses del Olimpo toman parte en forma directa en los asuntos humanos. Se trata en el fondo de símbolos de la fuerzas de la naturaleza, a veces benigna, a veces enemiga del hombre, que es de cualquier manera quien decide, por su mayor o menor fortaleza de espíritu, su propio destino. En conjunto la obra de Homero constituye un monumento imperecedero, capaz de resistir sin mella el embate de sus tres mil años de antigüedad. Hoy, como entonces, sus personajes emocionan y resultan profundamente reales, auténticos. Cabe agregar que Troya -Ilium- no es una creación de Homero: la ciudad efectivamente existió y fue destruida -no una sino varias veces- por las correrías de los helenos primitivos, cuyas tradiciones dieron origen al tema central de LA ILIADA. Pero -y esto es lo importante- aunque no fuera el relato de algo que pudo haber ocurrido, su belleza, ritmo y violencia, hacen de esta obra algo digno de la fama que posee.














El tembloroso anciano, angustiado y débil se alejó del campamento aqueo.
¡Apolo! ¡Apolo! ¡Descarga tu cólera sobre estos desalmados!


Los principales capitanes griegos lo oyeron y se sintieron conmovidos. —El veloz Aquiles fue uno de ellos.
Creo, Agamenón, mi señor, que haces mal en maltratar a ese venerable anciano. Devuélvele su hija.
¡Me río del anciano y de su dios Apolo! ¡Déjame en paz!


La forma iracunda con que el monarca trató al príncipe de los mirmidones, hizo que éste reaccionara colérico.
No podemos ofender gratuitamente a los dioses, Agamenón. Necesitamos su favor para ganar esta larga guerra.
A mí me basta tener buenos soldados y bien armados, príncipe. Si tú tienes miedo de la ira divina, vete cuando quieras.


Por respeto al generalísimo de los ejércitos griegos coaligados, Aquiles no repuso. Rechinando los dientes se dirigió a su tienda de campaña, donde lo esperaban su amigo Patroclo y su esclava Briseis. Por su parte el anciano Crises, arrojado fuera del campamento griego clamaba a su dios.


En aquellos días los hombres dialogaban con sus dioses..., que eran una proyección de sus propias personalidades, sus deseos, sus vicios y virtudes.
¡Señor Febo Apolo! Castiga a los danaos con tus rayos de fuego. Aniquila con tus flechas su ejército. ¡Véngame!


Del cielo comenzaron a llover dardos de fuego sobre el campamento griego... Soldados, jefes, nobles y caballeros fueron alcanzados.


El ingenioso Odiseo fue el primero en imaginar las causas de la cólera del dios del Sol.
Esto es por culpa de Agamenón. Ofendió al sacerdote de Apolo.


En aquella época el instrumento más importante de mando era la Asamblea de Jefes. Todos los que integraban el estado mayor de Agamenón tenían asiento en ese Consejo que resolvía los asuntos más graves concernientes al ejército griego.


En la Asamblea estaban reunidos el anciano y elocuente Néstor, el veloz Aquiles, el astuto Odiseo, el augur Calchas, el fuerte Menelao y el colérico Agamenón, con todos los notables del ejército.
¿Por qué habéis pedido esta reunión?
Porque creemos que tuya es la culpa de la cólera de Apolo.


¡No puedo aceptar que me hables así, mi señor Aquiles! Soy el jefe del ejército coaligado y me debes respeto.
La seguridad, la salvación del ejército, me obliga a hacerlo. Has ofendido al poderoso Apolo.





Discutieron acaloradamente durante un rato y finalmente Aquiles se retiró a su tienda de campaña, amargado. Sabía que aunque fuera una injusticia, mientras Agamenón mantuviera el mando del ejército, podía desposeerlo de su esclava.
















La noticia de la cólera de Aquiles y su decisión de no combatir más llegó hasta oídos de los troyanos, dándoles ánimo en su desesperada situación.


Príamo, el rey de la sagrada Troya, estaba en su dorado palacio con sus hijos Héctor, Helenos, el consentido Paris y su sobrino, el valeroso Eneas.
Si es cierto que el poderoso Aquiles no combatirá ya, todavía quedan esperanzas para la Troiade.
Siempre las hubo, pese a mi inútil hermano. Hubieras muerto al nacer, Paris, y no habrían ocurrido estas cosas terribles a nuestra patria.


No hables así a tu hermano. No fue él, sino la voluntad de los dioses la que lo hizo raptar a Helena y traerla a Troya.
Por su causa han muerto muchos troyanos y morirán más aún. No puedo callar. Si fuera un hombre, acabaría con todo esto.


¿Cómo? Dime cómo y estoy dispuesto a hacerlo.
Desafía a luchar a Menelao, el hombre a quien ofendiste quitándole la esposa. El que gane se quedará con ella. Si lo matas, los griegos se retirarán.
Si te mata a ti, se llevará a Helena y pagaremos una indemnización para que levanten el sitio.


Tus palabras son justas, hermano. Me gusta tu indomable espíritu en la batalla y en la paz. Propón una tregua y lanza mi desafío...
¡Ahora has hablado como un hombre, Paris! Que sea Eneas quien se ocupe del desafío y la tregua.


El príncipe Eneas inclinó la cabeza pidiendo autorización al rey.
Ambos compartimos el mando del ejército troyano, pero tú eres el mejor guerrero. Creo que debes ir personalmente a lanzar el desafío.
Así es, hijo, hazlo. Y que los dioses nos sean propicios.


Héctor, el domador de caballos, se lanzó fuera de las murallas, donde los griegos estaban alineando sus tropas, y agitó su lanza. Los griegos comenzaron a dispararle dardos y piedras.


Pero Agamenón comprendió que el príncipe troyano pedía una tregua.
¡Alto! Héctor, el del casco relampagueante, quiere hablar... ¡Dejadle hacer!
Viene a pedir una tregua... ¿Para qué será?


Pronto salieron de dudas.
¡Griegos y troyanos! Escuchad lo que propone mi hermano, el príncipe Paris, por quien comenzó todo esto.


Ambos ejércitos permanecieron inmóviles, callados. Héctor, el célebre domador de caballos, siguió.
La fatal belleza de Helena y la debilidad de mi hermano, el príncipe Paris, provocaron esta insensata matanza. Que sean Paris y Menelao quienes la concluyan.
¿Cómo?





Se adoptaron las medidas del caso: la costumbre exigía que se realizara una tregua sagrada, con sacrificio de bueyes y ovejas a Zeus y libaciones en honor de los demás dioses del Olimpo. Así se hizo.


















Los dos rivales se separaron, jadeando.
Mañana seguiréis y entonces se verá quién es mejor hombre.
¡Sea! ¡Mañana!


Pero por desgracia en las filas troyanas había un príncipe impaciente por seguir combatiendo. Era Pándaro, el arquero.
Allá van. ¡Lástima que haya tregua! ¡Mira qué buen blanco ofrece Menelao!
Es cierto. Su figura se recorta a la luz de las hogueras. Dame mi arco y un dardo con punta metálica.


¡Pero, príncipe..., la trequa sagrada!
¡Calla, idiota! ¡Le ahorraré el trabajo a Paris... así!
Y uniendo la acción a la palabra, el traicionero troyano arrojó una flecha...


¡Aghhhh!
...que atravesó el hombro izquierdo del fatigado Menelao.


Una gritería ensordecedora se alzó sobre el campo griego, mientras los troyanos enmudecían de consternación.
¡Traición! ¡Han asesinado a mi hermano! ¡A las armas!


Pero los troyanos, horrorizados ante lo que uno de ellos había hecho, retrocedieron hasta las murallas.
¡Qué vergüenza! Zeus nos castigará por haber violado la tregua. ¡Esto es funesto!
Volvamos a la ciudad. Tu padre el rey se indignará cuando lo sepa.


Por fortuna el dardo había pasado el hombro de Menelao limpiamente, sin cortar ninguna arteria ni interesar los huesos.
No te asustes, hermano... La herida es dolorosa, pero no grave. No alarmes a nuestros guerreros.
Gracias sean dadas a los dioses. Al campamento. El médico Machaon, discípulo de Esculapio, te curará.


Tras verificar que el médico curaba el hombro de su hermano, el rey Agamenón reunió al Consejo una vez más. Todos los reyes coaligados y los principales jefes asistieron, excepto Aquiles, que seguía ofendido, en su tienda de campaña, con su amigo Patroclo.


Los troyanos han quebrantado la tregua sagrada. Los Olímpicos los castigarán. ¿Qué hacemos nosotros entre tanto?
¡Sigamos la guerra! ¡Troya debe caer!


El poderoso Aquiles comía con Patroclo y algunos de sus hombres.
¿Qué ha sido eso? ¿Por qué gritan?
Los troyanos quebrantaron la tregua sellada ante los dioses. Los aqueos seguirán combatiendo. ¿No te tientan?





Esa noche pasó mientras los griegos se aprestaban para continuar el asedio y los troyanos, lamentando lo ocurrido, afilaban sus lanzas y espadas, a la espera de las primeras luces del alba...















Astyanax, el pequeño hijo de Héctor, jugueteó con la crin del casco de su padre.

Dejarás sin padre a este inocente, a mí sin tu apoyo.

No hables así. Si mi destino es morir en el campo de batalla, será con honor. Pero volveré a tus brazos, no temas.

Se besaron largamente y luego Héctor se alejó, sin volverse para no flaquear.

Estaré en lo alto de la muralla, esperándote... esperándote... ¡Regresa a mí!

Acompañado por los veteranos más combativos de Troya, Héctor salió con su carro de guerra para detener el avance griego. Y tal fue el ímpetu de su carga, la potencia de su brazo, que los aqueos de Agamenón sofrenaron su marcha.

¿Quién es ese guerrero de casco y coraza negros? ¿El dios de la guerra? ¡Ha matado a seis de los nuestros y las flechas no lo tocan!

Es Héctor, poderoso Aiax, el generalísimo troyano.

Los griegos comenzaron a retroceder y pronto su retirada se convirtió en una desordenada fuga.

¡Adelante! ¡Adelante! ¡A las naves! ¡Vamos a quemarles las naves!

El anciano Néstor acercó su carro de guerra al de Agamenón.

¡Si tú no detienes la fuga de los nuestros, estamos perdidos! ¡Será una carnicería, oh, rey!

Tienes razón... Busca a Aiax, a Diomedes y los principales jefes. Que se reagrupen ante el muro que protege nuestras naves.

Luego el generalísimo griego se volvió hacia los que huían.

¡Vergüenza sobre vuestras cabezas, oh, aqueos! Es preferible que dejemos los huesos en estas inhóspitas playas y no que el enemigo se ría.

Volved al combate. ¡La muerte es gloriosa, pero la vida cuando se llevan cicatrices en la espalda es un peso intolerable!

¡El rey tiene razón! ¡Al combate!

Héctor se había adelantado a los suyos y estaba frente al muro que protegía las naves.

¡Seguidme! ¡A las naves!

Atención, príncipe. Estamos solos.

Un dardo bien dirigido por Diomedes abatió al escudero del jefe troyano.

¡Aghhhh!

¡No se detengan, guerreros...! ¡Esta sangre habrá de ser cobrada a alto precio! ¡Te vengaré, Agelaus!





Pero Agamenón, su hermano, el herido Menelao, el sabio Néstor, el potente Diomedes, el astuto Odiseo, lograron refrenar a los fugitivos y volverlos a la lucha.



La playa parecía en llamas, tal era el resplandor de las armas a los rayos de Febo-Apolo, el sol que iluminaba desde el cielo.



Por fin la aplastante carga de los troyanos se detuvo, muy cerca del muro que protegía a las naves. Hubo una tregua. Dijo Héctor: "Cambiemos heraldos y que cada bando recoja a sus muertos para honrarlos..."

Los heraldos troyanos consiguieron la aprobación de los griegos.

Bien está que los héroes sean honrados cuando mueren, cualquiera que sea su nacionalidad. Que haya tregua.



Los griegos aprovecharon el momentáneo respiro que les daba la piedad de Héctor para tratar de salir de su dramática situación. Ante ellos estaban los triunfantes troyanos. Tras ellos, el mar. Si perdían sus naves, el desastre sería total. Se reunió el Consejo.

Hubo muchas propuestas para evitar el desastre total que los amenazaba. Por fin habló el sabio Néstor.

Un solo hombre puede salvarnos y está ofendido con el rey Agamenón. Vosotros lo conocéis. Es el invencible Aquiles.



Así se aprobó. Agamenón resolvió presentar sus excusas al príncipe Aquiles y devolverle la esclava arrebatada.

Le daré además oro, bronce, ganado. Lo que quiera. Pero que regrese y nos ayude en esta emergencia. ¡Somos sus compatriotas!

Yo iré a hablarle. Me aprecia y me respeta. Acompáñame, Diomedes.



Fueron hasta la alejada y negra tienda de Aquiles, que se alzaba en medio de las de sus hombres, junto a su navío de curvada quilla, en la playa. El héroe los vio llegar y les dio la bienvenida.

Ya es casi hora de cenar... Oí los ruidos del combate. Mientras comemos me contaréis.

¿Combate? Ha sido una masacre. Sin tu invencible presencia, nadie puede sentirse seguro de la furia de Héctor.

Suculentos manjares y deliciosos vinos fueron servidos a los capitanes griegos.

Y el rey Agamenón está resuelto a pedirte perdón por haberte ofendido. Te devolverá a Briseis y además te hará importantes presentes.

¿Y con esto cree que me sentiré satisfecho? Está loco.. No volveré al combate hasta que todas las naves aqueas hayan sido quemadas por el valeroso Héctor. Si es que vuelvo.

¿Y nosotros, tus amigos, tus camaradas, tus hermanos? ¡No puedes dejarte dominar hasta tal extremo por el odio!

Cuando Agamenón me ofendió, ninguno de ustedes evitó que abusara de su poder.. Lo siento. No volveré al combate.

Patroclo, el hermano de armas del veloz Aquiles, participaba en la comida.

Me dan pena, Aquiles. Yo en tu lugar...

¡Basta! Si quieres ir a luchar, no te lo prohibo. Pero no me convencerás. Ahora, terminemos en paz la cena.

Los mensajeros volvieron alarmados a las líneas griegas. Ya el sol se había puesto y las actividades bélicas debían interrumpirse. Ambos bandos habían cremado a sus muertos y podían reposar hasta que con el alba volviera a iniciarse la lucha.

Te traigo una triste respuesta, Agamenón. El poderoso Aquiles se niega a regresar al combate..

¡Peor para él! La vergüenza caerá sobre su nombre.. Tendremos que luchar solos contra Héctor y sus carros de guerra.

Cuando la aurora abandonó su lecho nocturno para llevar su luz a la Tierra, Agamenón dio sus órdenes.

A prepararse para la batalla. Que cada hombre esté listo para morir antes de ceder un palmo de tierra.

Pero también los troyanos estaban preparados. Junto a Héctor se hallaba Eneas, fuerte como un dios.

Venid conmigo... Polydamas, Polybus, Agenor...,Acamas... Hoy será librada la batalla decisiva..

Estamos contigo, Héctor.. Hoy mandas tú. ¡Los dioses te guían!

La lucha recomenzó entre ambos bandos, que cargaron con sus grandes carros de bronce..

Y luego chocaron ámbas infanterías en mortal encuentro.



Y de pronto el tracio Iphidamas alcanzó con su jabalina al rey Agamenón en el flanco.



El rey continuó la lucha durante algunos minutos y mató a su heridor, pero las fuerzas le abandonaron.



Cuando Héctor vio que Agamenón se retiraba de la lucha, lanzó un grito de triunfo.





Con irresisitible potencia, los defensores de Troya se lanzaron al ataque nuevamente. Era ya cuestión de horas.

Con la furia del huracán, Héctor, apoyado por Eneas, fuerte en el combate, llegó hasta el primero de los barcos.



El noble Patroclo había estado observando la batalla desde una elevación del terreno. Regresó consternado junto a Aquiles.





Aprovechando la autorización de Aquiles, Patroclo se cubrió con la brillante armadura del héroe y ocultó su rostro con el visor del casco.



Los mirmidones, ansiosos de luchar tras tantos días de inactividad, cayeron como una avalancha sobre los fatigados troyanos.



Había cierto supersticiosos temor entre los súbditos de Príamo, quienes consideraban invencible a Aquiles. Las primeras líneas cedieron y pronto la fuga se generalizó. Los mirmidones habían logrado cambiar la suerte de la batalla.

Como la hoz del segador, la espada de Aquiles manejada por Patroclo, cortaba cabezas enemigas.



Hasta que Héctor, que había saltado sobre su carruaje de bronce, lo alcanzó.



La pelea fue corta y terrible. Como un oso y un tigre de Hircania, los dos guerreros lucharon con todos sus conocimientos.



Pero una dura sonrisa crispó la boca del príncipe troyano, mientras su larga espada se clavaba en el mirmidón.



Patroclo, hijo de Menoetius, se desplomó pesadamente, lanzando su vida con la sangre que manaba de su herida.



Un silencio aterrador se hizo sobre los griegos y troyanos al ver al campeón derrotado.

Fuiste un necio, Patroclo, al desafiarnos. Ahora dejas tu vida en estas lejanas playas.



El ilustre Menelao, pese a su herida, era fuerte como un león de las montañas, y abatía troyanos a voluntad cuando vio caer a Patroclo y creyó que era Aquiles.



Pero no fue posible para el invencible griego recuperar el cadáver. Los troyanos ya lo tenían en su poder.



Héctor arrancó la armadura y el casco a Patroclo y volvió a su carro de guerra, abandonando allí el cadáver.



Recuperaron el cadáver sin las armas que le confiara el ilustre Aquiles.

Hay que enviar las malas nuevas al veloz Aquiles. Es él quien deberá oficiar los ritos fúnebres de su hermano de armas.

¡Triste jornada para nosotros, Odiseo!

No dejemos cuartel a los troyanos. Llevad los restos de Patroclo hasta la nave de Aquiles y sigamos la lucha aunque sea de noche.

¡Tienes razón, Menelao! ¡A los troyanos!

La batalla prosiguió y los troyanos se vieron forzados a enfrentar nuevamente a sus enemigos.

Vestiré las armas y coraza de Aquiles. Son mi trofeo.

Hazlo si quieres. A mí me parecerían un mal presagio. Armadura arrancada a un cadáver..., armas ajenas..., no me gusta.

Héctor no hizo caso y se puso la armadura del príncipe de los mirmidones.

¡Ahora a ellos! ¡Les haremos correr para salvar la vida!

Eneas, hijo de Anquises, y Héctor, el domador de caballos, cargaron con su terrible grito de guerra.

Aterradores, como una pareja de halcones cazando pájaros silvestres, hicieron desbandar a los griegos.

Entretanto la noticia de la muerte de Patroclo llegó hasta Aquiles que se arrodilló junto al cadáver de su amigo y lloró: "¡Oh, tú, mi amigo, mi hermano! ¡La flor y nata de los caballeros de mi tierra! ¿Por qué te envié a la lucha sin acompañarte?"

Luego, tras un momento de profundo silencio, formuló un terrible juramento.

Te juro por los dioses inmortales, gentil Patroclo, que no bajarás solo a los profundos infiernos. ¡Héctor irá contigo a hacerte compañía!

Esa noche se realizaron los ritos fúnebres de los caídos en la jornada. Luego altas hogueras custodiadas por poderosos guerreros se mantuvieron encendidas, para iluminar las tinieblas. Aquiles, tras implorar por su amigo, lo depositó en la pira funeraria.

Nota: Los micenios o aqueos utilizaban una máscara de oro para recubrir el rostro del muerto en la ceremonia.

Al día siguiente fue en persona a visitar al herido rey Agamenón.

Vengo a decirte, señor, que no te guardo rencor por lo ocurrido, y que volveré a combatir para ti.

Es de espíritus generosos perdonar y de hombres fuertes pedir perdón. Te agradezco que me hayas disculpado, noble Aquiles.

Ese día los dos ejércitos volvieron a enfrentarse. Aquiles buscaba ansiosamente a Héctor, pero en lugar de éste, encontró al noble Eneas, hijo de Anquises, a quien desafió a singular combate.

Durante largo rato los dos campeones batallaron, pero Eneas estaba reservado por el destino para altos fines.



No podía morir a manos del feroz Aquiles, segador de hombres. Una niebla repentina envolvió a los dos hombres, impidiéndoles verse.



Aquiles, apartándose de su enemigo, se frotó los ojos.



La presencia del príncipe de los mirmidones hizo que los troyanos se retiraran hasta las murallas de la ciudad de Príamo.



El noble príncipe troyano estaba en las puertas de la ciudad, esperando, armas en mano.



Desde lo alto de la muralla miraban el anciano Príamo y la bella Andrómaca.



Pero Héctor era demasiado bravo, demasiado orgulloso. Jamás había retrocedido en su vida.



Aquiles, semejante a un dios de la guerra, marcial y aterrador, cayó sobre el príncipe troyano.



Fue el encuentro de dos colosos. Un combate legendario que pese a los milenios jamás será olvidado.



Con su salto atlético y de increíble velocidad, Héctor esquivó la lanza de Aquiles... y arrojó la suya.

¡Fallaste!

-También tú...

El príncipe troyano cargó blandiendo su brillante espada y lanzando su grito de guerra.

De nada te valdrá gritarme... Morirás igual.

Se cumplirá la voluntad de Zeus. Si los inmortales me han abandonado, moriré..., ¡o morirás tú si no es así!

. El único punto descubierto del cuerpo de Héctor era la garganta... y hacia ella dirigió el invencible Aquiles su corta jabalina.

¡Aghhhh!

Héctor se desplomó como una torre abatida por el terremoto. Moribundo, entre bocanadas de sangre, habló.

Te ruego... que no profanes... mi cadáver...

¡Maldito seas! Tú mataste a Patroclo... ¡Muere y condénate!














Dejadme hacerlo... Si muero, tu serás mi heredero, Paris... ¡Obedeced! ¡Todos!
Sí, Majestad...


Fue una triste procesión la que salió de las poderosas puertas de Troya.
¡Tregua! ¡Tregua sagrada! ¡Por el poder de Zeus, que haya tregua!


El desconsolado padre, la cabellera despeinada y las barbas en desorden, cayó de rodillas ante el matador de su hijo.
No te guardo rencor por haber matado a Héctor... Lo hiciste en buena lid.
Pero... por Zeus..., ¿qué haces, anciano?


¡Te ruego, te imploro con lágrimas en los ojos! ¡Devuélveme el cuerpo de mi infortunado hijo!
¿Devolverte el cuerpo de Héctor? ¡Me pertenece! Yo lo maté de frente...


Durante un largo rato Príamo rogó al inflexible matador de Héctor..., pero el corazón de Aquiles no era tan duro como parecía. Finalmente el triste espectáculo lo ablandó lo suficiente como para hacerle ceder.


-Está bien. Mi venganza se cumplió. Héctor, acompaña a Patroclo en las sombras del Hades. ¡Llévate sus despojos!
¡Gracias! ¡Los dioses tendrán en tu favor este gesto!
Con infinito cuidado cargaron los restos mortales del príncipe troyano.


Toda Troya salió a recibir a su héroe muerto. Casandra, la bellísima sacerdotisa, lanzó un grito:
¡Aquí llega! Se cumplen las profecías... Héctor ha muerto y su cadáver vuelve a Troya. La ciudad caerá.


Troyanos: traed leña del bosque sagrado. Aquiles os dejará buscarla. Reina una tregua sagrada. ¡Hoy honraremos al valeroso Héctor como corresponde!


Durante todo el día el pueblo de Troya desfiló ante la pira funeraria del héroe. Luego, cuando pasó la larga noche, encendieron la leña sagrada.


La pira se consumió en grandes llamas y ningún despojo mortal quedó ya del que fuera orgullo de Troya.
Todo ha terminado. ¡A las murallas, guerreros! ¡A defender las puertas! ¡La tregua ha concluído!


Así fueron los funerales de Héctor, príncipe troyano y domador de caballos. La guerra prosiguió hasta la caída y destrucción de la refulgente ciudad, pero esa es una historia ajena a este capítulo, que simplemente quiso narrar la cólera de Aquiles y la muerte del simpar Héctor. Como lo hemos hecho.
FIN



-¿ Ves como soy siempre la primera en reconciliarse?



-¡Hola, mellizas! ¿ Está su mamá en casa?

SONRÍA

-La salida de compras ha sido un éxito. No pude encontrar lo que buscaba, pero he perdido cuatro kilos.

historias de hombres y mujeres

Por CRISTOBAL MARÍA PAZ



SUSANA y ARMANDO

CIRUELA CON CHOCOLATE

DIBUJOS DE VOGT

Intervalo Album Ext. 129

¡Uhhhhhh! ...
¡Cric! ... ¡Cric!
¡Cric! ... ¡Miau!
¡Gub! ... ¡Glub!
¡Glub! ... ¡Miau!
¡Miau! ... ¡trac!
¡Trac! ... ¡Miau!
¡Miau! ... ¡Miau!

¡Armando! ¡Despertáte, Armando! ...

¿Qué? ¿Qué pasa?...

¡Despertáte, querido! ¡Despertáte!

Pero, ¿qué ocurre, Susana? ¡Tengo sueño! Dejame dormir.

¡Alguien ha entrado en el departamento! ¡Escuché pisadas en el comedor! ¡También escuché cómo abrían la vitrina de las porcelanas!

Debe ser un ladrón. No le des importancia. Haz como si no existiera. Si le somos indiferentes, se irá de inmediato.

¡Un ladrón en la casa!

CLICK

¡Susana, por favor! ¡Se te ocurre ponerte a leer justamente en este momento!

¿Quién te entiende? Recién me dijiste que hiciera como si no nos hubiéramos dado cuenta de que alguien había entrado en casa. ¡Estoy disimulando!

Querida, enfrentemos la dura realidad que nos toca vivir. Estamos a merced de las furias asesinas de un delincuente nato...

4266









¡Oh! ¿No les parece tremento-tremendo-tremendo? Susana y Armando están a merced de un furioso criminal "neto"... (perdón) de un furioso criminal "nata"... ¡Nato!














¡Los gatos maúllan, no hablan!
¡Los gatos no saludan, maúllan!


¡Ni un chistido, que me pongo nervioso y no sé qué es lo que hago!...
¡Ahh!


¡Ayúdeme a llevarla hasta el sillón! ¿No se da cuenta que Susana se ha desmayado?


No te pongás nervioso, Armando. Vos siempre el mismo impulsivo.
No me tutee; nadie le dio confianza para ello.


¡Pirulo! ¡No puedo creer que el título de médico te haya vuelto tan orgulloso!
¿Pirulo?


¡Pirulo!
¡No me tires de la oreja, tía!


¡Venga a hacer los deberes! ¡Siempre en la calle jugando al fútbol con ese sinvergüenza de Sebastián!


¡Ciruela con Chocolate es un gran tipo! ¡Va a llegar lejos!
Sí, si continúa de esta forma va a tener por lo menos diez entradas en cada una de las cárceles del país...


¿Ahora te acordás de mí, Armando Gómez, alias "Pirulo"?
Sí que me acuerdo de vos, Sebastián Chinado, alias "Ciruela con Chocolate"...


La infancia en el barrio, allá en la lejana Pompeya de hace veinte años, o quizá más, o quizá menos, o quizá siempre, o quizá nunca. La fiesta del barrilete que se nos va de las manos.


El pantalón roto, las zapatillas gastadas, la tía que mandaba siempre a hacer los deberes y que quería siempre amarnos tanto. La ilusión de los días mejores que tendrían que venir y que llegaron, pero no para todos.







Armando recordó cosas y comprendió otras. La vida. Ese enorme misterio que se llama vivir. "Ciruela con Chocolate" "y Pirulo". Dos extremos que todos los que "sabían" decían que no se aproximarían jamás.



Susana, desde su "desmayado desmayo"... "desmayado desmayo"... continúo Susana, desde su "desmayado desmayo", abrió lentamente un ojito...



De un salto se reincorporó. Iba a detener tamaña atrocidad: Armando robándose a sí mismo. Avanzaba avasalladoramente hacia ellos dos, hacia el ladrón ladrón y hacia el amoroso marido ladrón, cuando, ¡oh!, la casualidad...



























–¡No sabés lo que nos ocurrió anoche! ¡No lo divulgués! ¡Resulta que en casa entró un ladrón que era detective! ¡Te lo cuento a vos sola! ¡Es un secreto! ¡No lo vayás a divulgar!





¿Susana capaz de guardar un secreto? ¡Imposible! Por eso Sebastián Chinado no se convenció de lo que le prometían. El necesitaba un delito; que alguien cometiese un delito para...



















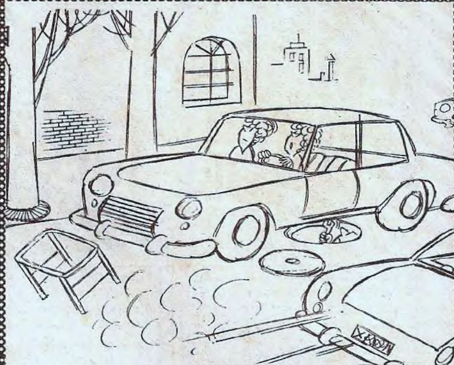






-Los espero en el próximo otoño, ¿ eh?

AHORA RÍASE



-¡No puede ser el ruido del motor! Aún no lo he puesto en marcha.



-Pueden dejar de ensayar todos. El jefe no vendrá a cenar.

LAS TRAMPAS DEL JUEGO



dibujos de AVILA




















No vine a París a divertirme. ¿Alguien tiene un fósforo?


Si me permite usted... ¿Es porteña?
Sí. ¿Usted también?


Se hablaron con el acento argentino que se hace inconfundible cuando uno está en tierra extraña. Sus sillas estaban próximas y la mirada duró en los ojos. Ella vio un hombre atractivo escondido detrás del misterio de una barba. El una mujer bella, con una tristeza ostensible y un desgano sutil flotando en sus palabras.
Mi nombre es Pablo Ruiz. ¿Está en viaje de placer?


No precisamente. Y ahora lo siento, pero no puedo ser descortés con mis amigos y darles la espalda. Gracias por el fuego.
No es nada; apenas le cambié el de mi encendedor por el de su mirada. Mañana estaré pintando en la Plaza Vendome, desde las diez.


¿Es ese el método de conquista que emplean en tu país, Paul? No sé mucho castellano, pero... ¿fue eso una cita?
Apenas un lance, Jean Luis. Ella me gusta, ¿sabes?


¿Conoces a ese joven, Malena? Hablaba tu idioma y...
Nunca lo vi hasta esta noche, Geraldine. Es nada más que un compatriota.


Y muy buen mozo, por cierto. Tiene aspecto de pintor. Suelen venir aquí muchos de ellos. ¿Pasaste bien esta velada con mis amigos?
Sí.


Pero no aceptaré tu próxima invitación. No vine a conocer el mundo nocturno de París. Mañana estaré recorriendo la plaza vecina al "Sacré Coeur", con los niños...


¿Oí mal, o dijo "niños"?
Dijo "niños", Jean Luis. Sólo me queda una cosa por averiguar: si son de ella o si aún puedo alentar alguna esperanza de conquistar su afecto.


"Irá pintar a la plaza vecina al 'Sacré Coeur' en la mañana." Fue. Se instaló con el caballete y sus óleos en un sitio estratégico y estuvo garabateando sobre la tela sin dejar de observar los alrededores.
(Son más de las diez. No vendrá. Fue una trampa; su venganza por mi descaro...)





















Egidio Esteban/2019



Hasta ayer suponía que no. ¿Volverá hoy a la "Cave D'Or"?
Geraldine, una amiga de la señora Vernier, me invitó a otro sitio esta noche. No iré, sin embargo. La otra razón que me trajo a París fue buscar un poco de soledad.



¿No vamos a comer, Malena? Mamá dijo que el almuerzo estaría listo a las doce y...
Sí. Nos vamos ya. Saluda al señor Ruiz.



Malena Garín sería así; extraña, cerrada a la soledad algunas veces, y abierta a la confidencia otras. La llamó esa tarde y por la noche cenaron en la "Cave D'Or", como muchas otras.
Cave D'
Es todo cuanto puedo ofrecerte; una mala comida y esta caminata.



¿Te pido yo algo más, Pablo? Me gustas así, como sos. ¿Olvidas que soy una simple niñera? Tendré mucho tiempo libre la próxima semana.
¿Quién cuidará de los niños?



La señora Vernier los lleva a Burdeos, a visitar a la abuela. No me necesitará allí. Me quedo con el resto de la servidumbre en la casa...



En esa despedida, un montón de augurios crecieron en la esperanza de él. Empezaba a hastiarlo la bohemia de París; lo abrumaba esa vida de privaciones. Le tomó las manos bajo el portal de la mansión Vernier...
Encontrarte me hizo pensar en muchas cosas, Malena. Fue una aventura venir a estudiar aquí. En Buenos Aires...



¿Qué hacías allá, Pablo? ¿Trabajabas? ¿Dejabas que tus padres pagaran tus estudios de arte? Tienes una edad en la que los hombres concretan sus vocaciones.
¿Quieres la verdad? No sé aún cuál es mi vocación.



Pero no hablemos de eso. Tengo deseos de besarte.
Si tu barba no pincha demasiado no voy a enojarme...



Estoy confundido, Jean Luis.
Todos los enamorados empiezan por decir lo mismo, Paul. ¿Puede Malena hacerte olvidar tu vocación pictórica? Por mi culpa la conociste. Si no te hubiese llevado aquella noche a la "Cave D'Or"...



De todos modos la hubiere encontrado. El destino de cada hombre está fijado de antemano. Ella me obligó a meditar en la vida. No me atrevo a decirle quién soy en realidad.


¿Crees que se molestaría? Es una pobre muchacha que debe trabajar para vivir. Culta además, por lo que me contaste. Si estás dispuesto a volver a tu tierra para seguirla y hacerla tu esposa, díselo.


Te informaré todo sobre mi vida en Buenos Aires. Tendría que retornar con mi padre a dirigir su poderosa empresa, transformándome en un hombre de negocios.
Acaso naciste para eso, Paul.


Desde la ventana del mísero cuarto de la pensión miró la tarde. El sol agonizaba enrojeciendo los techos de pizarra. Era el último día libre de Malena. Los seis restantes habían transcurrido rápido, y servido para profundizar su sentimiento.
La amo, Jean Luis. Estoy seguro. Por eso tengo miedo de que me conozca tal como soy.


Ella me supone un bohemio. Quizás está viviendo "su" aventura parisiense. Todo acabará cuando regrese, en pocos días más, a Buenos Aires.
Hazme caso: dile esta noche quién eres y por qué estás aquí. Se alegrará.


Te ves triste, Pablo. ¿Es porque se acerca la fecha de nuestra separación?
Quizás sí, Malena. ¿Vas a extrañarme?


¿Y tú?
Yo debo decirte algo importante...


Si también es algo fundamental respecto a tus sentimientos, no lo digas. Es mejor dejar todo así, como hasta ahora. Fuimos muy buenos amigos, ¿no?


La inesperada imposición le quitó valor. Iba a decirle la verdad, "su" verdad, pero ella prefería el silencio. Llamó al mozo y pagó los dos cafés. Se sumergieron en las luces de la Rue de Longchamps sin hablarse. Hasta que ella dijo:
La señora Vernier adelantó su regreso. Nos vamos mañana, en avión.


La aventura concluía abruptamente. Quiso besarla frente a la casona en sombras...
No, Pablo. Es mejor separarnos sin besos. Me gustó conocerte. Cortaste esa soledad que quise imponerme en este viaje.
No me conoces aún, Malena. Déjame decirte, al menos, que ...


Sólo nos diremos adiós. Guardaré un buen recuerdo de ti. Eso es todo.


Jean Luis tuvo que soportar su mal humor esa noche. Compartían el mismo cuarto desde hacía tiempo. Estudiaban juntos en la Academia de Bellas Artes y ahora Pablo Ruiz lo hacía su confidente sentimental.
¡No me dejó explicar nada! No quiso oírme. ¿Te das cuenta?


Te hiciste muchas ilusiones con esa muchacha. ¿Qué pasó contigo? Te creía menos enamoradizo. ¡Acuéstate y déjame dormir!
Fue algo raro. La amo, Jean Luis. ¡Y voy a perderla!


Lo tomó como una aventura y para mí fue la campana que me despertó de un mal sueño. ¡Debe saber por qué vine a París! Mañana iré al aeropuerto a decírselo.


Un avión bramó en la pista al encender los motores. Otro acabó de decolar y se hizo un minúsculo punto gris en el cielo claro. El estaba esperándola, sentado en el bar, atisbando la puerta de acceso al hall de pasajeros.
(Ahí está. La otra mujer debe ser la madre de los niños...)


Quiso ir a su encuentro y algo la detuvo. Malena Garín parecía distinta. Lucía más elegante que la señora Vernier...
(El abrigo de piel que viste debe costar una fortuna. Nadie diría que sólo es la niñera...)


Los equipajes están despachados, Malena. Podemos tomar algo antes de dirigirnos a la puerta de la pista.
Sí, Francoise. Aún no acierto a entender qué puede sucederle a mi padre en Buenos Aires...


Ocuparon una mesa vecina. Pablo alzó el diario que leía, para cubrirse la cara. Ella no lo vio. No pudo saber que estaba atento a sus palabras reveladoras.
Ese telegrama que me llegó hace dos días interrumpió nuestras vacaciones, Francoise. Debiste quedarte.
Vinimos juntas, ¿no? Sin mi esposo, París me aburre. Lo sabes.


Visité a mi madre, compré algunas ropas. ¿Qué más podía hacer aquí, Malena? ¿Te preocupa lo que puede pasarle a tu padre o dejar a ese hambriento pintor?


Ambas cosas. Lo engañé a Pablo Ruiz. Me creerá siempre la niñera de tus hijos. No sé cómo se me ocurrió la idea. Tal vez porque supuse que sería una manera de lograr su simpatía.
Entiendo: de haber sabido quién eres, lo habría asustado el no poder ofrecerte más que una mala cena y una caminata nocturna.


Nuestro avión está por salir, Francoise. En Buenos Aires nos aguarda el otoño.
Sí, y esas tediosas reuniones sociales de las que siempre quieres escapar. Tendrás una aventura para contar a nuestras amigas.















Decidió concluir el primer curso de la Academia de Bellas Artes y regresar. Iban a dolerle esos dos meses largos que lo separaban del reencuentro con Malena Garín. Una semana después escribió a su padre...

Luego de un año me afeité la barba y me corté el cabello. En tu próximo giro envíame el dinero para el pasaje de vuelta. Ganaste el juego, papá. Pablo.

Abelardo Ruiz se alegró de veras. El hijo retornaría a tiempo para integrarse a esa etapa de expansión en la que entraba su empresa comercial.













Cortó ahí la comunicación con su mundo. Aquella soledad que había buscado en París se le hizo habitual. Un mes después la señora Vernier la visitó. .











En la guía de la ciudad de Buenos Aires existe una veintena de Garín. Le bastó media hora para llamar a los quince primeros y pedir por Malena Garín. El número dieciséis le trajo su voz, esa noche.























Egidio Esteban/2019


Aquello fue un juego con trampa. Me duele saber que lo tomaste en serio. Llévame de vuelta a casa, ¿quieres?
Nuevamente se despidieron sin un beso. En un adiós que para los dos no incluía el después. Habían sido una falsa niñera y un falso pintor bohemio los que pudieron amarse. Abelardo Ruiz advirtió tiempo más tarde el ánimo de su hijo...


¿Te abruma el trabajo, Pablo?
Por el contrario: es mi mejor refugio.


Quiero que estudies estos informes sobre una fábrica en bancarrota. Su dueño me la ofrece para asociarme a él y reactivarla. Perteneció a las derrumbadas empresas Garín.
¿Garín?


Se enteró ahí lo que había sucedido con la fortuna del padre de Malena. No relacionó la situación con su despecho. Pero aconsejó concretar la sociedad. Así, una tarde se reunieron los tres...
La decisión de ustedes obliga a mi agradecimiento. La fábrica es mi última posibilidad de rehacerme.
Mi hijo tomó interés en el asunto, Garín.


¡Levantaremos ese negocio! Ya lo verá usted. En pocos meses obtendrá excelentes beneficios. Podrá recuperar gran parte de lo que perdió.
Perdí mucho más que lo económico, Pablo... Acaso la felicidad de mi hija.


¿Qué ocurre con ella?
Traté de hacerle ignorar mi situación hasta que fue inevitable comunicársela. Pareció resignada. Pero estaba inmersa en una vida social muy agitada.


Sus amigos no dejaron de invitarla a reuniones que se cansó de eludir. Algunos sabían la verdad y no la disimularon. Eso la hirió. Hace un par de días se fue a París. Una amiga le consiguió empleo allá.


No le costó a Pablo imaginar que esa amiga era la señora Vernier. Entonces sí conectó el despecho de Malena con el desastre financiero de su padre.
Conocí a su hija en París, señor Garín. Más que nunca voy a preocuparme por ayudarlo a usted. Pero con una condición...
¿Cuál?


Se lo explicó y el señor Garín la aceptó. Cuando se despidieron, le dijo a Pablo:
Deseo que todo salga como usted piensa. Cuando Malena estuvo antes en París me envió una carta hablándome de un pintor que había conocido...


No me decía su nombre, pero recuerdo la frase: "Es un pobre soñador que casi no tiene para comer, pero me gusta. Desearía ser igual que él, porque nadie me hizo conocer tan de cerca el amor..."

Meses después, la fábrica de Barracas rendía más beneficios de lo esperado. Garín se rehizo, comenzó a recuperarse y realizó otras sociedades con los Ruiz. Cada semana no dejó de recibir y contestar una carta de su hija. Por fin, Pablo resolvió hacer el viaje a París.

Salgo mañana, papá. ¿Te arreglarás una semana sin mí?

Pareces muy seguro de lo que haces, hijo...

¿Y si tu plan no resultara?

Resultará. Esta vez soy yo quien jugará con trampa.

El primer asombrado fue Jean Luis. Lo vio aparecer una mañana en la vieja pensión...

¡Paul! Me dijiste que alguna vez volverías a visitarme, pero no supuse que sería tan pronto. ¿Regresas a la aventura?

No. Vengo a concluirla.

Debes prestarme el peor pantalón que tengas y la chaqueta más raída. ¡Ahora mismo!

¿Vas a disfrazarte de pintor bohemio?

La "Academia de Español" de la Avenida George V era más o menos distinguida. Por eso todo el mundo observaba al hombre que aguardaba en el portal de su entrada, la salida de una rubia profesora...

(No tardará. La señora Vernier me informó en Buenos Aires cuál era su horario.)

(Ahí está. Mas hermosa que antes. Con los mismos ojos tristes que no podría sentir lejos nunca...)

¿Aceptaría la invitación de un pobre pintor, mademoiselle Malene?

¡Pablo! ¿Qué haces aquí? ¿Qué significan esas ropas?

Volví, simplemente. No sirvo para empresario. Aunque me muera de hambre voy a quedarme en París, borroneando telas.

¿Pudiste ser tan necio de abandonar la vida segura de Buenos Aires... por esto?

Verás: supe lo que había ocurrido con la fortuna de tu padre. La señora Vernier me dijo dónde trabajabas. Ahora eres aquella niñera que amé. Somos iguales otra vez. Nadie te impedirá aceptar mi amor...

¿De verdad lo hiciste todo por...?

¿Por conquistarte? Sí, claro. ¿Cenamos en la "Cave D'Or"?





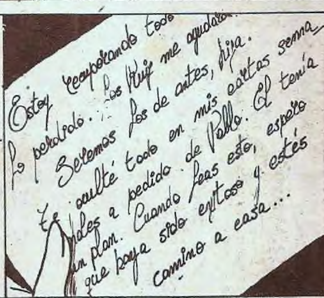






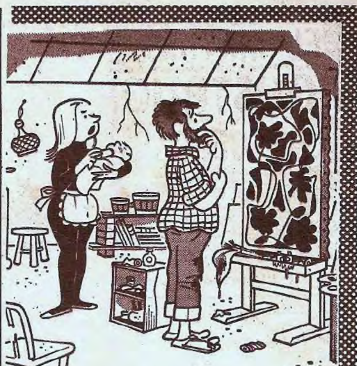


Malena Garín se resistió todo cuando pudo, pero recién cuando leyó la carta de su padre se convenció de la realidad...









-Yo te diré lo que falta: ¡ venderlo!

UNA SONRISA



-Cada vez que mi marido me acompaña de compras, tiene que ir cargado con la máquina de calcular.

EL MAYOR MONSTRUO LOS CELOS

Por CALDERÓN DE LA BARCA

versión de
MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

dibujos de OSWAL

Los salones del palacio del Tetrarca dan todos al mar sobre la playa de Jafa. Esa tarde los músicos celebran la belleza y la gracia de Mariene, la mujer de Herodes.



Intervalo Álbum 192 - 11/1968



Herodes, su marido, contempla la hermosura de Mariene, con arrobo:



La reina mira a su esposo con enamorada tristeza y luego dice:





Mariene ha temblado al ver el puñal en manos de su esposo. Apenas él lo arroja se oye un triste gemido.



Se oyen voces en la estancia vecina y entran Libia y Sirene, damas de la reina con una noticia:



Dos criados sostienen a Tolomeo, gentil caballero.



Tolomeo hace señas de que no lo lleven aún.



Entrecortadamente, informa al Tetrarca que Octaviano es dueño de Egipto. Ha vencido a Antonio y a las naves hebreas.



Quedan solos Herodes y su viejo consejero Filipo, a quien el rey confiesa su sueño de llevar a Mariene a Roma.



El viejo pregunta a Herodes si tiene noticias de su hermano Aristóbulo que está en Egipto.



Entretanto en Menfis, Octaviano se siente dueño de Egipto. Ha derrotado a Cleopatra y a Antonio. Roma será suya ante el triunfo.



Polidoro, un bufón de la corte, a quien Aristóbulo, hermano de Herodes siempre ha tratado bien, llega ante Octaviano fingiendo ser el militar hebreo, pues éste le ha pedido que se preste al engaño.





Aristóbulo, que asume el papel del "gracioso", se inclina para decirle:





Pero aunque inquiere acerca del paradero de Antonio y Cleopatra, no logra arrancar palabra a Polidoro, a quien cree el hermano de Herodes. Da orden de encerrarlo.

Aristóbulo, entonces, cuenta el fin de Antonio y Cleopatra. Han muerto por su propia mano, al conocer la derrota.



Siempre tomándolo por hermano de Herodes, Octaviano le pregunta si Herodes lo mandó para que lo matase.



Uno de los capitanes de Octaviano se acerca con un cofre y lo entrega a Octaviano.



Octaviano abre el cofrecillo donde aparece un hermoso retrato de mujer.



Aristóbulo, en su papel de bufón, tiembla al ver que Octaviano examina los papeles que le mandó su hermano y donde escribe: "Sólo espero la noticia de la muerte de Octaviano, para declararme rey de Roma."



Octaviano descarga sus iras sobre Polidoro, a quien cree siempre pariente del hebreo, y envía al capitán que parta con gente para traer prisionero al Tetrarca, convicto de traición.



Antes de salir el capitán, recibe otra orden:







En el palacio de Jafa, Filipo ha devuelto el puñal a Herodes. Conversan, cuando llegan noticias del triunfo de Octaviano, y la derrota de Antonio.













Siempre creyendo que Polidoro es Aristóbulo, hermano de Herodes, Octaviano ignora que el cofre pertenece al verdadero pariente del rey, que pasa por bufón.





Mira el retrato pequeño que tiene en la mano y...



Octaviano le alarga la mano y al ir a besarla, el Tetrarca advierte la imagen de Mariene.



Reprocha su frustrada traición al Tetrarca, mostrándole las cartas que halló en el cofrecillo junto con el retrato, pero sin hablar de éste último.



Loco de celos, Herodes lleva la mano a la cintura donde está el puñal que le han devuelto, y al volverse Octaviano, va ha herirlo, cuando cae el retrato de Mariene entre ambos.



El puñal se ha clavado en el lienzo y ello enoja al romano.



Octaviano llama a la guardia y ordena que pongan en la torre preso al Tetrarca, junto al que cree su hermano. Cuando llega el Tetrarca, reconoce a Polidoro, el bufón de su hermano, pero calla su descubrimiento, fingiendo que saluda a Aristóbulo.

Cuando están solos, se aclara la situación.



Herodes gime, se queja de la vergüenza que significa para él la pasión que Octaviano confiesa a todo el mundo por su mujer. En eso se abre la puerta del calabozo y llega el único criado que se permite al Tetrarca.

"Mi amor, mi vida y mi alma- vienen a ver qué me encargas." Octaviano va a Jerusalén.



El Tetrarca quiere quitar la espada a Filipo y arrojarse sobre ella. El criado fiel se lo impide.



Ciego de celos y de dolor, Herodes cuenta a Filipo la pasión de Octaviano por Mariene, lamentando haber desposado él a mujer tan bella. Ahora ya no le importa perder el reino y la vida.







Que crean que es un homicidio vulgar.

Muerta, antes que ajena. Lo has jurado, Filipo.

En la playa de Jafa, Aristóbulo, enamorado de Libia, una de las damas de Mariene, conversa con ella. El caballero ha contado a la mujer de Herodes que él se salvó gracias a Polidoro.



Mientras discurren las damas, la reina y Aristóbulo, llega Filipo, el fiel criado del Tetrarca junto con Tolomeo, otro soldado leal, emisario desde antes, de su soberano.



Filipo da a leer a Tolomeo la carta orden en la cual Herodes dispone que se dé muerte a Mariene, una vez se haya cumplido en él la sentencia de Octaviano.



Ante el asombro de Tolomeo, el otro le cuenta la pasión que el romano siente por el retrato. Luego se marcha dejando solo al soldado.



Sirene, la dama de Mariene, que ha tenido amores con Tolomeo, tropieza con él en los jardines de la playa, mientras busca a su señora Libia, que ha de casarse ahora con Tolomeo, sospecha una traición cuando oye la voz burlona con que Sirene dice:

Te dejo leyendo ese papel que tanto amas. Adiós.

¿Qué papel será ese? Trae, ingrato, suelta....

No puedes leerlo, Libia. Si algo te merece mi honor.

Luchando por rescatar su papel, ambos lo parten. En eso llega la reina, que oye la disputa.

¿De qué papel se trata?

¡Qué desdicha!

¿Cómo osáis profanar mis jardines, mi palacio, con vuestras rencillas de taberna? ¡Dadme las partes de ese papel!

Señora, es un áspid que os morderá...

Mariene quiere que Tolomeo la deje sola para leer el papel. Y el soldado le suplica no lo lea.

¡Soy una espada fiel, un amigo, que os ruega algo!





Mariene va componiendo la carta: muerte, secreto, honor... Luego junta los pedazos en el suelo y los reúne.





Petrificada por el dolor, la reina exige que tanto Filipo como Tolomeo finjan desconocer que ella ha leído la carta.



Jura vengarse como reina y mujer del injusto Herodes. Se acercan músicos, soldados, damas y romanos.



Los judíos tienden ramos de flores al romano y cantan.



Octaviano lleva en la cintura el puñal que quitó a Herodes cuando éste quiso matarlo. Lo toca recordando que ha descubierto la mentira de Aristóbulo a quien sustituyó Polidoro.



Llega Filipo que lleva en una fuente de oro las llaves de la ciudad. Tolomeo en su mano derecha levanta una corona de laurel; por el lado opuesto llegan Mariene y sus damas, de luto, con velo en el rostro.



Entregan las llaves, el laurel y el olivo al triunfador.



Mariene se quita el velo negro ante el estupor del romano.



Mariene se queda inmóvil ante la mirada apasionada de Octaviano.



La pena del César ante la seguridad de que Mariene es la mujer de Herodes, se manifiesta en su vencida actitud. Filipo medita en la orden del Tetrarca, ignorante de que la reina la conoce.

Se oye rumor de armas; traen a Herodes y a Polidoro.



Mariene, erguida, habla con gran dignidad y aparente calma. Pide la vida de su marido que es también la propia.








"Viva vuestro esposo-restituído a su honor." "Os vuelvo vuestro retrato-que no es decoro ser mío."
Vivas los siglos del Fénix.


Polidoro y Aristóbulo han sido perdonados por el César. Su enemigo está otra vez en su palacio. Mariene ocupa sus habitaciones, ante la sorpresa de Herodes que la oyó rogar por su vida y ahora la advierte, distante, fría.


Cuando están solos, ella nombra al puñal.
Otra vez es mío;me lo devolvió Octaviano.
No pedí tu vida por piedad ni amor...


¿Qué dices, mujer?
Sabrás que no ignoro que dispusiste mi muerte.


La reina lo acusa de ingrato, de cruel y egoísta. Para siempre vestirá ella de luto por su amor.
"Y en aquese cuarto solo-viviré con mis mujeres-guardando viudez en todo."


Si entras en él contra mi voluntad, me arrojaré desde la almena más alta del palacio. Viviré amenazada por el mayor monstruo del mundo; tus celos.


El Tetrarca comprende que ella ha sabido lo que determinó desde Egipto.
"No me quejo del rigor-con que se queja a los cielos-Bien lo merecen mis celos- bien lo merece mi amor."


Pero el Tetrarca cree que Tolomeo o Filipo lo han traicionado. Interrogado Tolomeo, confiesa que su prometida le arrancó el papel. Ya va a herirlo Herodes cuando Filipo le grita:
Huye, Tolomeo...


Filipo detiene al Tetrarca enfurecido, mientras Tolomeo busca amparo en la tienda de Octaviano.
¿Qué pretendes?


El hombre le pide que proteja la vida de Mariene. Y le cuenta la disposición de Herodes.
¿Expuesta Mariene, Cielos?

Tolomeo promete llevar al César a la torre donde la reina permanece encerrada. Si es preciso o desconfía de él, que cerque el palacio de Herodes. Irán a favor de la noche.









Tolomeo y el César, embozados, están ya a la puerta de la cámara de Mariene.

¡Cuánto me turba mirarla!

Laura, cierra las puertas. Sirene, apaga las luces.

Octaviano detiene a una de las damas.















Mariene arroja el puñal y huye. Octaviano la sigue. En eso penetra Herodes en la estancia de su mujer. Recoge el puñal del suelo.

¿No es acaso el que regalé a Octaviano?

Los celos lo desesperan al imaginar que el emperador vino a visitar a Mariene; llega en eso la voz de Octaviano.

Mariene, espera, oye...

Al encontrarse ante su marido, ella clava el paso, atónita.

Tú, Mariene. Tú, César Augusto...

¡Qué confusión, dioses...!

Octaviano teme que el Tetrarca hiera a su mujer y a su vez, éste, piensa que debe defenderla del acoso del romano.

Ambos sacan las espadas. Mariene apaga las luces para evitar que los hombres se maten.

¿Dónde te escondes, César perjuro?

Yo no me escondo.

Los que riñen se encuertran en la sombra. Herodes ha perdido su espada y esgrime el puñal.

¡Con este acero morirás!

Tente, esposo. ¡Ay, desgraciada de mí!

¡Tened piedad, dioses justos! Muero inocente.

¿Qué oigo?

¡Vengaré su muerte!

Tolomeo, soldados, damas, entran con luces; luego llegan Libia, Aristóbulo, Filipo y Polidoro.

Entrad todos; hay gran tumulto.

Venid, venid todos.

"Dad muerte al hombre más bruto más bárbaro, más sangriento que ha eclipsado el sol más puro."

"Yo no le he dado la muerte. Fue solo el destino suyo." "Pues que muriendo a mis celos que son sangrientos verdugos, Mariene murió a las manos del mayor monstruo del mundo."

EWAL 68

FIN





-Esto siempre da resultado. Cuando hago una mudanza rompo algo y entonces los dueños se asustan y me ayudan.



-Este es el que más me gusta.

PETULIA

adaptación de PEDRO M. MAZZINO

DIBUJOS DE E. GARCÍA

VERSION LIBRE de la película homónima, dirigida por RICHARD LESTER e interpretada por JULIE CHRISTIE, GEORGE SCOTT, RICHARD CHAMBERLAINE Y JOSEPH COTTEN en los roles protagónicos. Distribuje WARNER BROS.



Intervalo Álbum 192 - 1968





David Danner se alejó furioso. Ensayando la sonrisa que pondría en su rostro cuando inventara la excusa. Ella dejó de sonreír cuando vació la copa. Todas las cosas giraban a su alrededor.



La chica del guardarropas no entendió sus palabras...









El no alcanza a comprenderla. Entendía, apenas, lo que su aliento alcohólico hacía evidente: su ebriedad. Quiso alejarse cuando su brazo lo aprisionó...




¿Quién es Oliver? ¿Quién es usted? Mi nombre es Archie Simpson y...
Sin preguntas, Archie. ¡Vámonos lejos! Algo me dice que tú y yo necesitamos seguir juntos.


Sí, es mi esposa. Debió esperarme aquí. Iba a retirar su abrigo blanco.
Salió hace un momento, señor Danner. Con otro hombre. Creo que estaban...


¿Ebria? Sí, cualquiera lo notaba. Vamos a la calle, David: quizás esté aún allí. Te previne que no trajeras a Petulia a la fiesta; se muestra extraña este último tiempo.
Nunca hizo algo semejante, papá.


Desde la puerta del Palace Hotel de San Francisco, la vieron perderse calle abajo con su eventual compañero.
Es Archie Simpson, un médico del hospital local. Lo conozco. No acierto a entender cómo se prestó a la locura de tu esposa.
Es mejor dejarlos. Sabes que no tolero el escándolo. Simpson la llevará a casa, de seguro. Se hará cargo de su estado.


-Petulia es un fracaso de mujer, David. Arruinará tu vida. ¿Cuál es su queja contra ti? Le has dado todo.
Al menos lo intenté, papá. Pero..., ¿quién sabe lo que puede conformar a alguien como ella?


El aire fresco de la madrugada no conseguía despejar la mente de Petulia Danner. Soltó el brazo de Archie y se pegó al escaparate de un negocio de compra-venta.
¿No es eso una tuba? Admiré siempre esa clase de instrumentos capaces de atronar el aire.
CAMERA
MUSICAL


¡Mi vida necesita mucho ruido, Archie! No puedo aguardar a que abran esta tienda. ¡Quiero esa tuba!


El amplio cristal se hizo añicos. Ella tomó el objeto ante el asombro de él. Luego sembró de estruendos la calma de la calle.
Atraerá usted a la policía de la ciudad. ¡Será mejor alejarnos de aquí!


Detuvo un taxi y la obligó a subir. Pero su esfuerzo para que abandonara el instrumento fue vano.
¡No la dejaré! ¡Será el símbolo de mi liberación!
Voy a llevarla a su casa. Dígame la dirección.


No tengo casa, Archie. ¡Llévame a la tuya!
Es inútil hacerla entrar en razón. Pero no puedo dejarla sola en este estado. ¿Hay un buen hotel cerca de aquí, amigo?













El sol inundó lentamente la habitación. De la embriaguez de la noche apenas le quedó un agudo dolor de cabeza a Petulia Danner. Abrió los ojos y encontró los asombrados de Archie Simpson...










Supongo que a su esposo le gustará saber qué pasó realmente entre los dos.
¡Olvídelo! Tomaré el ómnibus y le explicaré yo lo sucedido. David entenderá.


Bajaron juntos a la conserjería. Mientras el empleado realizaba la cuenta, Petulia observó su propia imagen repetida hasta el infinito en el juego de espejos del lugar.
¿Cuántos seres habitan dentro de uno mismo, Archie? ¿Cuál de ellos es el legítimo?


Me pregunté eso muchas veces. Sospecho que todo el mundo también, Petulia.
Anoche fui muy distinta a como soy siempre. Quise vivir. Aún no encuentro mi verdadera imagen. ¿Encontró usted la suya?


No lo sé. Me resigné a la que los otros ven en mí. Ahí llega su ómnibus. ¿De verdad no quiere que la acompañe a su casa?


Llegó sola y David la recibió malhumorado. Sin embargo, contuvo su furia y sólo arriesgó indiferente la pregunta:
Mi padre y yo te vimos salir de la fiesta con el doctor Simpson. ¿Lo conocías?
No. Y si presumes que entre él y yo hubo algo...


¡No presumo nada! Las presunciones correrán por cuenta de los que advirtieron tu actitud. ¿Qué pasa contigo?
¿Finges ignorarlo? ¡Estoy harta, David! Bebí demasiado anoche pero acaso me sirvió para ver con claridad lo que hiciste de mí.


¿En qué falló, Petulia? Eras una oscura extra de televisión cuando te conocí. Venías de un mundo mísero. Te hice mi esposa. Te di lo mejor: esta casa, buenos vestidos y...
¡Me compraste! Eso fue todo.


Fred Danner entró en ese momento. Grave y altivo, como un patriarca o un juez que debía resolver en el tácito litigio.
Puedes pagar el precio de tu propio rescate, Petulia: separándote de mi hijo. Mi abogado se encargará de todos los trámites.
No es ésa la solución que prefiero, papá.


Nunca tuviste buen tino para las mejores decisiones, David. Seguiré tomándolas por ti. ¿O esperas que el desprestigio derrumbe tu nombre?
Deja que ella lo explique todo.

Para tu padre no cuentan las explicaciones, David. Está habituado a dirigir todos tus pasos. A guiar tu andador. ¿Es que nunca crecerás del todo?

¡Cállate, Petulia!



















Pola Ferguson, la auxiliar de guardia, lo recibió en la puerta de la sala de clínica. Una larga fila de pacientes aguardaba afuera.

Será un día agotador, Archie. Nos pasaron los enfermos del doctor Smithson.

Nos pagan para trabajar, ¿no? Hazlos entrar inmediatamente.



















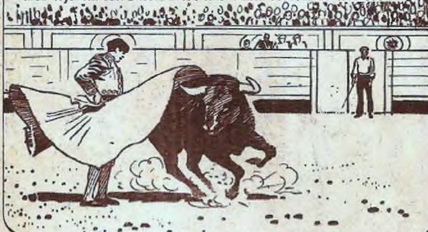

Se citaron en un restaurante de la bahía de San Francisco. Como dos viejos amigos charlaron al amparo de un reservado.
Pues sí, Wilma Barney me llevó al Palace Hotel. Quería introducirme en su ambiente. Casi me había hecho aceptar una asociacion con su padre; el dueño de un lujoso sanatorio...


Me ofrecía todo lo que puede ambicionar un médico humilde: dinero fácil y una posición destacada. Sólo debía sonreír a pacientes adinerados y prolongar inocuos tratamientos...
¿Qué lo impulsó a dejarla sola en aquella fiesta?


No lo sé. Me pareció falso el clima, forzadas las relaciones.
¿Y prefirió seguir en el Hospital Central?


Sí. Wilma fue la tentación. Decía amarme y me quería hacer a su medida.
Pudo usted lanzar a tiempo su grito de liberación. Conozco a Wilma Barney; pertenece al mundo de David, donde todo se compra.


Comprendí la razón de su embriaguez cuando la oí hablar en sueños, en el cuarto del "Exeter". Mencionó a su esposo y a Oliver...
¿Sí? Oliver pudo ser la salvación de mi fracaso matrimonial.


Comenzó a contarle,conciente,lo que se había anticipado en el delirio de su ebriedad. "Estábamos en México -dijo-. Visitábamos Tijuana con David asistendo a una corrida de toros..."


Ahora va a matarlo, Petulia. ¿No es un espectáculo subyugante?
Detesto todas las formas de la muerte, David. Sácame de aquí antes de que termine la corrida.


"Salió a regañadientes. En la calle un granujilla harapiento se acercó a nuestro auto..."
¿Los guío a conocer la ciudad?
No, muchacho.


Déjalo, David. Hazlo subir y recorreremos Tijuana con él. ¿No es un simpático chico?
De acuerdo, sube. ¿Cómo te llamas?


Oliver. No tengo a nadie aquí. Vivo donde me dejan estar y como lo que puedo con lo que gano acompañando a los turistas.


"Pasamos el resto del día con Oliver. En la noche lo llevamos a cenar a nuestro hotel. El conserje lo conocía..."
Es huérfano y cae bien a todo el mundo. Sueña con irse a Estados Unidos. Alguna vez lo lograrás, ¿verdad, Oliver?
Sí, señor.


"Hicimos que lo dejaran dormir en el hotel y quedamos en pasear con él al día siguiente. Pero David me despertó temprano en la mañana..."
Nos vamos, Petulia. Resolví terminar estas vacaciones.
¿Y Oliver? Estuve pensando en él. Podríamos adoptarlo. No tenemos hijos y nuestra casa de San Francisco es lo suficientemente grande para...


¿Sabes qué diría mi padre al vernos llegar con un niño así? Mis planes no incluyen los hijos por ahora.
¿Los tuyos o los de tu padre? Te tiene ocupado todo el tiempo. Nos hace viajar de uno a otro lado para atender sus asuntos. Podríamos dar al niño un estudio y una vida que...


Dejó cien dólares al conserje, para Oliver, y volvimos aquí. Fue mi primer desengaño con David, Archie.
En su alma palpita una madre, Petulia. Ese es el otro grito de libertad que le impiden lanzar en su prisión dorada.


Dejaron el restaurante y caminaron por la noche tibia.
Quise una vida mejor y sólo obtuve un mundo de silencios. Por eso robé la tuba.
Lo entendí cuando la oí hablar en sueños. Su experiencia me alertó con respecto a Wilma Barney y su ofrecimiento. Conservé ese instrumento por esa razón.


Al verlo en casa me recuerda lo que podría ocurrir con mi propia vida si aceptara las condiciones de un cambio desventajoso.
¿Ama usted a Wilma?


Aquella noche supe que no. Pero podría amar a una mujer como usted, Petulia. Ayudarla a liberarse de un error pasado. ¿Acordará la separación de su esposo?


No contestó. Se despidieron ahí y ella subió a un taxi que la dejó en casa de los Danner. El teléfono sonó cuando estaba acostada.
¿Archie? Sí, claro que me extraña su llamada... ¿Otra pregunta? ¿Cuál?


¿Por qué dijo usted que yo me parecía a Oliver? No hago más que pensar en eso, Petulia. Encontré un motivo: usted quería al niño. ¿Sintió lo mismo por mí en su ebriedad?

No lo sé. Sólo quería gritar mi liberación esa noche. Necesité estar inconsciente para ver con claridad. Acaso adviné en usted una orfandad parecida a la de Oliver, Archie.

Era el amor inesperado que podía suplir al que estaba a punto de concluir. Cuando cortó la comunicación pensó...

(No me preguntaste, cómo lo hice yo con respecto a Wilma, si amo a David...)

Rehuyó sus invitaciones los días que siguieron. Recordaba las palabras de su suegro: "Mientras tanto trata de comportarte como la señora Danner." También era un niño indefenso David Danner: Para ayudarlo debía sacarlo del andador que dirigía su padre. Y para ayudar se necesita amar. Se propuso ayudarlo y una tarde llamó a Archie al hospital.







Estaban juntos. De lejos podían parecer un par de enamorados arrullándose ante el paisaje calmo de la bahía en sombras. Wilma Barney los vio así desde el auto estacionado frente al bar.





Archie Simpson dejó a Petulia una hora más tarde. Habían convenido hablar juntos con David al día siguiente. Pero al llegar a casa de los Danner, ella recibió la inesperada noticia.






Supongo que sí. Hasta hoy creí que mi rival era Pola Ferguson, una simple auxiliar del Hospital Central. Contra ella tenía mejores armas para combatir. Pero tú y yo somos parecidas.


Era fácil entender la situación. Había ido en busca de Archie procurando ayuda; ahora se daba cuenta que una mentira podía ayudarlo a él, salvarlo de la persecución de Wilma y del peligro que encerraba.
Sí, lo amo.
Entonces no tenemos nada más que decirnos. Adiós. No te molestes, el mayordomo me acompañará a la salida.


Pasó la noche insomne. En la mañana tomó una decisión y telefoneó a Archie...
No, David no llegó aún. Pero no tardará. Debo verlo inmediatamente, para comunicarle lo que pasó con Wilma Barney. Iré ya mismo a su casa. Espéreme.


¿Qué ocurrió anoche, Petulia?
Esa mujer nos vio juntos. Me exigió una definición respecto a usted. Entreví la posibilidad de salvarlo de ella y mentí.


Eso complica su situación con David. Conozco hasta dónde es capaz Wilma. Podría atreverse a...
Llaman a la puerta, Archie. ¿Esperaba usted a otra persona?


Lo vieron enmarcado en la puerta, cuando él abrió. Estaba pálido; un leve temblor recorría su cuerpo tenso.
¡David! Me dijeron que llegarías a mediodía.
La suerte me impulsó a tomar un avión anterior. El mayordomo me entregó un mensaje que Wilma Barney dejó para mí, anoche...


No quise crer lo que suponía una infamia. Pero al no hallarte en casa resolví buscarte aquí. No me equivoqué, Petulia. ¡Mi padre tampoco se equivocó! Volví dispuesto a retenerte a cualquier precio.


Archie no pudo evitarlo. Cuando quiso contenerle la furia, un brazo de David Danner lo hizo a un lado; el otro se descargó violentamente contra el rostro de ella.
¡Eres una canalla! Merecerías mucho más que esto.


¡Petulia!

Fue un mal golpe. Se desvaneció. Necesitamos llevarla al hospital. Cometió usted una necedad, señor Danner.

Tengo el auto afuera.

Debió escuchar su explicación. Petulia lo ama. Estaba tratando de luchar contra el dominio que su padre ejerce sobre usted para salvar su amor.

¿Quién me asegura que eso no es mentira, doctor Simpson?

-Necesitaba una prueba, David. Una creíble revelación que le confirmara la verdad y desmintiera las palabras que encerraba el vengativo mensaje de Wilma Barney. En el hospital, ubicaron a Petulia en la guardia. Pola Ferguson y Archie trataron de hacerla reaccionar.

Abre los ojos; parece que el desvanecimiento pasó.

-No debiste hacer eso, David. Wilma no mintió. Ella cree que amo a Archie.

Está delirando. ¡Déjela, doctor! Nadie miente en su delirio. Muchas noches, Petulia habló en sueños. Mencionaba a Oliver, un chico que quiso adoptar en Tijuana.

Le dije que sí para alejarla de él. Ahora me cree su rival y ya no lo acosaré ofreciéndole un futuro de esplendor que sería su ruina. Wilma suponía que Archie amaba a Pola Ferguson.

Pero sabía que Pola era fácil de vencer. Wilma está convencida que el amor se compra con dinero... ¿Tú también, David? ¿Lo dejarías todo por mi amor?

-¿Le asegura esto la verdad, David?

Sí, doctor Simpson. Esperaré afuera que se reponga. La necesito sana para reiniciar una nueva vida.

¿Cómo pudo suponer Wilma Barney que yo podía amarte a ti, Pola?

Acaso porque se enteró cuál era la intensidad de mi propio amor. Todo el mundo lo sabía en el hospital..., menos tú, Archie.

Ahora lo sé. Creo que la inconsciente revelación de Petulia abrió los ojos de alguien más que David Danner. Tenemos mucho de qué hablar cuando esto pase. Quédate junto a ella hasta que esté bien.


Encontré a David afuera. Le formuló la pregunta cuya respuesta adivinaba:
¿Qué hará usted ahora?
Lo que había resuelto en Canadá: cortar los hilos que maneja mi padre. Me llevaré a Petulia a Sud América. Conseguiré trabajo allá. Puedo arreglarme solo en el negocio de la televisión.


Pero antes pasaremos por Tijuana. Buscaremos a un muchacho llamado Oliver, para subsanar un error antiguo.
Su esposa quiere verlo, señor Danner. Reaccionó.


Me equivoqué contigo en aquella fiesta, David: debajo de tu cáscara no había un vacío. Había amor.
Sí, pero necesité que tus uñas desgarraran toda la cáscara. Fue un dolor necesario, Petulia. A veces, la dicha se consigue con dolor.


Un año después, en una clara mañana de primavera, Archie Simpson llegó retrasado al Hospital Central.
Lo aguardan en la sala de partos, doctor. Parece que un niño se resiste a llegar sin su presencia.
¿No está allí el médico de guardia?


Se encontraron frente a la sala. En el rostro de uno se dibujó una sonrisa de alivio; en el del otro una expresión de asombro.
¡David Danner! Lo hacía a usted en Sud América.
Petulia se empeñó en que nuestro primer hijo naciera aquí. Lo espera adentro, doctor Simpson.


En Tijuana no hallamos a ese granujilla huérfano, Archie. Esa parte del pasado no pudo ser corregida.
Importaba todo el resto de ese pasado, Petulia.


Me dijeron que Pola Ferguson ya no está en el hospital.
Está en casa, aguardando el momento de venir aquí. Ella la supone a usted un hada milagrosa que fecunda todo lo que toca.

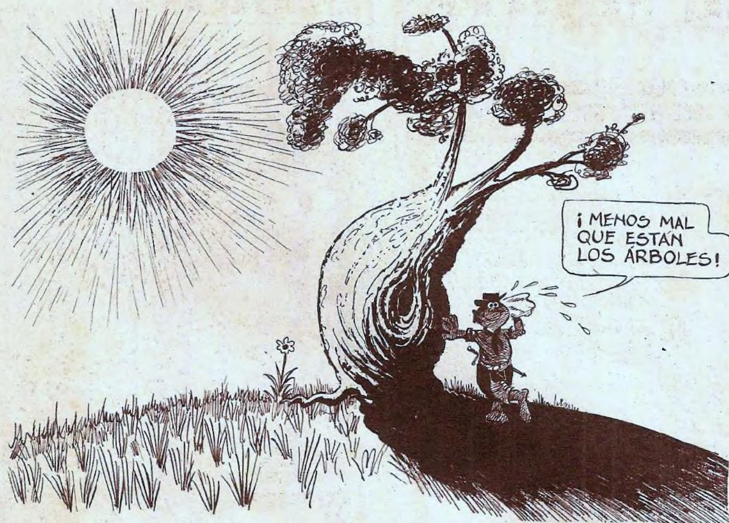

Soy simplemente una mujer, Archie. Una mujer que una vez se atrevió a lanzar su grito de rebelión para salvar el amor.
Conservó aún el símbolo de aquel grito: la tuba. Cuando algo anda más entre nosotros, Pola la hace sonar. Su hijo nacerá pronto.


Cuando el doctor Simpson salió a comunicar la noticia a David, lo encontró hablando por teléfono.
Sí, por supuesto que mis cosas van bien, pero si realmente me necesitas, meditaré tu ofrecimiento de volver a trabajar contigo.


Era mi padre. De algún modo se enteró que Petulia y yo estábamos aquí. Dijo que no se arregla sin mí. Que está muy viejo y cansado.
¿No involucra un peligro volver a su lado?


No lo creo. Está cambiado. Tanto que hasta se alegró cuando supo que mi hijo se llamará Oliver, como el nieto postizo que no hubiese aceptado antes.
FIN

ALMANAQUE CRIOLLO



Consejos brocherianos del Pbro. Julio Triviño.



José Gabriel Brochero
el Cura gaucho



Dios al hombre le da todo:
Cuerpo, vida y alimento;
Y pa que se ande contento
Lo llena de sus favores,
LO ALIVEA EN SUS DOLORES
Y ASISTE EN TODO MOMENTO.

NOVIEMBRE 1968

1 - Fiesta de Todos los Santos 11 - San Martín de Tours

DOMIN.	LUNES	MARTES	MIERC.	JUEVES	VIERN.	SABADO
Luna Llena 5 ○	Cuarto Meng. 12 ☽	Luna Nueva 20 ●	Cuarto Crec. 27 ☾		1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30

DICIEMBRE 1968

8 - Inmaculada Concepción 25 - Natividad del Señor

DOMIN.	LUNES	MARTES	MIERC.	JUEVES	VIERN.	SABADO
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	Luna Llena 4 ○	Cuarto Meng. 12 ☽	Luna Nueva 19 ●	Cuarto Crec. 26 ☾

en el próximo número de intervalo ALBUM

la niña y el general — **por Juana Manuela Gorriti**
Una historia que hinca sus orígenes en la época de Güemes, en los albores de la patria, cuando todo respiraba todavía el estilo colonial.

tamerlán, el grande — **por Christopher Marlowe**
El débil monarca que imperaba sobre Persia se sentía cada vez más alarmado por las incursiones del nómade Tamerlán.

grandes ilusiones — **por Charles Dickens**
Luces encendidas en el seno de los corazones humildes, luces que alimentan la sed de vivir.

historias de hombres y mujeres — **por Cristóbal M. Paz**
Era un descreído, y las cosas le habían resultado cada vez peor a partir de la muerte de su esposa.

vuelve, amor mío — **adaptación de Robin Wood**
En el mundo de la publicidad existen dos clases de individuos: las abejitas trabajadoras y los zánganos. Sobre estas abejas y estos zánganos versa la historia.

el plato de lentejas — **por Pedro M. Mazzino**
"Essaú, rendido de hambre, vendió así, por un plato de lentejas, el derecho que los primogénitos tenían a la herencia y las bendiciones del padre".

camelot — **adaptación de Pier Michele**
Parecía un hombre simple, un guerrero agobiado por esa tristeza que dejan las batallas, aunque se ganen.

carol day — **por David Wright**
Ella no deseaba volver a verlo, pero allí estaba él, haciendo ostentación de su insolencia.

unos ojos color furia — **por Osvaldo Arregui**
La pregunta de Andrés involucraba la verdad del antes, de todo ese tiempo conformado con miradas sostenidas en el que sólo se comunicaban con la clave secreta del amor callado.

alejandro ha vuelto — **por Robert O'Neill**
"Alejandro estaba de pie en la acera. No me sorprendí de verlo. Sabía que algún día aparecería. Lo sabía y no me había equivocado. Allí estaba."

el martín fierro — **por José Hernández**
(Para coleccionar).







intervalo ALBUM

ALBUM DE OBRAS GRAFICAS COMPLETAS

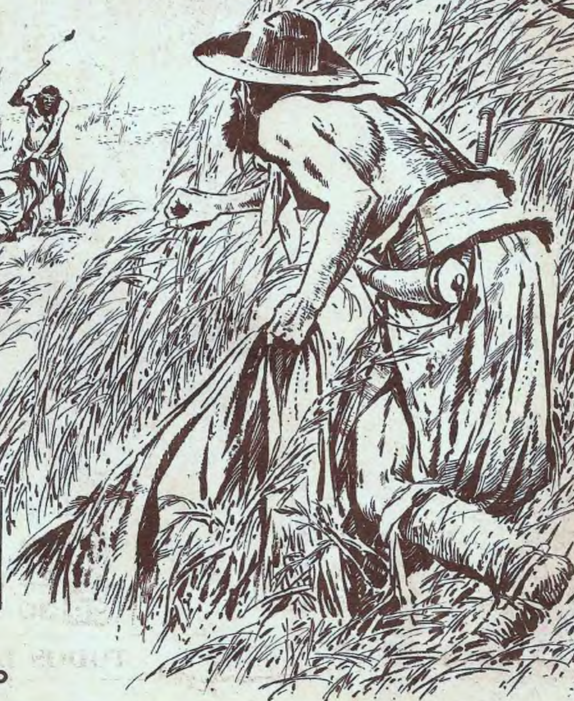
DIRECTORES
RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)
REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 979.968
Publicación adherida al Centro de Informaciones de Publicidad, al *INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES*, y a la S. I. P. Sociedad Interamericana de Prensa



EDITOR RESPONSABLE
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.
SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 45 - 1145
Miembro de la ASOCIACION ARGENTINA DE EDITORES DE REVISTAS.
Venta Interior y Exterior: B. Bertrán - Independencia 1253
Venta Capital: Distribuidora Impulso S. C. - Avda. Cruz 817

EL MARTÍN FIERRO

Por JOSÉ HERNÁNDEZ



He presenciado martirios,
He visto muchas crueldades-
Crímenes y atrocidades
Que el cristiano no imagina;
Pues ni el indio ni la china
Saben lo que son piedades.

dibujos de ARANCIO



Quise curiosiar los llantos
Que llegaban hasta mí -
Al punto me dirigí
Al lugar de ande venían -
¡Me horroriza todavía
El cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena -
Y como una Magdalena
Lloraba con toda gana -
Conocí que era cristiana
Y esto me dio mayor pena.

MAYERLING

Intervalo Álbum Ext. 192 - XIX - 11/1968



La nieve caía sobre el pabellón de caza de Mayerling...

Un manto de muerte se tendía en torno de la trágica familia imperial austríaca de los Haubsburgo.

Un manto de muerte, porque en el interior de ese parador ponían fin a sus vidas el heredero de la corona, Rodolfo y la mujer que amaba, la casi adolescente María Vetsera.

Una vez más la magia plateada del cine revive el romance más enternecedor de los tiempos modernos.

Hoy ALBUM INTERVALO se complace en presentar a sus lectores su versión completa.

Una romántica e inolvidable historia de amor.



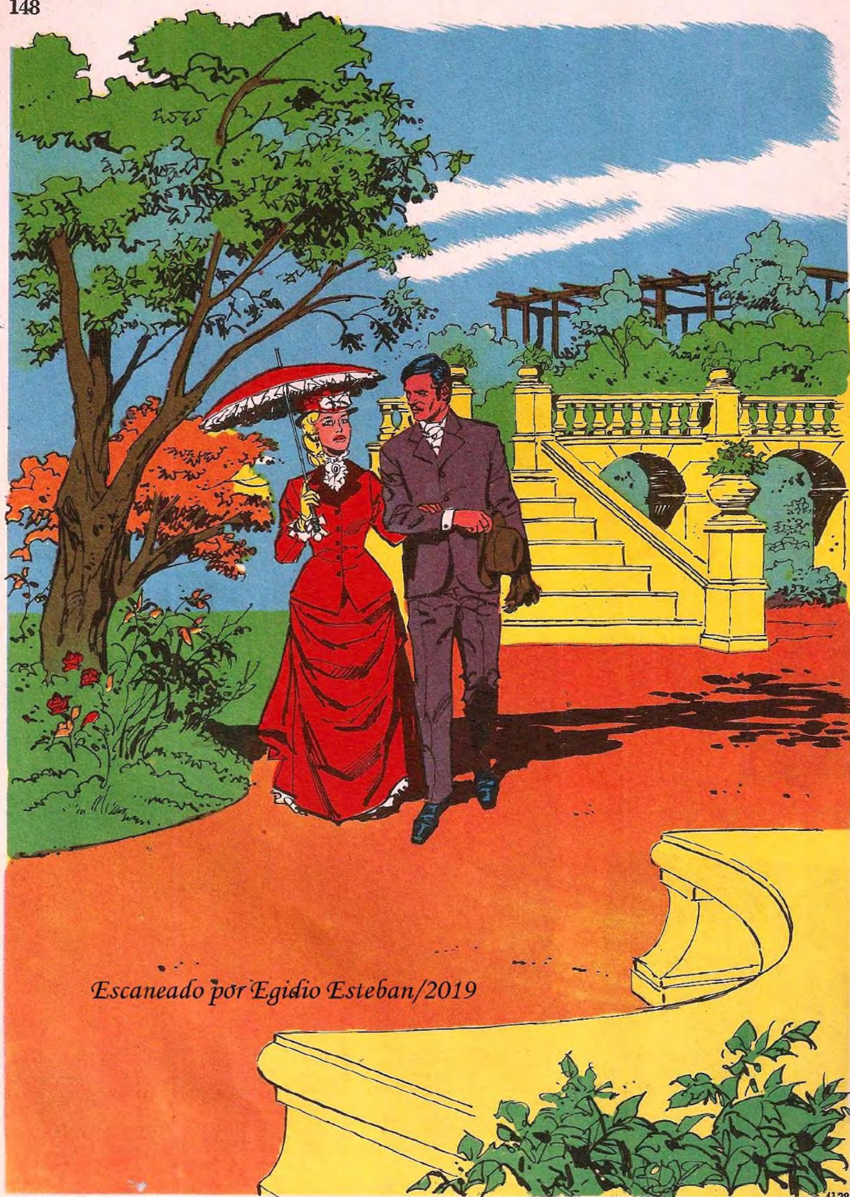
Reparto de

"MAYERLING"

RODOLFO	OMAR SHARIF
MARIA VETSERA	CATHERINE DENEUVE
EMP. FRANCISCO JOSE	JAMES MASON
EMPERATRIZ	AVA GARDNER
STEPHANIE	ANDREA PARISY

Presenta	NORMA PRODUCCIONES
adaptación	ROBERT O'NEILL.
dibujos	DÁNIEL HAUPT






Era invierno en Viena y las calles estaban desiertas. La gente del pueblo se había encerrado en sus casas y los nobles en sus cotos de caza. En invierno, Viena era una ciudad abandonada.


Un hombre joven de expresión fatigada contemplaba la tristeza invernal tras los cristales del palacio imperial. Un hombre joven, cansado como cualquier joven cuya juventud se agotaba sin horizontes y sin sueños en el invierno de Viena.


(Me gustaría ir a caminar en la nieve.)


Creo que iré a caminar un poco, Loscheck.
Imposible, alteza. Aún no hemos dejado en orden los planes para la recepción de la delegación prusiana y vuestro viaje a Croacia. Además nos queda discutir ese enojoso asunto de la huelga de los panaderos y...


Miró la nieve que colgaba en ristras de hielo refulgente de las ramas verde-oscuro de los pinos y por fin se volvió a su secretario con resignación.
Bien. ¿Qué hay de los panaderos?


Hubiera sido un descanso poder caminar en la nieve...
Tengo aquí el documento que enviara a su excelencia...

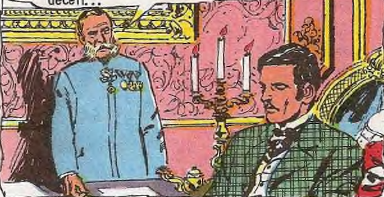

...aspirando el aire helado a todo pulmón, lejos del olor a tinta y a cartapacios, lejos de las voces monótonas y de las espaldas curvadas...
...amén de una apelación adscripta al ya citado documento, el cual...


Se puso de pie bruscamente.
Suspende todo, Loschek.
Pero, excelencia...


Sonrió con fatiga a su secretario...
Voy a hacer uso de mis prerrogativas reales, Loschek. Acabo de crear un edicto que dice que el príncipe heredero puede caminar por la nieve y mirar el hielo en la rama de los árboles. Hasta luego.


¿Señor...?


Pero el joven no lo escuchaba ya. Con un alegre paso de escolar travieso, Rodolfo de Hausburgo, príncipe heredero de la corona de Austria-Hungría huyó hacia la nieve y el hielo que colgaba de las ramas verde-oscuras.


Es dura la vida de un príncipe heredero. Así se lo había dicho su padre, el adusto Francisco José.
Tendrás todas las ventajas de las que carece la mayoría de la gente pero tendrás otras desventajas que ellos no padecen...


Perderás tu libertad individual y el derecho de casarte por amor..., en fin, serás un príncipe y el día de mañana un emperador y eso tiene su precio...


Precio. Rodolfo rechinó los dientes mientras pensaba en su esposa Estefanía, princesa de Bélgica.
(¡Precio! No creí que cuando mi padre hablaba de precio incluyera a esa belga cabeza de palo y fea como una col.)


¡Excelencia! ¡Excelencia!


¿Qué diablos pasa? ¿No podéis dejarme solo?
Es que acaba de llegar la delegación de los armeros de la corte, señor.


Está bien. Veamos a los malditos armeros de esta maldita corte.


Era día de carreras en el hipódromo de Preter. El invierno había quedado atrás y todos los vieneses incluyendo la corte deseaban divertirse. Además, Rodolfo debía agasajar a una delegación de nobles prusianos.
Hay mucha gente...


Venid, caballeros, iremos por entre los palcos y llegaremos más rápido.

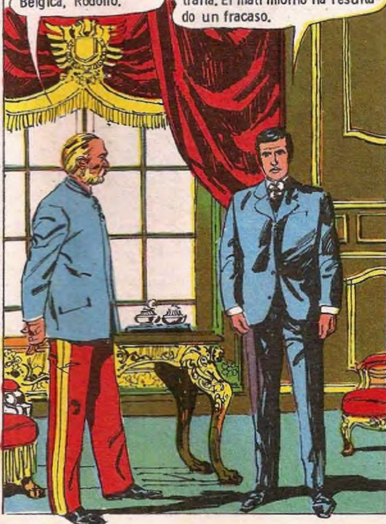

Rodolfo se sentía divertido de ver el rostro hosco de los prusianos al no ir por la entrada oficial. De pronto al pasar junto a un palco.
Pero... ¡El príncipe imperial!

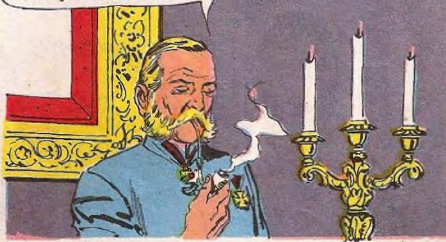

El grito indiscreto sobresaltó a Rodolfo quien se volvió sorprendido.
¿Quién sois?


Perdonad, excelencia..., mas mi sorpresa al veros junto a mi palco...
Os perdono... pero os impondré como castigo que me digáis vuestro nombre.


No había ruidos a su alrededor como no fuera el latir de su corazón y no había otros colores que el blanco y oro de la joven... tan blanca y tan dorada...
Me llamo María Vetsera, excelencia.


Ya en su palco, Rodolfo observó a la joven que había hecho dar un barquinazo a la monotonía de la jornada. Ella también lo miró y ambos se sonrieron.
(María Vetsera...)


Tras este encuentro hubo varios días de quietud y de corte que volvieron a absorber al príncipe.
Tu esposa ha vuelto a Bélgica, Rodolfo.
Lo siento, padre, pero no me extraña. El matrimonio ha resultado un fracaso.


No fue un fracaso como tú dices, Rodolfo. Sirvió para que nuestras relaciones con Bélgica se afianzaran.


Sí... nuestras relaciones con Bélgica.

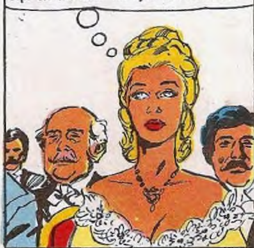

¡Ah! Me olvidaba. Debía acompañar a tu madre esta noche al teatro pero me será imposible. ¿Quieres sustituirme?
Encantado.


Rodolfo y su madre, la emperatriz Isabel, cariñosamente conocida por Sissi por el pueblo, se comprendían. Por eso la madre sufría ante el cerco de hierro que asfixiaba al joven.
Rodolfo, no estás mirando al escenario.
No, madre.


No voy a mirar en la dirección en que tú lo haces, Rodolfo pues sería indiscreto. Dime tú lo que miras.
Una joven, madre.


¿Es hermosa?
No. Decir hermosa es poco. Decir hermosa es ofenderla. Me mira y se sonroja y entonces se vuelve al escenario pero no tarda en volver a mirarme de reojo.


¿La conoces?
Sí. La vi una vez en el hipódromo.


(No son imaginaciones mías...El príncipe no me saca los ojos de encima...)


De allí en adelante los encuentros menudearon. Un presentimiento seguro los guiaba certeramente a los mismos lugares. Ya fuera en el paseo del Prater...
(Allí está...)


Ya fuera en la Opera...
(Sí.. ¡Me mira! ¡Me vio!)


Una extraña inquietud dominó a María Vetsera, su apetito menguó y sus grandes ojos adquirieron una triste ensoñación de la cual antes carecieron.
¿Qué te pasa, niña? Estás rara.


Estoy enamorada.


¡Jesús! ¿Y de quién?
De un príncipe azul.



María Vetsera soñaba. Era la hija menor de la viuda de un embajador húngaro y en su vida sólo había conocido el claustro del colegio religioso y el claustro hogareño. Ahora en cambio soñaba...





La condesa de Larisch Wallarsee, una bondadosa dama, prima del príncipe imperial, fue el inocente medio del que se valió María para poder cumplir con la cita que tan sorpresivamente solicitara Rodolfo.











Las frases que usaban eran absolutamente cortesanas y sin embargo para ellos tenían un significado especial. Distinto. Significados de extraños colores invisibles a los demás.



Nada podía ahora detener el torrente desatado del amor de los jóvenes. Ni las barreras de la corte ni los ojos avizores que los rodeaban. Nada. Por sobre todo eso ellos se habían divisado y se buscaban ahora.



El mejor sitio para encontrarse otra vez fue el mismísimo palacio imperial contando ahora con la complicidad de la comprensiva condesa Larish.



Os dejaré solos. Los suspiros me hacen daño a mi edad. Prefiero ir a charlar un poco con tu madre, Rodolfo.



Es la primera vez que estamos solos.



Yo también. Había pensado en decir muchas cosas pero no consigo recordar cuáles eran. Quería hablarte de muchas cosas y ahora no sé qué decirte.





Por encima de las gentes y de las cosas, por encima de mil años de aristrocracia y reyecía y por encima de leyes e imperios, ese día una joven halló el amor. Y un hombre también.



Contra los vidrios de las ventanas la lluvia picoteaba tristemente como un presagio funesto.



Los rumores no tardaron en correr. Al saberlo el emperador tuvo un ataque de furia.





Pero todo fue inútil. Rodolfo robaba horas a su sueño para escribir a María desde los puntos más lejanos adonde era enviado. Agotado, entristecido, el príncipe heredero no dejaba finalizar un solo día sin que una carta fuera de sus manos a...



... las manos de la baronesita Vetsera.



La larga separación no consiguió otra cosa que convertir el reencuentro en un delirio de júbilo.















Perdidos los frenos de la prudencia, Rodolfo envió una carta al Papa exponiéndole su caso y solicitando su ayuda. Una vez hecho esto no le quedó más que esperar.



Fue enviado nuevamente fuera de Viena por orden de su padre, esta vez a Hungría. El viaje le resultó doblemente largo. Por María y por...



Por fin estuvo de regreso en Viena...




(¿ Presentarme ante él a la brevedad posible? ¿ Qué ocurrirá?)


¿Me has hecho llamar, padre?
Sí, Rodolfo. Pasa.


El emperador lo contempló meditativamente un rato, como indeciso sobre lo que le diría. Por fin...
He recibido una carta del Papa.


Un escalofrío recorrió a Rodolfo pero no dijo nada. Ante su silencio el emperador continuó.
Me he enterado por ella de tu increíble solicitud. Por eso te llamé.
¿ Qué contesta el Santo Padre?


Tu matrimonio es válido. No puedes divorciarte.

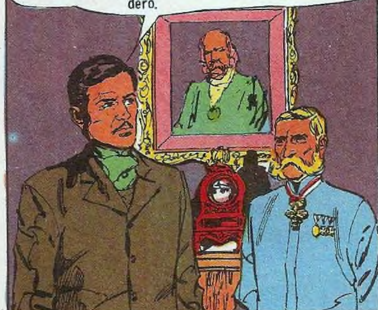

¡No!


¡ Sí! Y además te daré una orden, no como padre sino como emperador. Ponle punto final a tu aventura con María Vetsera.

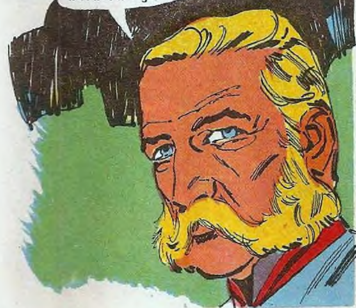

Rodolfo se puso de pie violentamente mientras sus ojos ardían como llamas.
¿ Osas llamar aventura a esto? ¿ Y eres capaz de pedirme que lo termine como si se tratara de despedir a un cocinero incompetente?


¿ Qué sabes tú de esto? ¿ Has olvidado ya el amor que sentiste por mi madre? ¿ Cómo hubieras reaccionado tú si alguien te hubiera ordenado que dejaras de amarla?
Ella era...


¡Ya lo sé! ¡Era una princesa! ¡Tú no tuviste que sufrir! ¡Ella era de tu altura, pero si no lo hubiera sido, tal vez me comprenderías!


Calló, jadeante de cólera. Cuando se hubo calmado habló otra vez, pero ahora con tono frío y decidido.
Padre, deseo renunciar a mi condición de príncipe heredero.


¡Estás loco! ¡Tú debes ocupar el trono!
Otro puede hacerlo. Mi primo Francisco Fernando, por ejemplo. Es una persona digna y querida y pertenece a nuestra familia.


Francisco José comprendió que la decisión de su hijo era firme. Entonces...
Ven al balcón, Rodolfo. Quiero mostrarte algo.


Mira eso, Rodolfo. Mira esos soldados. Ninguno de ellos me conoce personalmente y jamás han recibido un favor mío. Sin embargo, como austríacos, están dispuestos a dar la vida por mí.
Escaneado por Egidio Esteban/2019


Piensa un poco ahora. Tú eres mi hijo, además eres un oficial y el príncipe heredero. No te pido siquiera que mueras por mí. Al contrario, todo lo que te pido lo hago por Austria y no por mí.
Yo...


¿Serás tú entonces menos fiel que cualquiera de esos soldados?


Rodolfo comprendió que había sido vencido.
No.

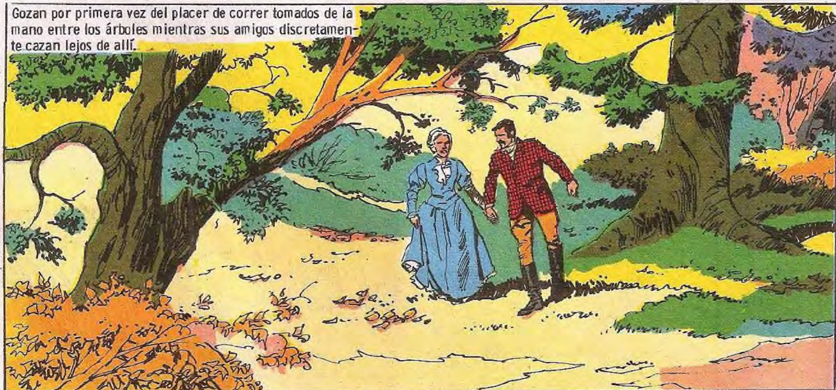




Este es el último lugar que han elegido como cita los enamorados. El pabellón de caza de Mayerling. La condesa de Larisch ha invitado a María a cazar y de esta manera se encuentran allí.

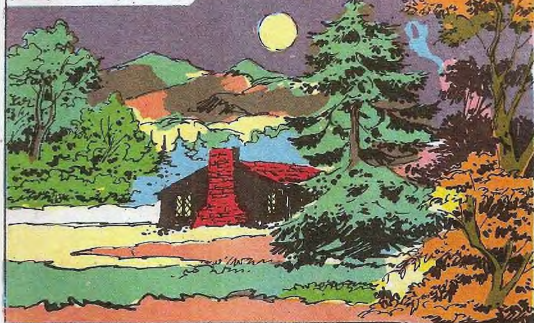


Gozan por primera vez del placer de correr tomados de la mano entre los árboles mientras sus amigos discretamente cazan lejos de allí.

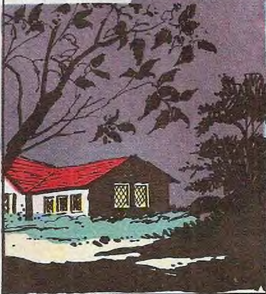



Te quiero, Rodolfo.
Yo también, pero estamos derrotados.


No. Aún tenemos una solución.


Esa noche en la cena, María lució increíblemente hermosa. Se vistió y alhajó como para una fiesta palaciega. Rodolfo no conseguía apartar los ojos de ella.


Sú íntimo amigo, el príncipe de Coburgo, comentó...
Es una reina sin necesidad de corona.


El silencio y las sombras descendieron sobre el bosque. Solamente el viento removía de cuando en cuando las ramas de los árboles. Algunas hojas arrastradas por su fuerza chocaban contra los cristales de las ventanas.

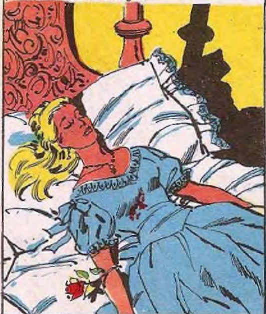

Rodolfo, sentado en su habitación, observaba a María, que escribía una carta. Nunca la había visto tan bella y jamás había tenido tal conciencia de su amor.


Luego observó las hojas secas que se arremolinaban contra el cristal de la ventana. La oscuridad ya no permitía divisar el bosque.


El sueño del príncipe de Coburgo era pesado y no supo bien qué fue lo que lo despertó. Hasta que oyó...
¡Son disparos!

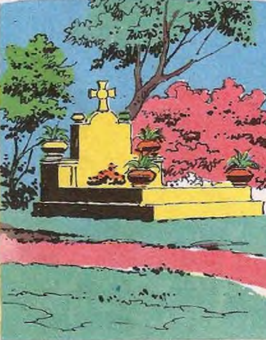

Salió corriendo y encontró forcejeando con la fuerta del cuarto del príncipe...
¡Vinieron de adentro! ¡Ayúdeme!


Por fin...
Dios mío.


María yacía aún recostada en el lecho. Junto a ella había una rosa que Rodolfo le diera esa tarde. Había otra rosa más sobre ella pero ésta era de sangre.


A sus pies, estaba el cadáver de Rodolfo de Habsburgo, príncipe imperial de Austria y Hungría, muerto de un balazo en la sien.


Sobre la mesa hallaron las cartas que los jóvenes enamorados dejaron a sus amigos y familiares. La tragedia estaba concluída.


¿Concluída? La tragedia tal vez, pero no la historia. Por razones de estado sólo el cuerpo de Rodolfo pudo ser enterrado en Mayerling. El de María fue entregado a su madre.


Esta, que recién entonces pudo aquilatar el amor sin límites de su hija, hizo levantar una capilla lo más cercana posible a Mayerling y la sepultó allí, no muy lejos del bosque y del viento.

Y el viento sopla en invierno y es frío, pero en primavera se llena de sol mientras de lejos llega el doblar de las campanas de Mayerling, cuyo eco rueda por sobre las copas de los árboles hasta descender suavemente sobre la capilla. Como una caricia, casi...

Fin